PLOTINO

JOSEFINA MAYNADE

PLOTINO
Y
LA ESCUELA DE ALEJANDRIA

— Segunda Edición Revisada —

DIBUJOS POR LA AUTORA

EDITORIAL ORION

MEXICO

1970

Derechos asegurados conforme a la Ley.

Copyright by Josefina Maynadé

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORA CUZAMIL, S. A.
Laguna de Mayrán 230. México 17, D. F.

«¡Cantad, sagrado coro de las Musas! Que nuestras voces se unifiquen entonando una canción que supere a todas las canciones. Yo estaré con vosotras, yo, Febo, el de luenga cabellera.

»Cuando un tiempo te agitabas para escapar de las amargas ondas de esta vida ávida de sangre que conduce al frenesí y al vértigo, apareció ante ti, en medio de la tempestad y del tumulto desencadenado, entre el reposo de los Bienaventurados, la visión del fin cercano.

»Ahora, liberado de tu envoltura, has abandonado la tumba en que reposaba tu alma y has penetrado en la asamblea de los genios de la que se exhalan aromas deliciosos.

»Allí se encuentra la amistad, el deseo gracioso lleno de dicha pura, siempre rociado por la ambrosía de los dioses. Allí donde el amor persuade y un dulce céfiro sopla y el éter brilla sin nubes. Allí habitan, salidos de la raza de oro del gran Zeus, Minos y su hermano Radamante y Eaco el justo. Allí se halla Platón, el de alma santa, el hermoso Pitágoras y cuantos rodean a Eros eterno. Todos los que han compartido su parentesco con los genios felices y han llenado sus corazones las perpetuas delicias.»

(Del Oráculo de Apolo sobre Plotino.)

PRIMERA PARTE

I

ALEJANDRIA

INCRUSTADA como una gema en las negruras fecundas del limo nilótico, Alejandría, la Ciudad de Oro, aparecía como una visión del Ida en su hermosura monumental para los navegantes aventureros de las áridas costas africanas o para los viajeros después de atravesar el Desierto Líbico o la Arabia Pétrea.

Por eso llamaron a su puerto los antiguos "Eunostos" o "Puerto de Feliz Llegada" y a las soberbias moles de piedra labrada con inscripciones egipcias que horadaban la recia muralla por el sur y por el este, por su esplendor sorprendente, Pórticos del Sol y de la Luna.

Evocada como una milagrería por el poder de Alejandro Macedonio, semejante a un dios, por el año 331 de la Era Pagana sobre la pequeña aldea de Rhacotis, fue engrandecida bajo el gobierno de los lagidas comprendido entre los primeros Ptolomeos, en el siglo IV

hasta Cleopatra, en los últimos años de la pasada Era. Después de Roma llegó a ser, bajo el cetro imperial, la primera capital del mundo.

A su rápido engrandecimiento artístico y territorial contribuyó ante todo su envidiable situación geográfica que la convirtió en emporio de todas las grandezas y esplendores del mundo antiguo.

Situada en el límite del gran desierto africano, significaba para el sur el nexo de conversión de la civilización egipcia florecida a ambas orillas del Nilo sagrado, en toda su extensión y; para el noreste el broche que unia a las puertas mismas de Oriente, a orillas del Mediterráneo, toda la esplendorosa cultura griega con la oriental; y para el norte, a través del mar, el vínculo de las dos grandes civilizaciones helena y egipcia.

Los hábiles Ptolomeos supieron por otra parte convertir Alejandria en arca dorada de las riquezas orientales por su fácil comunicación con el Asia Menor a través de la Palestina y del gran Oriente con la India por el Mar Rojo.

Antes de la fundación de Alejandria por el héroe macedonio, el Oriente y el Occidente apenas se conocian.

Cosmopolita por su población abigarrada, se mezclaban en Alejandria las costumbres y

las artes de todos los pueblos. Griegos, romanos, sirios, libios, etíopes, árabes, bactrianos, escitas, persas e indos hallaban en Alejandría su segunda patria que se adaptaba a todos los usos y mostraba una tolerancia congénita con todo importado exotismo.

La superioridad de la cultura helénica formó poco a poco en medio de su población cosmopolita la aristocracia intelectual que esculpió, sobre los viejos pueblos, el canon de la belleza ática, señora del mundo.

Aquella masa abigarrada y aventurera despertada por las bellezas pródigas de las orillas del Nilo, llenas de color y de luz, por su clima incomparable y por los esplendores únicos de sus edificios, de sus paseos y jardines, amoldóse dúctilmente a las normas supremas del aticismo.

Como mediador de sus transacciones comerciales, los extranjeros residentes en Alejandría aprendieron el griego que se convirtió pronto en el idioma internacional. Esta necesidad material contribuyó extraordinariamente al desenvolvimiento de la cultura en equella época.

Alejandría acogía con bienhechora sonrisa a los inquietos de todo el mundo igualándoles en su ambiente de selecta tolerancia.

Antes de devorar las llamas la escuadra egipcia al sitiar en Alejandría a Julio César y

hacer presa de sus lenguas incontenibles el Arsenal y el Bruquion, la ciudad atesoraba el mayor monumento a la mente humana que se llamó la célebre Biblioteca con 700,000 volúmenes en todas las lenguas conócidas.

Parte de este acopio intelectual no pereció no obstante. En el Templo Serapion, de magna arquitectura, se guardaban innumerables joyas de conocimiento que fueron luego el pasto intelectual de los pensadores creando las raíces eruditas que moldearon más tarde la verdad de los gnósticos y de los neoplatónicos.

En los siglos primeros de nuestra Era, la irrupción extranjera engrandeció enormemente la población alejandrina que se contaba por algunos millones. Filón refiere que sólo los judíos residentes en Alejandría llegaban a un millón.

La Urbe Dorada llegó a medir por lo largo de la costa entre su curva y dilatada bahía, sus dos puertos y el istmo artificial del Faro, seis kilómetros de extensión.

Estrabón quedó maravillado del esplendor de Alejandría cuando hacia el año 24 de nuestra Era, visitó Egipto. Amplios paseos bordeados de jardines y de estatuas atravesaban toda la ciudad. En el barrio imperial del Bruquion se alzaban, con toda la regia esbeltez de la arquitectura de Ictinos, los grandes edi-

ficios públicos que el arte greco-egipcio por influencia de los Ptolomeos ornamentó y el Asia llenó de sus bordados pétreos, pulidos como encajes eternos. El gran Faro, una de las siete maravillas del mundo, el Cesareum, palacio de los reyes, el Templo de Poseidón, el Sebasteum, el Dicasterion o Palacio de Justicia, el Claudium, el Museum, en fin, eran himnos condensados en piedra para gloria del hombre y esplendor de las edades.

En las viviendas particulares, fruto de la influencia ática mezclada con los esplendores romanos, florecía también el culto a la belleza. El viajero se maravillaba ante las filigranas de jardinería en los patios llenos de surtidores que trenzaban el cantar del agua entre su flora exótica y el cobre pulido de las estatuas.

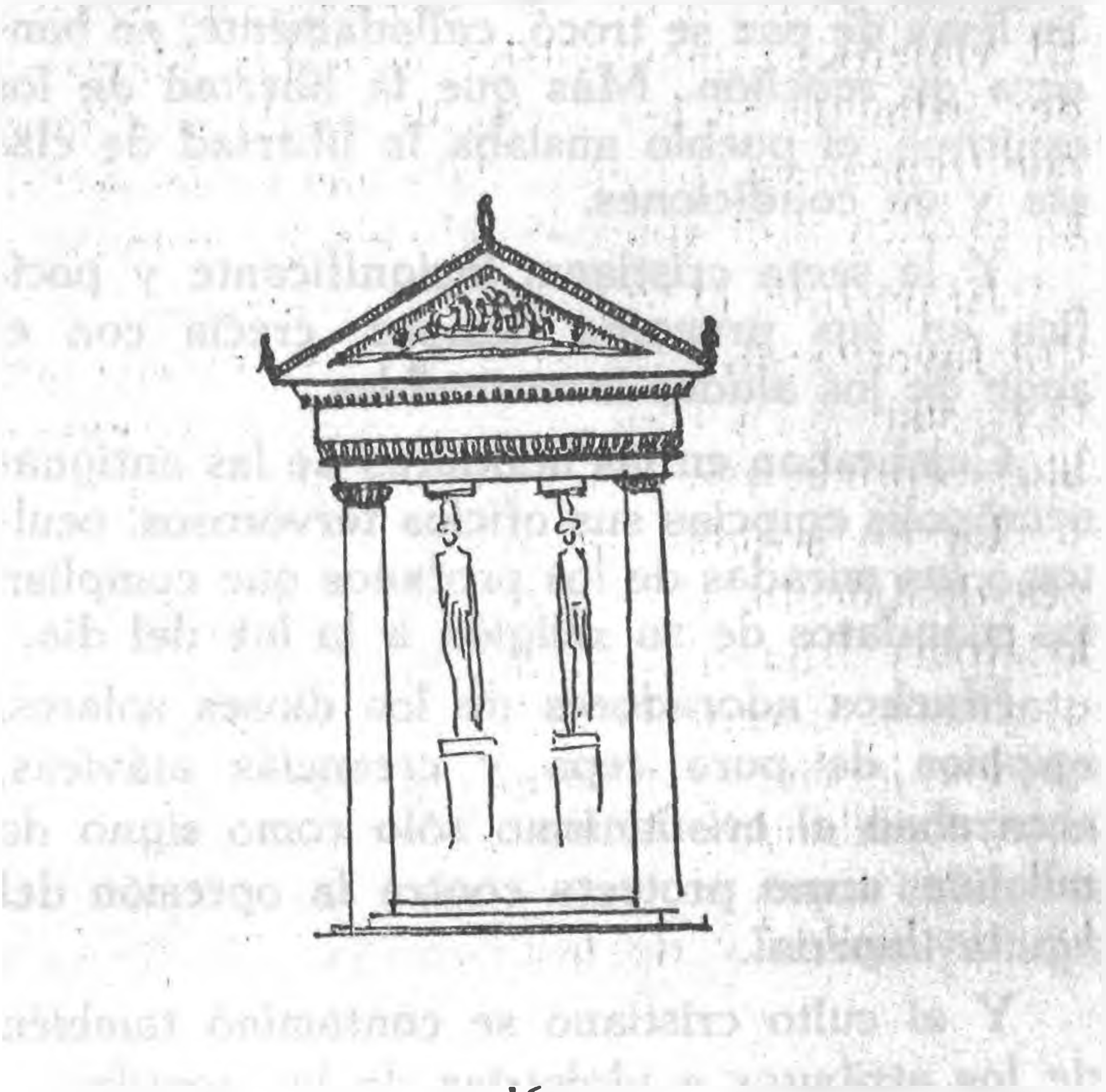
El pórfido, el basalto y el granito rosa, piedra favorita de Cleopatra, ostentaban sus matices suaves en formas de pilares y de monolitos caprichosos frente a los edificios.

La fastuosidad incomparada de los jardines de Lúculo, de Cicerón y de Agripina en la Roma Eterna hallaron en Alejandría ecos graciosos. Como allí, selvas artificiales fingían en los jardines las armonías selváticas. Los ecos combinados de las gargantas canoras de mil aves raras se mezclaban con el canto de los riachuelos y de las cascadas de diversos

combinados caudales y asombraban al visitante con su indescriptible sinfonía.

Alejandría fue, en suma, durante varios siglos, para los artistas, un sueño realizado; para los comerciantes, un arca repleta de oro; para los filósofos, el cerebro del mundo.

Siglos después, en el ocaso de su esplendor, cuando los árabes aparecieron en Egipto, Amrú escribía al califa Omar que había encontrado en esta urbe inmensa cuatro mil palacios, otros tantos baños públicos, cuatrocientos circos y doce mil jardines.



II

PREPLOTINIANA

El imperio de los Ptolomeos, si bien logró por el despotismo de los viejos regímenes el pináculo de esplendor que en poco tiempo alcanzó Alejandría, dejó no obstante, una vez consolidado, el margen de libertad suficiente para, al par de conducir bien sujeta la égida gubernamental del país, favorecer y estimular la iniciativa de sus habitantes.

De todas partes acudían a la Ciudad de Oro filósofos y artistas ganosos de alimentar sus ansias con las bellezas materiales e intelectuales que atesoraba.

En el Serapion, la Biblioteca, enriquecida con las obras de los reyes de Pérgamo que Antonio regalara a Cleopatra, se hallaba repleta de estudiantes de todos los países, profesantes de todos los cultos. En el Museum convivían en íntima y secular camaradería, li-

bres de las inquietudes que procura la búsqueda del material sustento.

Cuando, desaparecido Jesús, el dulce revolucionario de Judea, intentaron los cristianos establecer en medio de la blanda religiosidad de tantos cultos politeístas el monoteísmo ardiente de su fe recién nacida, como un principio luminoso y renovador para las edades, los guardadores de las viejas doctrinas se develaron.

Los orientalistas envueltos y adormecidos entre los velos acogedores de los antiguos símbolos proclamaron de nuevo el esoterismo de sus doctrinas olvidadas, antiguas como el mundo.

Los fervorosos del recio humanismo pagano degenerado con Epicuro y Zenón buscaron sobre las huellas de Platón y de Aristóteles la satisfacción filosófica de las nacientes ansias humanas. Y el Dios único bajo las vestiduras de Zeus o de Amón, de Brahma o de Ormuzd se alzó amenazante frente aquel Dios sin atributos que osaba conmover los cimientos de las verdades eternas, amasadas por los siglos.

Para la masa ignara el pasado y el presente, revueltos por los apasionamientos de diversos sectarios, se unió en una amalgama de ritos eufémicos y andróginos fáciles para llenar las tibias inquietudes de su religiosidad.

Pero andando los años, cuando el sordo descontento de la multitud por la férrea tutela de la Roma cesarista, despótica y materializada estimuló su sed de libertad y de fraternidad, los ojos se volvieron suplicantes hacia la figura evangélica del divino Galileo que les ofrecía a todos, libres o esclavos, un Reino de amor y de libertad.

El cristianismo se expandía al tenor del auge de la multitud oprimida y descontenta. Su lema de paz se trocó, calladamente, en bandera de rebelión. Más que la libertad de los espíritus, el pueblo ansiaba la libertad de clases y de condiciones.

Y la secta cristiana, insignificante y pacífica en sus primeros tiempos, crecía con el auge de los aludes incontenibles.

Celebraban en las honduras de las antiguas necrópolis egipcias sus oficios fervorosos, ocultos a las miradas de los profanos que cumplían los mandatos de su religión a la luz del día.

Muchos adoradores de los dioses solares, egipcios de pura cepa y creencias atávicas, abrazaban el cristianismo sólo como signo de rebelión, como protesta contra la opresión del águila imperial.

Y el culto cristiano se contaminó también de los atributos e idolatrías de los gentiles.

Refiere Blasco Ibáñez que en su visita a las viejas necrópolis egipcias de Alejandría, semiderruídas por las filtraciones del agua marina, vio aún grabada en una pared una imagen de Jesús con los adornos y atributos de Osiris.

Refieren sus biógrafos que en Tiro, lugar de la juventud de Porfirio, se mezclaban los dioses de Homero y de Hesiodo con los semíticos al par que cundía calladamente por doquiera el monoteísmo cristiano.

La reina Zenobia de Palmira, esplendorosa ciudad de Siria, tenía por ideal conquistar el Oriente y fundar un imperio regido por amplias leyes donde se instituyeran todos los cultos.

La expansión romana en innúmeras colonias favoreció esta especie de culto universalista. El régimen imperial vio temblar por la irrupción de los cultos extraños, sus fundamentos seculares. Más tarde, para atender las crecientes necesidades de la masa entremezclada y consolidar la unidad del imperio, Aurelio estableció en Roma el culto oficial del dios Sol, síntesis de los develados monoteísmos occi-orientales, como un alarde del poder de la divinidad antigua frente al Dios cristiano que ganaba cada día más prosélitos. Helios

y Baal usurpaban en la Roma eterna el lugar de las viejas divinidades paganas.

Paralelamente a esta metamorfosis de cultos que conmovían la historia religiosa de todos los pueblos, en los cenáculos de los filósofos se alquimizaba la verdad pura en los alambiques de todas las escuelas conocidas.

La verdad de los clásicos filósofos áticos, falta de savia renovadora, perdíase en la árida dialéctica de los sofistas, en las limitaciones de los que se llamaban estoicos y en el materialismo acomodaticio y muelle de los epicúreos.

Las conquistas de Alejandro y el continuo comercio iniciado en tiempos de los Ptolomeos facilitaron la irrupción de las creencias filosóficas de los indos sobre todo en Alejandría, portal de ambos mundos.

Los gimnósofos influyeron en los estoicos; los doctrinarios de Kapila en los epicúreos, Kalidasa y Valmiki en los poetas, Vyasa en los peripatéticos y en los socráticos.

La libre sociedad del Museum de Alejandría rebullía de vida y entusiasmo. Las controversias, la búsqueda de un ideal práctico de la vida coloreaba las diversas tendencias artísticas y filosóficas depurándolas al estimular, por el roce mutuo, el criterio y el fervor de sus individuos.

Desde la fundación del Museum por Ptolomeo Soter pródigamente subvencionado por el gobierno desde el siglo III de la pasada hasta el IV de nuestra Era, esta comunidad intelectual fue, después de Atenas, la sabia mentora del mundo.

Dió generosa al acopio de la poética, de la filosofía y de la ciencia antiguas, lumbreras como Museo, Aristarco e Hiparco, astrónomos; Euclides, geómetra; Nicómano, matemático; Erasistrato e Hierófilo, anatómicos; Teócrito, el divino cantor de églogas y multitud de oradores y gramáticos que elevaron el sillar sapiente de Alejandría sobre la conocida humanidad de entonces.

Fue el inicio de un renacimiento que pronto debía culminar en el Neoplatonismo bajo la égida espiritual de Plotino brindando al futuro el postrero resplandor de las divinas paganías.

III

PLOTINO

Cerca de Tebas, a orillas del verde Nilo, al norte del Grande Oasis, en el Alto Egipto, reposaba la aldea de Licópolis, gloriosa en la antigüedad por haber dado cuna a un maestro, encarnación de la sabiduría de las edades.

En el año 205 de N. E. nació Plotino, el que más tarde fuera resurrector de las grandezas olvidadas de la Grecia Eterna, en un hogar de paz, amado por sus padres y en exceso mimado de su nodriza. Cuéntase que ésta lo lactó hasta la edad de ocho años en que principió sus estudios de gramática.

Adormecido en su infancia feliz por las antiquísimas leyendas del país de los Faraones, estimulada su imaginación de niño por las consejas de los cenobitas cristianos en sus increíbles penitencias por la Tebaida ruinosa, solar antaño de incontables esplendores, extasiado

en sus meditaciones de infante solitario por las puestas sangrientas de la Libia desierta, fingidoras de visiones apoteósicas o por los matices delicados del manso Nilo cambiante, padre caudal de millares de generaciones, pasaba horas sumido en su contemplación, mecido por el rumor unifónico de las palmeras, de los sicomoros de madera incorruptible y de los tamarindos, despertado por el aleteo de los ibis de sonrosado cuello o por el grito estridente de las garzas reales.

Porfirio, su discípulo predilecto, único biógrafo del maestro, relata que bajo las instrucciones de un erudito preceptor, el joven Plotino estudió cuantas filosofías y artes se hallaban en aquel entonces al alcance de un hijo de familia acomodada; gramática y oratoria, música, geometría, astronomía y matemáticas.

Egipcio de origen, griego por educación, llegó con los años a convertirse en un apuesto mozo, merced a la integral y armónica cultura ática que recibían en aquel entonces los favorecidos de la fortuna. Sobresalió en las ciencias y en las artes y superó los medios de enseñanza posibles en Licópolis, su aldea natal. Sus padres lo enviaron entonces a Alejandría, universidad del saber.

Y en la culta ciudad de ensueño, sugestiva por sus ciencias y por sus placeres, Plotino se

abandonó con todos los alicientes de su juventud rica y sana, a la ola envolvente de los fáciles goces.

Hombre, empero, de nativa y recia espiritualidad, echó pronto de ver la trivialidad y la aridez consecutiva a la vida de los sensuales y su mentalidad vigorosa de filósofo incipiente le encaminó otra vez con más fervor, enriquecido por la experiencia, por las atractivas sendas del estudio, ricas ubres de Alejandría, inagotables para el ansioso.

Y frecuentó la selecta sociedad del Museum y tomó parte en las interminables polémicas del día. Comía en los banquetes de la gente culta, las puertas de cuyas moradas se abrieron para él por sus atractivas dotes personales y absorbió con avidez a la luz del sol que filtraba sus rayos dulcemente por las verdes claraboyas de la Biblioteca del Serapion y al tembloroso reflejo de las lámparas de alabastro, todo el acopio intelectual que atesoraba.

Pero, colmada con exceso el ansia de su intelecto, un creciente vacío, una hondura se abría en su interior. Toda la avanzada ciencia de la época, toda la enseñanza declarada clásica y oficial no bastaba a satisfacer la sed de su espíritu que presentía el caudal cristalino de una fuente ignota que no le brindaría

el culto materialismo importado de la Roma imperial ni la creciente turba exaltada de los cristianos con su fe inconcebible, su ciencia menguada y su suciedad que repugnaba a la excelencia y refinamiento de la cultura ática, ni el cinismo sofístico de los epicúreos que gozaban fríamente de todo, ni el Dios amenazante de los judíos ni las ciencias ocultas tan en boga entre los persas, ni la magia ancestral de los egipcios.

Su psiquis llegó a repugnar todo gregarismo, todo el dominante proselitismo y vivió en la soledad ascética de los espíritus superiores.

Pero, al par de la incomprensión que le aislaba entreveía como en vago diseño, el apostolado de una renaciente vida, de un supremo ideal.

En aquel ambiente tan lleno de inquietud, poblado por una masa que significaba la selección del mundo entero, sintió Plotino la primera de las grandes soledades, reacción psíquica de sus anhelos de saber incontenibles, de sus fiebres colmadas, de su conocimiento práctico del mundo y de los hombres...

Y se entregó a la misantropía, enfermedad de los sabios, fondo obscuro sobre el que debían resaltar después los vivos colores de sus exaltaciones de iluminado.

Su personalidad atractiva había llamado a su alrededor desde su aparición en Alejandría numerosas y selectas amistades que procuraban en vano con su solicitud sacarle de su abstracción y aislamiento. Uno de sus buenos amigos, conocedor más que ninguno de su estado de alma, se lo llevó un día y lo condujo a la presencia de Amonio Saccas, obscuro filósofo de humildísima condición que ganaba el sustento transportando fardos por la ciudad de Alejandría, que no frecuentaba la selecta sociedad del Museum ni se le conocía apenas en las tertulias de los que presumían de filósofos.

Amonio estaba iniciado en la ciencia hermética y poseía la verdad de las almas despiertas por su don innato. El ave real de su pensamiento volaba por regiones sidéreas y contemplaba serena el llano do se debatían tantos miles de creencias, tantos fragmentos de la misma divinidad mutilada. Él poseía el secreto de la verdad antigua y moderna, más vieja que el mundo y eternamente joven como la primavera.

Con aquel hombre humilde renacía la actitud de los verdaderos iniciados que lanzaba su nueva semilla al mundo con el nombre de filosofía ecléctica, verdad síntesis, sustento espiritual de superhombres, hermanadora de

todos los fragmentos de la verdad esparcida, causa eterna e ilusoria de las luchas humanas.

Cuando el joven Plotino hubo sentido, por el mágico influjo de las afinidades electivas, la superioridad espiritual de aquel filósofo sin apariencia que sin decir palabra derramaba verdad, que era la más pura encarnación de la sabiduría grande y libre al que llamaba su discípulo Hierocles "el iluminado de Dios", exclamó como si despertara:

—¡He hallado lo que buscaba! (6)

Desde aquel día, junto al maestro Amonio, principió Plotino el largo y paciente entrenamiento de la supervida, la filosofía que consiste en la superación de los instintos humanos trocándolos en conciencia bajo el control de la íntima divinidad develada. A medida de este entrenamiento el maestro le mostraba algo del acopio vedado de la verdad hermética, le enseñaba la filosofía de la vida cercana y su sabia significación y le dio las claves a veces ignotas por los mismos guardadores oficiales, de las reglas del discipulado preconizadas por las escuelas conocidas.

Se sometió Plotino, por indicación de su maestro, durante varios años, al entrenamiento arduo y mental de los terapeutas, secta mis-

(6) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 8.

teriosa, originaria de Egipto, compuesta de hombres célibes, unidos sin distinción de credo y raza, con los poderes psíquicos desenvueltos y que curaban por la fuerza del pensamiento y por el poder de la imposición magnética o de la mirada. Esta agrupación, a pesar de hallarse diseminada por todo el mundo conocido era bastante limitada en número por el largo inicio de sus prácticas y de sus pruebas.

Convivió comunalmente con los terapeutas en una colina al sur de Alejandría. Eran ecléctico, y alejados de todo imperante espíritu de lucha y de partido, trataban de hermanar el fondo idéntico de las puras doctrinas que las fundamentaban a todas. Formó parte un tiempo de esta comunidad Filón, el célebre mago judío.

Once años, día por día, convivió Plotino al lado de Amonio. Se sujetó con imperiosa voluntad a las insinuaciones de su maestro y a las órdenes ocultas que éste recibía concernientes a preparar la ulterior misión señalada a Plotino. La hombría y su don natural contribuyeron a plasmar un alma nacida con los signos de los anunciados.

En la obscuridad de la noche se oían ya los vagos rumores que prometían en la historia espiritual del mundo, una esplendente aurora.

IV

EL HOMBRE

El largo entrenamiento a que se sometiera Plotino a las órdenes de Amonio durante once años consecutivos, habían hecho de él un hombre nuevo.

Bajo el reinado del tercer Gordiano, ante una vecina guerra contra los persas que a la sazón empezaban a invadir la Mesopotamia, Alejandría, sedienta de gloria y de aventura, se agitaba en bélicas inquietudes.

Para huir durante unas horas del tumulto creciente de la urbe inquieta, después de sus trabajos y estudios, Plotino, al salir del Serapion, cuando empezaba a menguar la luz diurna, se dirigía acompañado a veces de su maestro, cuando un lapso de sus fatigosas tareas se lo permitía, hacia una colina de suave loma poblada de árboles centenarios que se alzaba a corta distancia del pétreo recinto y del gran canal que cercaba, por el sur, la Urbe Dorada.

Allí departía sobre los hondos problemas de la psiquis humana, sobre las excelencias de la vida superior y los destinos del mundo y del hombre, con sus amigos los terapeutas que en plena naturaleza habían hecho su morada entre los árboles y allí realizaban apaciblemente su ideal de comunidad inspirados en las normas del sabio Filón.

Luego, cuando el sol enrojecía las marinas ondas, abandonaba Plotino a sus amigos y se encaminaba hacia la costa atravesando la antigua necrópolis de los Faraones, no lejos de las catacumbas de los cristianos, a orillas del agua transparente y tranquila que a la puesta del sol adormecía con meceos de cuna las algas marinas. Reprimía el mar sus vehemencias en aquella hora y su oleaje impetuoso se convertía en una caricia para las rocas azotadas durante el día.

En ellas, muy cerca del agua, se sentaba Plotino. Despedía en silencio al sol poniente cuya roja pulpa de luz cabrilleaba hasta herir los ojos. Muy cerca del horizonte, parecía que comunicaba su magna fiebre a las aguas que enrojecían como si se incendiaran. Y al acercarse lentamente el sol al horizonte como en el misterio de una cópula sublime y monstruosa, la mar al fin, ávida de poseerlo, ovalando

su disco lo sumergía violentamente en su seno, como si lo absorbiera.

La tierra se replegaba luego, calmada, en un ensueño amoroso. Por oriente el cielo tomaba una blancura láctea que se difumaba, sobre la ciudad, en un verde impreciso de turquesa muerta. Los últimos oros, por occidente, devenían velos cárdenos que se alargaban infinitamente, obscureciéndose cada vez más, mantos de la noche.

La ciudad atenuaba entonces sus inquietudes. Sus rumores menguaban para que cantara la naturaleza su sinfonía crepuscular. Hasta los oídos de Plotino llegaban, en rumor confuso, los estridentes piares de las aves de Alejandría al replegarse en los jardines inmediatos. De las catacumbas salía, blanda y aterciopelada, como temblorosa de temor, la dulce voz de una campana...

Plotino no pensaba entonces. Absorbía, laxa la mente, tranquilo el corazón, la palabra insonora de la naturaleza que le confiaba en aquella hora sus más grandes revelaciones. Nuncio beatífico de sus futuros éxtasis, el alma de Plotino irradiaba y se fundía en la mística significación de las cosas. Entendía el idioma de la divinidad que oraba y a la divinidad devolvía, en silencio, su prez inefable.

Inmóvil, con los ojos cerrados en místico recogimiento, parecía el dios de las desiertas playas.

Cuando el oreo vespertino, fresco y salobre, le sacaba de su inmovilidad, veíase en su mirada el fulgor de un sol oculto como si el astro ido vertiera su rayo postrero a través de sus ojos.

Al levantarse sobre las rocas mojadas parecía más alto. La humedad aplastaba sobre su frente la cabellera grisácea y la seccionaba en rizos caídos y simétricos, como en las esculturas egipcias. El viento inclinaba hacia un lado su barba obscura. Su rostro, de generales líneas correctas, algo incidentadas por abultamientos musculosos mostraba, contraída por la concentración, sobre la recia raigambre de su nariz helena, las prominencias de su frontal meditativo.

La humedad pegaba a su cuerpo los pliegues de la túnica que dibujaban la anchura algo exagerada de sus hombros de egipcio.

Era indefinible el color de su ojos y el de su rostro. Tan cambiantes ambos, que diríanse espejo de lo exterior y de lo interior. Sus pupilas claras aparentaban matices diversos aunque por lo general fosforecían a través de un claro velo grisáceo. Su rostro enrojecía con facilidad y en ciertos momentos solemnes te-

nía la augusta palidez de los mármoles antiguos.

Su porte no aparejaba con el ritmo proporcional de su figura. Consecuencia, tal vez, de su herencia gotosa o de su vida anterior de complicadas prodigalidades gastronómicas, tan corrientes entre la gente acomodada, no poseía al andar el aplomo incomparable de los antiguos peripatéticos. Sin embargo, el régimen frugívoro que seguían los eclécticos y los iniciados herméticos, le devolvieron la ligereza y la salud mellada anteriormente por la vida artificiosa y regalada.

Tal era el retrato de aquel gran meditativo de las horas crepusculares sobre el que velaba un hado propicio.

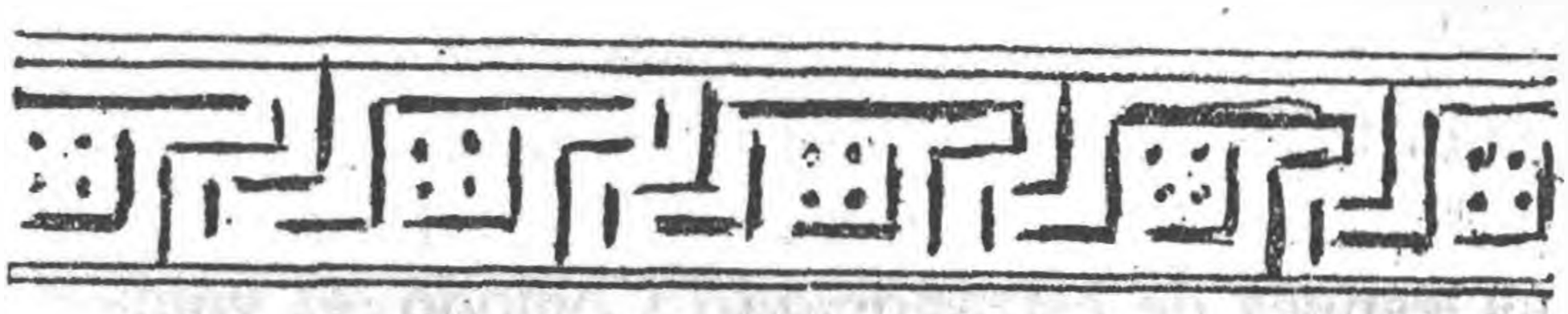
Regresaba a la ciudad, cerrada ya la noche, por el Pórtico de la Necrópolis y paseaba con la majestad nativa de una realeza superior por las grandes avenidas iluminadas de Alejandría, repletas de una abigarrada multitud. Gozábase Plotino en sentirse en medio de su afanoso rebullir, solitario como en una cima desierta.

Y sin embargo, la palabra alada pugnaba por brotar de sus labios y lanzar sobre las almas adormecidas o agitadas por el dolor el

bálsamo de una filosofía pura que desbordaba de su corazón y se derramaba en silencio, como un don de los cielos.

Pero debía callar. Una promesa le retenía.

Y a medida de este dominio, de esta sujeción del alma purificada y enriquecida, crecía aquel su poder sugestivo, aquella simpatía arrolladora que más tarde fuera llave mágica para abrir tantas almas a la visión infinita.



V

A ORIENTE

Después del llamado siglo de los Antoninos en que se halló el cetro romano en su reacción postrera bajo la dirección de hombres sobrios y sapientes como Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio, el reinado del sucesor legítimo de este último, Cómodo, marcó la puesta definitiva del un tiempo esplendoroso imperio de Roma.

Cerróse por un lapso, en la antigua capital del mundo, el templo de Jano, consagrado a la guerra.

Fue llamada aquella época la *de la paz romana*. Después de tantas y tan violentas sacudidas, una tregua, bajo la tutela de reyes filósofos atentos al bien del pueblo constituído por tantas razas distintas, se abría para la nación señora del mundo y que pronto vería decaer el numen de sus gloriosos destinos.

Después de estrangulado Cómodo, el vanidoso libertino, de muerto Severo el Africano, y transcurrido el fugaz y nefando gobierno de Caracalla el fratricida, de Heliogábalo, invertido y disoluto, y de Alejandro Severo, impotente para enderezar la torcida marcha del gobierno imperial y la opinión de un pueblo inconsciente y materializado, llegó un período conocido por el de *anarquía militar*.

Después del asesinato de Alejandro Severo los ejércitos romanos se batieron unos contra otros para erigir emperador a su respectivo general.

En occidente los soldados proclamaron emperador a Maximino, el hercúleo tracio, contra la voluntad del Senado romano. En Africa una tropa de campesinos amotinados nombró a Gordiano, rico y popular senador muy viejo que confió al morir el gobierno a su hijo, llamado también Gordiano. Luego, con la caída de Balbino y Pupiano en Roma fue coronado emperador el infante Gordiano III en el año 238.

Pasaron unos pocos años de aparente tranquilidad, pero el descontento desmoronaba lentamente las fronteras alzadas por la Roma imperial. Un historiador no da ya el nombre de emperadores desde entonces a los representantes de la fuerza militar y del poderío

máximo, sino que define aquel período como "el de los treinta tiranos".

En tanto los ejércitos romanos abandonaban sus fronteras para batirse unos contra otros, los bárbaros, puros y belicosos, estimulados por las luchas intestinas del Imperio en decadencia, empezaban a invadir los dominios romanos.

El peligro mayor de invasión amenazaba por el este. Oriente, rehecho y organizado, reclamaba sus antiguos fueros.

Ardexir, revolucionario persa, fundador de la dinastía de los Sasánidas, descendiente de Darío, prometió a su país, bajo su égida, la conquista del esplendor pasado. Había restablecido en Persia su antigua religión zoroastriana y había devuelto a los Misterios de Mytra todo su esplendor. Los augures percibían señales de un nuevo renacimiento. El pueblo, creyente, invocaba el omnímodo poder de Mazda. El culto público del fuego purificador exaltaba el espíritu de los antiguos partos, habitantes del bello país de Irán.

Reclamó Ardexir las antiguas posesiones usurpadas por la Roma Asiática considerando que habían pertenecido a sus predecesores. Y al serle negadas concentró su ejército e invadió la Mesopotamia. A principios del año 244

avanzaban los persas triunfalmente hacia el Eufrates, de poéticas orillas.

Al extenderse por todo el dominio romano la noticia de la victoriosa invasión del Asia Menor por el ejército persa, el instinto general de defensa logró acoplar las divididas opiniones y todos pensaron en el peligro común.

El joven emperador Gordiano, a la sazón de diez y nueve años, aconsejado por su sabio tutor Misiteo desplegó todas las fuerzas ayudado por el imperio occidental, Africa y Asia Menor y al frente de un nutrido ejército, marchó al encuentro del persa invasor.

Alejandría, que presidía sobre el delta del Nilo la puerta del Mediterráneo y la entrada del Continente Africano, junto al Asia Menor, temerosa del avance persa, movilizaba todas las fuerzas vivas. Los nobles ofrecían oro. Los ricos comerciantes, víveres y caballerías.

Llegó al fin, pregonada con estridencia por los cuatro ámbitos, la noticia de que, atravesando el Eufrates, Ardexir avanzaba victorioso sobre Antioquía, bañada por el amplio Orontes que desemboca muy cerca del Mediterráneo.

Alejandría extremó sus refuerzos de guerra. Artistas y filósofos cosmopolitas, comerciantes naturalizados, toda aquella abigarrada

multitud originaria de todos los pueblos de la tierra se alistaba en el ejército romano, muro salvador del vasto imperio.

A Plotino se le presentaba, con el cumplimiento de un deber patrio al que su cosmopolitismo fraterno y acendrado quitaba, no obstante, el más leve incentivo de venganza, la oportunidad anhelada de conocer Siria, patria originaria de Filón, con sus comunidades esenias, y Persia, que pregonaba las grandezas renacidas de sus pasados esplendores. Oriente abría sus páginas sabias al exégeta y sus santuarios al iniciado.

Amonio, ya viejo, le preconizó un cambio saludable en su vida, el principio de su popular misión. En aquel momento psicológico, su carácter se enriquecería con el viaje. Era ley oculta de todos los iniciados correr mundo, a la ventura, bajo el solo amparo de la divinidad vigilante que hablaba entonces a través de la vida azarosa su lengua más clara.

Se le presentaba la oportunidad de realizar su sueño dorado de un día, a semejanza de Orfeo, de Pitágoras, de Platón, sus mentores: peregrinar por el Oriente.

Se alistó en las filas de Gordiano y, atravesando la Palestina santa, místico jardín de las edades, la Siria de cielo azul poblada de verdes palmeras, juntóse con el ejército poderoso

de Gordiano cuando acampaba, en sus primeras victorias, junto a los remansos soñadores del Eufrates que meciera en el rumor de sus ondas glaucas la génesis de mil leyendas.

Al aguerrido empuje de los combatientes veteranos, mercenarios del imperio y del ardoroso voluntariado colonial, los persas abandonaron Antioquia, atravesaron, desperdigados, el caudal cristalino del Eufrates, reintegrando la Siria, y el ejército victorioso los persiguió obligándolos a evacuar la tomada ciudad de Carres en la Mesopotamia.

Al ganar Nisibe, no lejos del Tigris y del limite del imperio oriental de Roma se intensificaron, con los egoísmos enardecidos por las victorias, las antiguas rencillas del ejército romano. Bajo el hierro traidor de Filipo, capitán antaño de bandidos y entonces oficial de las tropas romanas en Siria, se extinguió la temprana vida de Gordiano el Piadoso.

Plotino, dolorido por la muerte del joven emperador y defraudado en sus anhelos de recorrer Oriente en su plan de honda significación oculta, logró, no sin zozobras y peligros, refugiarse sano y salvo en la ciudad de Antioquía, la más grande y bella fortaleza del Asia Menor.

En ella dominaban moralmente ya los gnósticos, desterrando de las aulas el espíritu ra-

zonador y humanista de los maestros paganos. Frente a Alejandría, último emporio del saber heleno, los cristianos alzaban cátedra en la universidad de Antioquía. Entre Alejandría y Antioquía la Palestina había alzado, como un muro de las ideas, la efigie de su Dios único, inapelable y absoluto.

Plotino, de mente libérrima, de acendradas ideas paganas, largamente aleccionado por su maestro Amonio, cristiano de origen y convertido por convencimiento filosófico al esoterismo resurgido del antiguo paganismo, no hallaba ambiente entre los gnósticos imperantes y el auge de la multitud cristianizada.

Allende el manso caudal del Orontes aparecía a lo lejos como una faja de azul profundo bordeada por el amplio canal que limitaba por el norte las costas de Cilicia y por el sur la Isla de Chipre, el mar Mediterráneo.

El Hado de los destinos de nuestro filósofo señalaba con su dedo certero la azulada senda sin huellas.

En una nave de esbelto velamen, Plotino surcó el ponto de aguas profundas, rumbo al oeste, hacia la Roma Eterna.

VI

LA CIUDAD ETERNA

Al comienzo de la primavera del año 245, bajo el imperio fugaz de Filipo, una nave procedente de Antioquía fondeaba majestuosamente; hinchadas las velas por el soplo vitalizante del Favonio, las aguas del puerto de Ostia, enrojecidas por la crecida del Tiber.

Ceñida por los dos brazos del río, presidiendo como un búcaro la entrada del Mar Tirreno, la Isla Sagrada consagraba a Venus los aromas de sus rosales siempre floridos.

Apoyado en la balaustrada de la nave, meditativo, oteaba Plotino a lo lejos, tras los pedazos irregulares y multiverdes de la campiña alimentada por el caudal del río, los promontorios de la Ciudad Eterna coronados por sus templos seculares que presidían el largo declive poblado hasta las mismas orillas fluviales.

¿Qué papel le reservaría el Hado a él, extranjero desconocido, en medio de aquella población numerosísima, orgullosa de su historia y de su soberanía?

Como una paradoja irónica del destino, entre las doradas alas tendidas del ave imperial que presidía en la proa, orgullosa, la nave romana, la figura de Plotino llena de dulce majestad, extendía sobre la Roma lejana, a través de su mirada clara, la silenciosa bendición de los iniciados herméticos.

Los piares de las golondrinas recién llegadas le acompañaron· triunfalmente a lo largo de la Vía Ostiana que bordeaba el curso del río. Al batirlas el sol fingían sus aguas limosas, sangre pura. Los campos sonreían a través del verde tierno de los cereales, prometiendo una cosecha espléndida.

Franqueado el Muro de Servio, los bosquecillos del Monte Aventino, poblados de pinos, prodigaban al viajero fatigado el bálsamo de sus resinas licuadas por el sol.

A las puertas de Roma, grupos de curiosos preguntaban a los recién llegados noticias de las revueltas de Oriente que pronto hallarían ampulosos ecos por toda la ciudad.

Plotino esquivó la turba como pudo y se dirigió hacia el barrio popular que se extendía en los declives suaves del Monte Capito-

lino, a la morada de un amigo de su infancia que le recibió con cariñosa hospitalidad.

En su compañía visitó los alrededores de la ciudad de las siete colinas, ornadas de fuentes y de flores, bellas como jardines, paseó por el Foro de incomparables magnificencias arquitectónicas, corazón de Roma, asistió a las Termas, explaye de los ricos, visitó los templos, las bibliotecas y los principales museos públicos y privados, enriquecidos por el acopio de las conquistas coloniales con el arte de mil pueblos diversos. Tomó parte en interminables disquisiciones en los cálidos cenáculos de los seguidores de Epicuro, materialistas refinados y filósofos, y en las escuetas charlas estoicas de los émulos de Zenón, al aire libre, bajo los pórticos.

Pronto, su vasto conocimiento exegético, científico y artístico, su condición de egipcio helenizado por una bien cimentada e integral cultura en aquellos tiempos en que resurgía en Roma el arte ático junto con la moda oriental y sobre todo su trato selecto y la indefinible atracción que irradiaba de su persona, le convirtieron en principal figura entre la sociedad intelectual.

Su estancia turbulenta entre el ejército movilizado por Gordiano, las fatigosas marchas por el suelo arenoso de Siria bajo la iguali-

taria disciplina militar, la altiva superioridad que se atribuían los letrados gnósticos de Antioquía, su silencioso viaje por mar que, exaltando su sensibilidad psíquica le proporcionara instantes de visión interna y de suprema dicha, su sumersión, luego, en el torbellino mental de la gran ciudad, sus diálogos, sus nuevas amistades, devolvieron a Plotino, superado y trascendido en una gama superior, aquel encantador humanismo de sus primeros tiempos que hiciera brillar su ingenio en las aulas sabias de Alejandría enriquecido empero aún por su dominio de la personalidad que lucía ahora sus facultades como el metal precioso, libre de mezclas.

Vivía a la sazón en Roma un alejandrino llamado Olimpio de hermosa figura y altivo porte, ampuloso orador, dueño de una vasta cultura que había frecuentado todas las escuelas filosóficas conocidas y que, llegado Plotino, dio en atribuirse, anheloso de superioridad, la predilección del maestro Amonio, ya famoso entre los verdaderos filósofos del mundo conocido.

Cierto día en que, velada por la prohibición, revelaba cautelosamente Plotino a sus amigos preparados ciertas enseñanzas de la doctrina de los eclécticos confiada por Amonio a sus íntimos discípulos, Olimpio sintió de

pronto, con envidia irreprimible, toda la superioridad moral e intelectual, el esplendor de la mente abstracta, la fuerza convencitiva de la verdad pura que encarnaba aquel hombre sencillo y sonriente.

Para mantener entre sus discípulos que le seguían su pretendida hegemonía de sabio alejandrino, le redarguyó Olimpio en conceptos vacuos a través de su apariencia viril y en el decurso de exaltadas polémicas pronto su atribuída ciencia se reveló en altanería y su altanería vencida por el inapreciable razonamiento profundo y sereno del verdadero filósofo, en envidia y ésta en odio feroz que estimulaba el amor propio herido.

Conocía Olimpio y practicaba las ciencias ocultas tan en boga entre los egipcios que intentaban resucitar la magia poseída por los antiguos Faraones.

Su malevolencia hacia Plotino le condujo a emplear contra él sus malas artes, vitalizadas por su deseo de anular al filósofo intruso que le usurpaba su pretendida fama y predominio.

Dejemos epilogar la aleccionadora anécdota a su discípulo y biógrafo Porfirio:

"Pronto se percató de que sus maleficios se volvían contra él y dijo a sus familiares que el alma de Plotino era tan poderosa que

todo mal lanzado contra él repercutía inmediatamente sobre sus agresores.

Desde la primera vez que Olimpio le dirigió su maleficios, Plotino se dio cuenta y dijo a los que le rodeaban:

"En este momento el cuerpo de Olimpio se halla aplastado como un saco y tiene todos los miembros magullados".

Cuando Olimpio hubo experimentado durante repetidas veces que los maleficios obraban sobre él devueltos por el poder neutralizador de Plotino, acabó por cesar en sus ataques" (7).

---

(7) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, págs. 18 y 19.

VII

ALBOR DE ESCUELA

La capitulación de Olimpio, consecuencia de su impropio tesón de preponderancia, puso de relive, de golpe, ostentosa y públicamente, el poder oculto de Plotino. Se comentaba en los círculos intelectuales el motivo de la ausencia de Olimpio y su causa dando al hecho la fabulosidad y magnitud conocidas cuando pasan por el tamiz de diversas bocas.

Se consideró desde entonces al filósofo de Alejandría con mayor admiración y respeto, poseedor de poderes y conocimientos ignorados por los concurrentes filósofos al Foro.

Su aspecto, su condición de oriental helenizado cuando la ciudadanía romana competía en adoptar, ávida de refinamientos y exotismos, toda la fastuosidad y el lujo de Oriente favorecido por el comercio con las colonias del

Este, le reputaron y revistieron desde el primer momento con un interés general debido sólo a tales circunstancias.

El resurgimiento heleno, paralelo a la moda oriental, hacía adoptar a las familias patricias algunas de las costumbres áticas sobre todo en lo concerniente a la educación de los jóvenes. Se buscaban *pedagogos* y *gramáticos* griegos y los más ricos tenían a gala ostentarlos como servidores exclusivos, retribuídos con largueza.

No quiso aceptar Plotino múltiples de tales ofertas que repugnaban a la moral renunciativa de los iniciados. Sin embargo, el magisterio ejercido en su sentido integral y trascendente le atraía como la cumbre de su misión cumplida. Aceptó libremente sin retribución alguna, varios discípulos ávidos de saber cuya humilde condición vedaba las lecciones de un maestro.

Acompañados por el rumor de las fuentes y el cantar de los pájaros, entre los sauces y las estatuas musgosas, sentados sobre las marmóreas gradas que rompían las asperezas y declives del Monte Palatino por las estribaciones umbrías que daban frente al Templo de Venus, el sol sorprendía atentos muchas veces, desde que apuntaba el alba, a los jóvenes discípulos absortos por la dicción brillante que

reflejaba las lumbres interiores del Filósofo del Extasis.

Ante el esplendor de las bellezas naturales, sus solicitadas clases de oratoria, de geometría, de mecánica, de gramática o de música se trocaban a menudo en himnos, en glosas ardientes al poder omnimodo de la Naturaleza, madre sabia. El sol naciente, al nimbarlos de luz dorada, les sorprendia frecuentemente meditabundos en los umbrales de lo abstracto y les hacía a todos, por íntima expansión, videntes de la unidad divina.

Con el tiempo estas clases tomaron insospechado incremento. Por las orillas limosas del Tiber, sobre la Colina de los Jardines, extramuros, ara florída que embalsamaba a los extranjeros llegados por la Vía Flaminia, vena de Roma, repleta de carruajes y de transeúntes, numerosos oyentes de todas condiciones, hombres y mujeres, buscaban al azar la libre cátedra del alejandrino, reputado sobre todos de prudente y de sabio. Algunas patricias iban a menudo acompañadas de sus hijos pequeños.

Sus clases sobre la ciencia al dia se convertian en cursos de moral, de una moral recia y libre que dignificaba el fondo divino de toda religión y filosofía y cuya verdad altísima parecía filtrarse bajo el sortilegio invisible de

un poder máximo, en las almas suspensas de los oyentes.

Alguna vez se vieron ya en las pláticas filósofos anhelosos de ampliar sus conocimientos. Algunos ricos e influyentes comerciantes y senadores no desdeñaban sumarse entre el auditorio. Las preguntas primeras de los jóvenes ávidos de instrucciones elementales se trocaron con el tiempo en largas polémicas que ultrapasaban la filosofía acomodaticia de los epicúreos, la escueta moral de Epicteto, cristalizada por los estoicos al día y las dialécticas interminables y complicadas de los platónicos y de los peripatéticos. De todas estas escuelas no quedaba ya, en la Roma de mediados del siglo III, más que la letra. La doctrina que fuera antaño vestuario de una verdad pura que tenía los cimientos en todo corazón humano exaltado por la supervida, se había convertido, merced al materialismo reinante, en lucubraciones eruditas, en comentos supeditados a la concreción verbal, en una gimnasia de la mente permitida a los que tenían repleto el cerebro de los caracteres amoldados de los papiros y que, brotados un tiempo de almas privilegiadas en su contacto con las supremas manifestaciones de la vida, fueran el símbolo, la forma, la expresión imperfecta del vuelo audaz de las verdades eternas.

La intuición de los humildes presintió y gozó las primicias de aquella fuente pura. Los conocedores desapasionados razonaron después. Los poderosos, guiados por el recuerdo de la humildad de los senadores y de los grandes reyes que buscaban la compañía de los filósofos, siguieron.

Los guias de la humanidad han concedido siempre al alma humana la gracia de la visión infinita. Y Roma empezaba a reconocer en aquel extranjero humilde, a un enviado de los dioses.

VIII

EL DAIMON DE PLOTINO

La libre cátedra de nuestro filósofo, tan humildemente principiada, auguraba ya, merced a su personal influjo y a la altitud abierta de las ideas expuestas y debatidas, más que una futura escuela de ciudadanos romanos, un foco de lumbre sabia para la humanidad del presente y del porvenir.

Aumentaba dia a dia el auditorio cuya selección tomaba parte con frecuencia en las pláticas del maestro. Ya no se deliberaba sobre los temas de las asignaturas comunes. Era el mentor de hombres que abria a las almas ávidas el horizonte de la conducta discipular, los esplendores iniciáticos, la naturaleza de los dioses, sugiriendo al auditorio, por la magia de su aura expandida por su entusiasmo, la lenta y segura alquimia de la transformación individual.

A veces, su figura tomaba aspectos apoteósicos. Amelio, el que más tarde compartiera con Porfirio la predilección del filósofo, paseando cierto día por la Vía Aureliana, al atardecer, le vio por vez primera entre el marco de los álamos que regaba el Tiber, iluminado por lumbres interiores, regalar con las suaves cadencias de su voz sonora como un rocío divino, a la multitud que le escuchaba sentada o yacente sobre el césped. En aquel momento, unas palomas que tenían sus nidos en la cima del Janículo se posaron confiadamente, como atraídas por su poder, sobre sus anchos hombros.

Amelio, de temperamento soñador y artístico, extasiado ante la belleza de la escena, se acercó al grupo. Plotino le miró insistentemente. Al terminar la plática, cerrada ya la noche, aquellas dos almas, unidas por un pasado remoto, fundieron sus auras afines.

Desde aquel día Amelio fue su discípulo predilecto. Recién llegado a Roma en el año III del imperio de Filipo, procedente de Toscana, su país natal, había aprendido filosofía y ciencias en la escuela de Lysímaco. Su temperamento idealista e imaginativo le llevó a Roma anheloso de frecuentar la compañía de los artistas y de los músicos. La filosofía al uso en las cátedras oficiales, las polémicas del

Foro, no le satisfacían. Su libre idealismo gustaba más de las bellas leyendas mitológicas que de los racionalismos áridos de los filósofos. Su visión artística le daba a veces la clave intuitiva de la verdad, aun sin sospecharlo.

El hallazgo espectacular de Plotino en las afueras de Roma en aquel inolvidable crepúsculo de estío, sus palabras proféticas de la misma noche cuando entre el auditorio buscó el maestro su compañía, le hicieron vislumbrar, unificada, la dualidad que creyera antes incompatible. Los dioses renacían para él en la figura de Plotino y proclamaban la verdad de los siglos.

Frecuentaba muchas veces Amelio los diálogos de Plotino acompañado del griego Carterio, pintor notable, afecto a los filósofos. Cierto día expuso Amelio al maestro su deseo de que Carterio reprodujera su imagen. A ello se negó Plotino afirmando que la posteridad no debía dar valor a la forma, sino al espíritu. Citaba con frecuencia lo que dijera Catón el sabio al negarse a que se erigiera su estatua en la plaza pública repleta de efigies que glorificaban a tantos hombres vulgares: "Se me glorificará mejor sin estatua".

Sin embargo, Amelio sugirió a su amigo que frecuentara asiduamente sus libres sesiones y que procurara grabar en su cerebro el

semblante inspirado del orador. Así logró Amelio una fiel reproducción de la efigie del filósofo construída de memoria, trazo por trazo, por Carterio el pintor.

En una ocasión recibió Plotino la noticia de que un sacerdote egipcio recién llegado a Roma, famoso por sus poderes y su sabiduría, le invitaba prometiéndole materializar su *daimon* o genio familiar.

Aceptó Plotino la invitación de su sabio compatriota. La invocación tendría lugar en el Iseion, Santuario erigido a Isis, que se erguía en el Campo de Marte, sobre la llanura ribereña del Tíber. El sacerdote afirmaba que era este el único lugar de Roma que se hallaba puro de perturbadoras influencias.

Tras una extraña ceremonia de magia, el sacerdote oficiante, de pie, frente al altar de la Diosa Velada, altos los brazos en la actitud de los antiguos magos, hizo aparecer, magnífico y radioso, el *daimon* de Plotino en la forma de un dios.

Cuenta Porfirio que el propio sacerdote quedó sorprendido, exclamando: "Bienaventurado tú, ¡oh Plotino!, que tienes un dios por *daimon* y no un guía familiar de la especie inferior" [8].

---

(8) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 19.

Refería luego el sacerdote que no le había sido posible, por la índole superior del aparecido, hacer al *daimon* pregunta alguna ni gozar largo tiempo de su divina presencia.

"Teniendo Plotino por genio familiar un *daimon* de la categoría de un dios, no en vano dirigía en todo momento hacia este guía supremo el ojo divino de su inteligencia" (9).

La misma humildad, la misma humana sencillez que le igualaba con los seres más obscuros, le caracterizaba cuando la fama de su grandeza tomaba relieves de leyenda. Hacía todo lo posible para que su personalidad no fuera el centro de la adoración general. Cuanto más se engrandecía su figura, más alto y bello evocaba el ideal para que hacia él se dirigiera el amor creciente de los que le rodeaban, como un norte inaccesible y perenne.

Se acercaba el momento propicio para la realización...

Al término de una de aquellas pláticas ardientes en que vibraṛa, inspirada como nunca, la voz de oro del maestro evocando con vivos colores la excelencia de la vida en comunidad entre hermanos, hombres y mujeres, unidos por el cumplimiento de un ideal completo de la vida, reviviendo los días ejemplares del Ins-

---

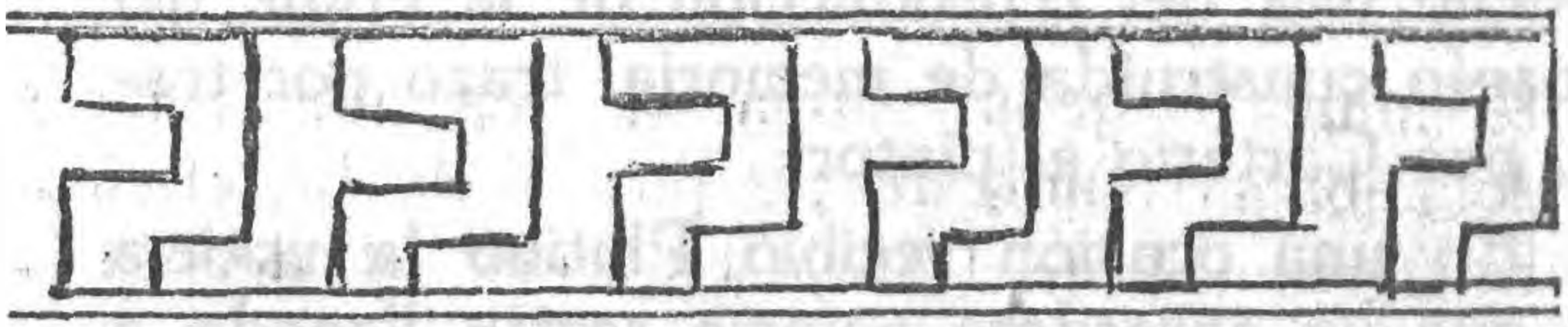
(9) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 19.

tituto Pitagórico, gloria de la Magna Grecia, se le acercó luego Gémina, matrona romana, ferviente seguidora del maestro desde su aparición en Roma y al que debía la felicidad de su vida transmutada.

Poseía Gémina, en los bellos alrededores, una gran propiedad, herencia de sus mayores. Vivía sola con su hija llamada también Gémina, inteligente y entusiasta de Plotino, como su madre. Ambas se esforzaban en vivir la vida que éste preconizaba abandonando el lujo imperante y concentrando sus actividades al bien y a la renuncia de todo lo excesivo.

Trémula de emoción, con la mirada iluminada por la evocación de la comunidad ideal, ofreció al maestro su morada en la que podría realizar su ensayo de vida comunal.

Plotino presintió a su lado, en aquel momento, radiante de alegría, la profética figura de Amonio, su maestro, en forma astral.



IX

LA MORADA

En las suaves estribaciones del Quirinal, entre la Puerta Salubre y la Via Salaria, se asentaba uno de los más bellos y tranquilos barrios de Roma; habitado principalmente por comerciantes acomodados, por propietarios viejos y retirados o por artistas ávidos de tranquilidad. Allí tenía Gémina la solariega propiedad que guardaba el ara sagrada de sus mayores.

Levantó la matrona la aldaba de bronce dorado y un viejo esclavo abrió la puerta. Cabe la frescura del umbral, al fondo, en el atrio, una cortina semicorrida dejaba ver un chorro perpendicular de sol que se derramaba por el hueco central de la techumbre reflejándose en el agua del marmóreo *impluvium* hiriendo los ojos.

Entró Plotino acompañado de Amelio y Carterio. Respirábase bienestar en la casa de

Gémina. El genio tutelar de los dioses lares colmaba el ambiente de paz y de beneficios. La amplitud de la construcción, el decorado elegante y sencillo, armonizaban la vista complementando el agrado de los visitantes.

Las dos alas del atrio dejaban ver los espaciosos salones que comunicaban con el exterior y que un tiempo fueran tiendas abiertas al público donde los esclavos expendían el producto de las tierras de sus amos.

El atrio daba entrada al peristilo, centro de la casa, patio magnífico y espacioso todo bañado por el sol de mediodía que hacía relucir el pavimento de bruñido mármol y el agua del surtidor central. Rodeábalo un pequeño pasillo formado por los pórticos que sostenían columnas de granito trenzadas por enredaderas.

Era esta pieza, en las antiguas moradas romanas, el centro de la vida familiar, el inmutable escenario de la institución sacra de los ciudadanos. En él reposaron los abuelos llegados de sus conquistas por países extranjeros, allí las viejas amas dirigían las tareas de los servidores, ocupadas en el gobierno de la casa. Allí, siempre que el tiempo lo permitía, al amor del sol en invierno o bajo la frescura de los toldos multicolores en verano, se deslizaba apaciblemente el correr de los días

y los recuerdos de los lustros idos se memoraban allí cerca, en el *tablinum* familiar, el santuario de los antepasados donde se conservaban y veneraban sus objetos personales, sus imágenes y documentos.

A ambos costados del peristilo se abrían las puertas de los cuartos individuales. En el fondo, a un lado del *tablinum*, una amplia habitación tenia departamento de baño y de gimnasio. Al otro, la biblioteca, tesoro intelectual acumulado por generaciones. A un extremo, un estrecho pasillo daba entrada a la escalera del piso superior y al jardín, lleno de árboles frutales. Los rosales trepadores ocultaban, sobre los muros, el decorado que fingía la misma columnata del peristilo.

Esta había sido la morada de Gémina. ahora consagrada al ideal entrevisto por la escuela plotiniana. Pronto, las piedras silenciosas que por tantos años se impregnaran de los hechos íntimos de una familia patricia, se estremecerían al eco vibrante de la palabra de verdad que unifica los seres y las cosas. Una oración informulada, pero vívida, convertiría pronto en santuario el solar entero de Gémina y sus muros santos serían cantados por la humanidad futura.

Plotino, con semblante de visionario, presentía el ambiente de su comunidad llenando

la morada. Amelio recorría alegremente la casa, disponiendo mentalmente, punto por punto, el futuro hogar de la escuela. Carterio, silencioso en el peristilo creaba, sobre el hueco de cada pórtico de granito, la imagen esculpida de un grande iniciado...

Amonio, maestro de Plotino, era ferviente pitagórico. El sabio de Samos había modelado su ideal íntegro de la vida humana y consideraba su escuela como la más completa y posible realización. El humilde descargador del muelle de Alejandría, glorificaba con su visión interna, a todas horas, doblegado por el peso de la mercancía que transportaba sobre sus hombros entre el tumulto de la ciudad o junto a las aguas tranquilas del Eunostos, el Instituto Crotonio que floreciera en la edad de oro de la Magna Grecia y que durante diez y nueve generaciones [10] consecutivas ejemplarizara al mundo con sus leyes perfectas. Todos sus sueños se encaminaban a la realización del ideal pitagórico que aunara el más profundo humanismo con las superiores cualidades del maestro y de sus mejores discípulos. La educación integral los hacía semejantes en gracia y belleza a los mismos dioses. La leyenda contaba que las nereidas que habitaban

---

(10) *Vidas de los filósofos más ilustres.* Diógenes Laercio.

las orillas del Mar Jónico, de azules ondas. los adoraban cuando al compás de las liras cantaban su oración matinal, como olímpicos resucitados.

Amonio había transmitido a Plotino esta visión dorada de la historia helena como un fondo de inquietud en la placidez intelectual de su filosofía y que resurgía en su mente en ciertos momentos culminantes como una invitación.

El Hado le deparaba la primera oportunidad.

Unieron en un fondo común como los mismos pitagóricos [11] los individuales intereses que disponían los decididos a consagrarse al ensayo comunal.

Hombres y mujeres hicieron voto de libre renuncia dispuestos, no obstante, a que ésta no limitara la expansión de su individualidad sino que al contrario la enriqueciera con el goce de las posesiones y de las alegrías comunes.

Desde que la pisaron los nuevos moradores, la antigua morada de Gémina resplandecía de alegría y de entusiasmo.

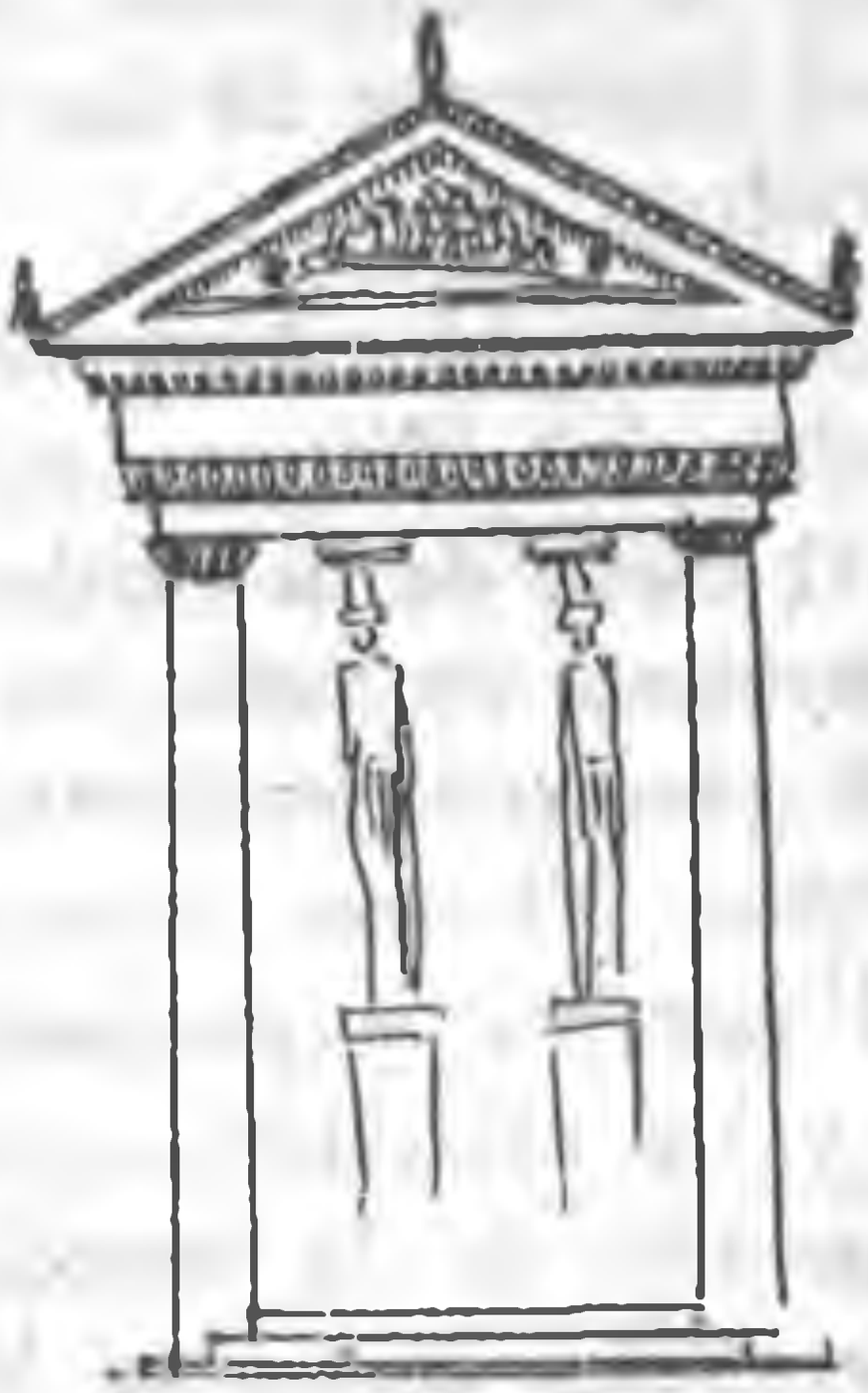
Seleccionó previa y sagazmente Plotino, antes de la admisión definitiva de discípulos,

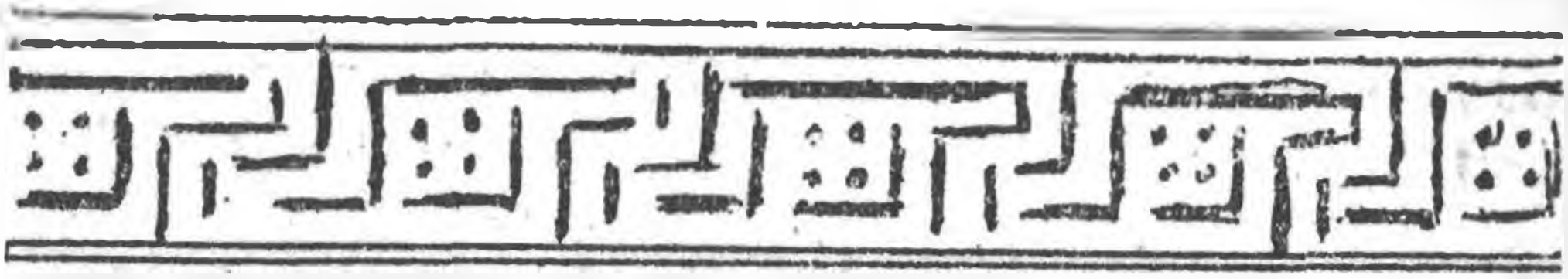
---

(11) *Vida de los filósofos más ilustres.* Diógenes Laercio.

los dispuestos por sus cualidades a vivir en comunidad. Los analizó bajo diversas pruebas en varias ocasiones observando clarividentemente sus auras. Supeditó algunos a saneadoras purificaciones de determinado impedimento, instituyó rigurosamente los silencios, llenó el ambiente de la morada comunal con sus poderosas formas mentales amorosas y espiritualizantes que bañaban a los ávidos de ideal replegados bajo su techo y que les llenarían insensiblemente de nuevas y más elevadas posibilidades.

La comunión de estas purificadas vibraciones individuales convertiría en el porvenir la antaño vivienda de Gémina en el faro espiritual de la Roma en decadencia.





X

DE LA INICIACION

SIGLOS antes, en la Grecia madre, el despotismo de los tiranos tracios había borrado las huellas de Orféo y se contaba como un nuevo mito la existencia del fundador de la religión griega cuando Pitágoras se capacitó del mandato del oráculo de Adonai y abrió de nuevo los templos a la luz secreta de los siglos.

En tiempos de Plotino el materialismo del imperio decadente bajo el cetro de los tiranos que la fortuna arrastrara un día sobre el trono áureo de Roma, veía una leyenda más en la figura de Numa, iniciado mandado por el sacerdocio etrusco para dar al pueblo romano la posible sabiduría de los arcanos sibilinos.

Plotino, iniciado por Amonio en el esoterismo pitagórico y en las verdades ocultas de todo lugar y tiempo, develador de los Miste-

rios egipcios, conocedor de la magia de los caldeos y de los persas, aleccionado por los gnósticos, entrenado por los terapeutas, instruído por los esenios, conocía todo el valor de la comunidad secreta para el logro de los fines trascendentales.

Vio en el pitagorismo la esencia rediviva del ideal órfico, glorificación del fondo y de la forma, del espíritu religioso y esotérico que Orfeo ocultara tras la misión sacerdotal y la religión laica y civil de la sociedad ejemplar que Pitágoras alzó como un monumento de las edades.

Platón dio por último un cuerpo intelectual, didáctico y definitivo, cumbre suprema de la mente humana, a la esencia unificada de ambas realizaciones. En su *Timeo* aparece, algo velada por la simbología iniciática, la abstracta cosmogonía órfica, madre de la religión pagana. En su *República,* mezclada con la influencia austera de los dorios y las leyes de Licurgo, aparece la constitución de la sociedad pitagórica.

Orfeo ante la rudeza salvaje del los tracios; Pitágoras frente a la muelle demolición sibarítica cuando el sátrapa persa oprimía, después de invadir Egipto, toda la civilización mediterránea, Platón en la confusión social y filosófica que siguió a la muerte de Sócrates y

de Pericles, cumbre de Grecia, Plotino contrarrestando el enderrocamiento de los fundamentos puros de la sociedad roídos por la ambición y por el predominio del oriente en decadencia; significan los días y las noches que en los anales divinos marcan el esplendor luminoso de las verdades triunfantes o el auge de las tinieblas encubridoras de la eterna Tifón, el monstruo de la ignorancia y de la sombra.

Orfeo, Pitágoras y Platón significaron en la gloriosa historia griega, según la bella frase de Schuré, el alba, el pleno día y la puesta de sol. Plotino lo comprendió así e intentó prolongar en el horizonte de las ideas aquella puesta esplendorosa.

El divino Platón, heredero de la tradición órfica, conocedor del *Hieros Logos* (La Palabra Sagrada), clave de la verdad pitagórica, sintetizador elocuente de todas las ciencias conocidas, dio la maestría intelectual a las generaciones futuras. Plotino lo reconoció como padre. En los papiros y pergaminos, plenos de elocuencia y de sabiduría, a través de la dialéctica intrincada de la simbología iniciática o de la metafísica abstracta, halló Plotino la fuente cristalina y pura que colmó como doctrina toda su aspiración.

Y se afanó en resurgir su verdad que los retóricos ofuscaban con el velo espeso de su sofismo. Los llamados platónicos no comprendían a Platón porque desconocían la clave esotérica de su sistema. Y para esclarecerla, para patentizarla, para arrancarla del cerrado intelectualismo que la monopolizara, Plotino soñó, como Pitágoras, resurgirla a través del ideal completo de la vida humana. El y sus discípulos se llamaron neoplatónicos y su escuela selló el libro sagrado de la filosofía de Grecia, madre de Occidente. Plotino ha sido llamado el último gran pagano.

Al posesionarse de la casa de Gémina, meditaba a menudo y rememoraba el glorioso pasado. Remontábase ocho siglos atrás y se trasladaba al golfo de Tarento en el promontorio cercano a Crotona, mil veces visible en sus ensueños. Junto al Mar Jónico se alzaba el Instituto de Pitágoras, blanco como una paloma posada sobre el césped florido. Sobre sus dos alas se alzaba, como una corona soberana, la columnata circular del Templo de las Musas.

La evocación completa de la vida de los pitagóricos llenó con su forma mental vivificada los inicios de la Escuela Plotiniana. Después, en la realización, el Instituto crotonio continuó siendo el mentor de la vida en aquella que

principiara siendo humilde e ignorada selección de la gran urbe romana. En toda duda, a través de toda prueba, la Escuela Pitagórica surgía como la madre y maestra de toda comunidad ejemplar. Más tarde, Porfirio y Jámblico dieron a las letras escritos y juicios sobre la vida y obra del filósofo de Samos [12].

Deciase que antes de fundar su Escuela, congregó Pitágoras en el Templo de Apolo a los jóvenes crotonios y les arengó arrancándolos de los vicios sibaríticos y llamándolos a los goces de la virtud y a las mujeres al Templo de Juno, incitándolas a que abandonaran sus costosos atavíos y dejaran sus joyas como ofrenda a la divinidad para que, atraídas por el influjo de su palabra, deshicieran el pacto con su vida superficial pasada para renacer de nuevo a través de la larga iniciación pitagórica.

A semejanza de aquel maestro, aceptó primero Plotino durante algunas horas diarias o días enteros a los pretendientes a su incipiente comunidad que habían formulado la re-

---

(12) Algunos atribuyen a los neoplatónicos un exclusivismo harto absoluto por Platón. Para justificar el pitagorismo ferviente de Plotino copiamos un párrafo de la carta de Longino, el más esclarecido crítico de aquella época, dirigida a Amelio: "Plotino, a lo que creo, ha expuesto de manera más exacta que sus predecesores los principios de Pitágoras tanto como los de Platón".

nuncia a sus bienes, sellando el pacto de igualdad y los dejaba libres a su exclusiva iniciativa para observarlos larga y detenidamente. Con preferencia a través de los juegos, de las pláticas o de las tareas preparatorias de la morada destinada a internado, adivinaba Plotino, por la sutil percepción que le confiriera su larga experiencia, ciertas aptitudes no reveladas en sus discípulos o bien impedimentos de ellos insospechados que los imposibilitaban de momento para formar parte del círculo íntimo de los discípulos más allegados.

Ocurría a veces que algunos pretendientes se retiraban por sí mismos de esos libres ensayos preparatorios repelidos por el ambiente asaz purificado ya por el pensamiento y la influencia de Plotino.

Transcurrido un tiempo instituyó, al organizar a su vera la vida íntima de los entusiastas, los silencios pitagóricos que Numa practicara antes en honor de la Musa Tácita. Los probó en las mutuas polémicas que suscitaba humillándolos a veces para vencimiento de su vanidad y amor propio cuando el halago de sus conocimientos amenazaba envanecerles y vitalizándolos cuando el fracaso amenazaba abrumarles. Les sujetó a largas soledades y a la prueba progresada del miedo bajo fantasmas físicos o astrales. Ordenó la purificación

por el fuego, el agua y la unción, y explicó su significado trascendental [13].

Como Pitágoras, elevó un secreto santuario destinado a las iniciaciones de los que sobresalían en los trabajos y precedentes pruebas preparatorias y que revestían en su favorable momento astrológico especial solemnidad. Adaptó a la tónica de los romanos como siglos antes hiciera el mentor del Instituto crotonio con los helenos, el ceremonial isíaco y mítrico. Regíanse estas ceremonias por la ley inviolable del secreto y la significación mística de los ritos.

"En estos misterios el iniciado no se identificaba con una imagen de la divinidad, sino con la divinidad misma. Por lo que nos cuenta Apuleyo de los misterios isíacos, la iniciación se terminaba, como en la morada de Plotino, no por la visión de una imagen divina, sino por la aparición de una luz" [14].

La iniciación mítrica se revestía de hondo significado cosmogónico y aparentaban los oficiantes el proceso *post mortem* del desencarnado aunque era menos sombría y terrorífica que la iniciación egipcia.

---

(13) "Plotino enseñó la doctrina secreta de los pitagóricos". *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 35.

(14) La *Philosophie de Plotin*. Brehier. pág. 32.

"Después de la muerte si se la ha juzgado digna, se eleva el alma hacia los cielos. Estos se dividen en siete esferas atribuída cada una a un planeta y sellada por una puerta cuya entrada guarda un ángel que la abre sólo a los iniciados sabedores de las fórmulas apropiadas [15]. El alma se despoja en cada puerta, como de sus envolturas, de las facultades de que se revistiera al descender a la tierra. En la Luna abandona su energía alimentaria, en Mercurio el anhelo de posesiones, en Venus los deseos eróticos, en Marte el ardor combativo, en Júpiter la ambición, en Saturno la pereza. Así despojado de toda mundanidad, penetra en el octavo cielo donde goza de una beatitud sin fin" [16].

Todas las iniciaciones secretas tienen por finalidad hacer consciente al neófito del proceso del alma y de la evolución, y despertar sus facultades superiores a su plena conciencia. La vida física tiene entonces para el iniciado una significación muy distinta que para el profano. Los móviles que impulsan los ac-

---

(15) "La mente del Padre no acoge el querer de nadie mientras éste no salga del olvido y no recuerde y diga las puras y misteriosas palabras paternas. Esta frase sacramental que puede ser aprendida dio a unos el que recibiesen el conocimiento de la luz". De *El Zend-Avesta de Zoroastro.*

16) Cumont. *Les Mystères de Mithra,* pág. 114. cit. Brehier.

tos varían de centro motor. Para el mundo la satisfacción personal mueve a la acción. Para el iniciado el cumplimiento del bien señalado por el plan divino.

Aparte la prueba del abandono del cuerpo èn el sarcófago, practicado principalmente por los egipcios, Plotino adaptó el oportuno colocar y despojar de las superpuestas vestiduras de los neófitos conforme a la iniciación mítrica.

"En los Misterios descritos por Apuleyo, en la iniciación nocturna, el *myste* revestía sucesivamente doce mantos; en la mañana cubríase por fin con el "celeste manto" y era honrado como un dios por toda la comunidad" (17).

Esta iniciación del Instituto Plotiniano tuvo, sin embargo, poco de formalista y definitiva. Toda la permanencia al lado del maestro era una constante y eficiente iniciación en la vida superior. En los mundos sutiles se operaban también, más real y vívidamente bajo su guía y preparación, las pruebas internas de los discípulos. Cumplió en la forma los requisitos dispuestos en las iniciaciones de las escuelas ocultas por las que pasara Plotino, pero las despojó del fárrago pomposo de

---

(17) *La Philosophie de Plotin*. Brehier, pág. 30.

los egipcios y orientales dejando sólo el simbolismo de lo fundamental. Estas tomaron un cariz más intenso y solemne cuando el tiempo intensificó el ambiente del Instituto y a medida que sus discípulos adictos y preparados coadyuvaban al logro, previa y reservadamente señalado en bien de un individuo, de alguna peculiar tarea o para el conjunto de la comunidad.

Sometido que hubo con éxito a diversas pruebas a algunos de los pretendientes a la vida comunal, quiso solemnizar el acto de apertura oficial del Instituto.

Cuando, de acuerdo con el favor de los signos astrológicos en cuyo conocimiento era maestro, juzgó Plotino llegado el momento oportuno, llamó a los electos a su alrededor y convocó a todos sus amigos y simpatizantes a su doctrina.

Bajo los rayos declinantes del sol de la tarde que doraban la columnata del peristilo y el baño de plata de la luna llena, Plotino proclamó su ideal completo de la superhombría como una ciudadanía del mundo entero y una comunión con todo lo creado cuya ley indestructible reside, inquebrantable, en la vida del universo que regula el curso de los astros. Descorrió parcamente frente al auditorio la magnitud de los Misterios a través de las épocas,

y ensalzó el ideal de su Escuela, la que los dioses designaban como el faro resurrector de Roma.

Los oyentes se hallaban inmóviles y suspensos bajo la sugestión de la voz de oro de Plotino que acompañaba en el silencio de la noche temprana el canto del agua en el surtidor de mármol.

Vestía Plotino aquel día solemne, como en las ceremonias egipcias, una túnica blanca. La luna enredaba sus rayos de plata entre la barba y la cana cabellera abundosa del maestro que relucía como un halo en torno de su semblante pálido y magnífico.

Nunca lo vieron sus discípulos tan majestuoso. Al final de su plática inaugurativa propuso un silencio que llenaron los ángeles.

Una fuerza divina inundó a los espectadores. En el silencio prolongado otorgaron las supremas Potestades su bendición sobre aquel rincón de paz de la Roma turbulenta y trazaron en el firmamento con los signos estelares la ruta abierta a su misión eterna.

XI

LOS DISCIPULOS

ANTES de entrar de lleno en el funcionamiento e irradiación del Instituto Plotiniano mencionando dentro de su peculiar ambiente las conocidas anécdotas del maestro, que Porfirio nos legó con su lenguaje ingenuo, familiar y escueto, único diseño para que la posteridad delinée sobre el marco de la época las características de la gran figura cumbre del neoplatonismo, hemos creído conveniente dedicar un capítulo a los que fueron sus discípulos y colaboradores para que, completando la descripción de la morada de la Escuela, los halle luego el lector entre sus muros, al revivir los días de su ejemplar historia, como amigos y conocidos.

No los mencionaremos por el orden cronológico de su aparición junto a Plotino sino más bien por la importancia del papel que a su vera representaron, aunque facilitaremos los

datos que hasta nosotros han llegado relativos al tiempo o lugar en que actuaron.

Porfirio.—Nació por el año 232 a 234 [18] en Tiro, floreciente capital de la antigua Fenicia, a orillas del Mediterráneo. Su nombre originario era el sirio Malcos, que significa Rey. Así lo denomina Amelio al dedicarle el libro "Diferencia de la doctrina de Plotino con la enseñanza de Numenio". Como Amonio, Porfirio nació en el seno de una familia cristiana de cuya fe se apartó cuando tuvo uso de razón y abrazó la filosofía de los antiguos.

Recibió en su juventud esmerada educación. Familiarizóse con las grandes obras maestras, estudió la raíz de los idiomas, cobró afición por el estudio de la literatura y de las ciencias a las que dedicó con creciente afán todos los esfuerzos de su vida. Se le cita al lado de Longino como el más culto erudito de su siglo. Viajó por Oriente, Caldea, Persia y recorrió Egipto. Interpretaba los hieroglifos egipcios y los libros sagrados de los judíos. Su temprana educación cristiana dejó en su

---

(18) Dedúcese aproximadamente el año de su nacimiento por su biografía sobre Plotino cuando dice: "En el décimo año del emperador Galiano, Plotino tenía cincuenta y nueve años y yo, Porfirio, había cumplido los treinta cuando empecé a acercarme a él". *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, pág. 10.

alma la dulce reverencia por Jesús, el Instructor de Galilea. Su vasto conocimiento le familiarizó con la ética de todos los grandes iniciados del pasado. Llegó a adueñarse de un conocimiento a todas miras enciclopédico.

Facilitó sus estudios la tregua religiosa que en Oriente siguió al reinado de Filipo el Arabe. En las escuelas de Siria y de Egipto, cristianos y paganos de todas las sectas se hallaban reunidos sin combatirse [19].

Fue discípulo de Longino y en Cesárea de Palestina le comunicó Orígenes parte del pensamiento de Amonio en su característica cristiana.

El mismo relata su aproximación a la Escuela de Plotino: "El décimo año del emperador Galiano, yo, Porfirio volviendo de Grecia a Roma con Antonio el Rodio encontré a Amelio quien siguiera asiduamente durante diez y ocho años a Plotino" [20].

A su lado se le descorrió el velo de los conocimientos concretos y por vez primera apareció ante su vista interna todo el esplendor del más allá.

Porfirio fue pronto uno de los más adictos discípulos de Plotino. Significó en su Escuela

---

(19). *Vie de Porphire*. Bidez, pág. 11.

(20) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 10.

el maestro de erudición. Refutaba con argumentos propios a los gnósticos, aleccionaba y corregía citas, discurría con máxima autoridad y fue el brazo derecho de Plotino en sus tareas colectivas. Más tarde corrigió y ordenó sus escritos en forma de seis Eneadas.

El mismo nos dice: "En fin, el (Plotino) contó entre sus más caros amigos a mí, Porfirio, nacido en Tiro, al que confió la corrección de sus escritos" (21).

Era abstemio y vegetariano, tenía grande dominio de todos sus cuerpos. Casó con Marcela en edad avanzada y es digna de ser leída la hermosa "Carta" que le dirigiera con motivo de las críticas de que fuera objeto.

El excesivo trabajo mental anemió el cerebro de Porfirio que se entregó a la misantropía vencido por la neurosis.

En su período de mayor gravedad, pensó en el suicidio. Plotino, adivinándolo, le dijo: "Tu idea, Porfirio, no es la de un espíritu razonable, sino fruto de un cerebro turbado por la melancolía. Y me ordenó partir de Roma. Le obedecí y partí para Sicilia, instalándome en los alrededores de Lilibea. El resultado fue que sané de mi enfermedad del espíritu, pero

---

(21) *Vie de Porphire*. Bidez, pág. 15.

fui privado de la compañía de Plotino hasta su muerte" (22).

Escribió numerosas obras. Fue el sucesor de Plotino. Organizó la doctrina, capitaneó la Escuela a la muerte de aquél. Más tarde, cuando el auge cristiano persiguió a los profesantes de la sabiduría antigua, diseminó por Oriente la pura semilla de las verdades paganas.

Amelio.—Toscana, ciudad de Etruria, dio cuna a Amelio, el primero y más allegado discípulo de Plotino. Su verdadero nombre fue Gentiliano. "Plotino prefería llamarlo Amerio, con r, diciendo que le convenía mejor derivar su nombre de *ameria* (indivisibilidad) que de la palabra *ameleia* (neglicencia)" (23).

Sabemos ya de su característica personal por los anteriores capítulos. Los eclécticos tenían por norma la más simpática tolerancia y el respeto más sagrado a la iniciativa individual y ello no impedía, sino que al contrario, favorecía su mutua y completa compenetración. Amelio caracterizaba al soñador no exento de visión realista, amante de toda manifestación de belleza, afecto a ceremonias, cultos, fiestas y toda clase de realizaciones espectaculares regidas por una suprema glorifi-

---

(22) *Vie de Porphire · Bidez.*
(23) *Vie de Plotin.* Porphire-Brehier, pág. 9.

cación eurítmica. Contrastaba en ello con su maestro Plotino, en extremo desapegado de la forma, tenido por iconoclasta quien, atento a despertar el espíritu de los seres y las cosas, desdeñaba a veces en demasía su aspecto material.

Paseando cierto día maestro y discípulo por la Vía Sacra que enlazaba el Foro romano con el cerco de la legendaria Roma de Rómulo, en el Monte Capitolino, intentó Amelio conducir al filósofo al templo de Júpiter en el que se celebraban esplendorosas ceremonias en honor del Padre de los dioses. Contestó Plotino simbólicamente: "Son ellos los que deben venir a mí y no yo a ellos' [24].

Vestía con elegancia algo rumbosa y en el fiel ático de la balanza estética inclinábase más a Sibaris que a Esparta.

---

(24) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 20. Algunos críticos han querido justificar, con motivo de tal respuesta, la pretendida iconoclastia de Plotino. A pesar de sus fundamentales principios ideológicos, no desdeñó el filósofo las formas divinas, reconociéndolas necesarias para la evolución del sentimiento religioso. Lo patentiza, por ejemplo, este hermoso pasaje de sus Eneadas: "Los antiguos sabios que adoraron a los dioses construyéndoles templo y estatuas, rindiéndoles presentes, creo interpretaron bien la naturaleza del universo. La representación en imagen de algo se halla siempre dispuesta a recibir la influencia de su modelo". IV, 3, 11.

Hablaba y escribía magistralmente dando sin embargo más realce a la prosodia que al pensamiento, al ritmo alado de la frase que a la precisión de su estructura y significado. Longino, el crítico, consideraba a Plotino y Amelio como los mejores escritores de su siglo y entre los dos hacía la salvedad: "En cuanto a Amelio, anda sobre las huellas de Plotino y sigue sus ideas, pero es mucho más prolijo en sus definicioness y mucho menos preciso en sus ideas, muy distinto de Plotino en eso. Ambos son los únicos cuyos escritos nos parecen verdaderamente dignos de consideración".

Permaneció junto a Plotino, activo auxiliar de su Escuela durante 24 años consecutivos. Fue en suma, por sus cualidades, una de las figuras más sobresalientes de su época.

Después de la muerte del maestro interrogó al oráculo de Delfos y a él debemos el himno de la *Pitia* inspirada sobre el destino del alma de Plotino en el más allá.

Rogaciano.—La renuncia pública de Rogaciano fue, a través de la vida de la Escuela Plotiniana, lo que más atrajo la fama y la atención pública de Roma.

Era Rogaciano uno de los más ricos senadores romanos y como tal vivía sujeto al boato y esplendor anexos a su dignidad y cargo.

Al abrazar la verdad de los neoplatónicos, convertido por el influjo de la palabra de Plotino, abdicó de la vida pomposa de los pretores. Dio libertad a sus esclavos, repartió equitativamente sus bienes, vistió la sencilla túnica de los libertos y rehusó los honores. Era costumbre de los pretores salir siempre acompañados por los lictores. Rompió las fórmulas y libre de hogar y de trabas, dormía y comía en casa de sus amigos. Llevó su abstención a no tomar más que una comida por día. Achacoso antes hasta el punto de no poder valerse de sus propias piernas, rejuveneciólo la nueva vida de tal modo que emprendía ligero largas caminatas y se valía de sus ágiles manos como el más experto obrero.

"Plotino le apreciaba entre todos, le colmaba de alabanzas excepcionales y le citaba como un ejemplo admirable ante los candidatos a su filosofía" (25).

Castricio.—Amante y seguidor de las artes liberales, era una de las primeras y más nobles figuras de Roma. Se le apellidaba Firmo y fue uno de los más fieles seguidores de Plotino. Le unía estrecha amistad con Amelio, y Porfirio le nombra como su más devoto hermano.

---

(25) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, págs. 14 y 15.

En una época de depresión y de duda, dejó el régimen vegetariano seguido de otros condiscípulos. Dedicado a él escribió entonces Porfirio, firme en sus teorías y deseoso de encauzarle otra vez por la senda emprendida, *De Abstinentia* [26] fundamental y razonado elogio del régimen vegetariano desde el punto de vista de la vida del filósofo.

Sentía por Plotino una veneración ferviente. En los últimos tiempos del maestro él le enviaba víveres y todo cuanto necesitaba desde su propiedad de Minturne.

Zótico.—Laureado poeta y crítico, corrector de las obras de Antímaco y traductor en bellos versos de la historia de la Atlántida. Quedó ciego y murió antes que su querido maestro.

Eustoquio.—Natural de Alejandría, compatriota de Plotino, estudió y profesó la medicina. Al conocer las doctrinas de Plotino amplióse su visión de la vida. Juzgó menguada su ciencia y abrazó el conocimiento superior. Dice Porfirio que desde entonces vistió el manto de los filósofos de profesión. Fue fidelísimo a Plotino y en la hora de su muerte el destino le eligió a él solo para que le acompañara.

---

(26) *Vie de Porphire*, Bidez, pág. 98.

Zetos.—Asiático, nacido en Arabia, casado con una hija de Teodosio, fue antes uno de los familiares de Amonio. Era hombre muy influyente, ocupado en la administración pública y profesaba también la medicina. Plotino le amó mucho y con su influencia logró que enfocara sus energías al bien y a la vida espiritual. Plotino pasó algunas de sus temporadas de descanso en la propiedad solariega que Zetos poseía en las afueras del Minturne en Campania y en ella acabó sus días.

Paulino.—Natural de Scitópolis de Palestina, enamorado de la medicina, querido especialmente de Amelio al que cita como uno de los más fervorosos practicantes de las doctrinas neoplatónicas. Abandonó su cuerpo físico un día antes que su maestro Plotino.

Marcelino Drontino.—Según Porfirio, noble senador que debía a Plotino la luz de su vida aplicado devotamente a su sabiduría con progresos reales.

Sabinilo.—Fue otro senador entre los muchos que se consideraban discípulos de Plotino. Se consagró a la estricta observancia de sus preceptos, guiado por el convencimiento de su verdad.

Serapión.—Originario de Egipto, se le cita como hombre de gran inteligencia, senador que abrazó la doctrina de los neoplatóni-

cos y amigo personal de Plotino cuyo influjo no pudo desterrar por completo de éste su afición desmedida por el dinero y la usura.

Gémina y Gémina.—El lector conoce ya a la generosa patricia que cediera su morada para residencia del Instituto Plotiniano y a su hija, las que continuaron siendo entusiastas discípulas junto al maestro que las iniciara en el ideal de la vida completa.

Amfidia [27].—Esposa de Aristón, hijo de Jámblico, de antiguo inclinada a la filosofía. Mujer muy culta, era asidua auditora de Plotino y una de sus más distinguidas discípulas. Su ejemplaridad cundió entre las clases altas de la sociedad romana e inició a varias patricias en las teorías neoplatónicas.

Después de asistir las volubles mujeres romanas atraídas las más de las veces por Amfidia a las pláticas del conventículo de Plotino, renunciaban a sus vanidades y se acogían a una segura y firme concepción de la vida. Más adelante veremos cómo Salonina, la emperatriz, no desdeñó la amistad y las lecciones de nuestro filósofo.

Chione.—Al comprender la excelencia de las teorías plotinianas esta respetable mujer,

---

(27) Otros traductores dan a esta discípula el nombre de Amficlea.

madre y viuda, consagró por entero su vida y la de sus hijos al servicio del Instituto. Fue a vivir junto a Plotino y a él confió la formación del cuerpo y el alma de sus pequeñuelos.

Otros discípulos y discípulas se atribuyen a Plotino. Su tutela fue, por destino, a ser paterna en la comunal morada.

Tal llegó a ser la fama de su virtud que al morir algunos ciudadanos y ciudadanas, le confiaban sus hijos y le cedían como fiel guardián sus bienes [28]. Entre estos huérfanos se cita a Polemón al que su intuición previó débil y en exceso inclinado al amor y al que profetizó una temprana muerte como así aconteció a pesar de sus consejos y cuidados.

Potamón se cita también entre los jóvenes huérfanos a su tutela confiados y al que encomendó en gran parte la administración de la casa.

Siempre, en la vida íntima de su Instituto, se vio rodeado Plotino de multitud de jóvenes de ambos sexos que crecían al amor de sus sabios preceptos y que le veneraban como padre y maestro.

---

(28) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 17.

XII

DE LA VIDA DIARIA

PLOTINO, madurado por los años y las experiencias, conocedor de los hombres, profundo intuitivo de las divinas leyes del número y de la armonía en las que se oculta la clave de oro de la evolución cosmogónica, elemental y humana, soñó en la positiva revolución de las almas por el perfeccionamiento integral de la vida contra el continuo fracasar de los regímenes políticos, contra la absurdidad de la justicia emanada de mentes esclavas de la limitación y del vicio, contra la inconciencia servil de la masa oprimida.

Quiso, como el vidente de Samos, buscar en el fondo de toda alma la raíz del bien y dignificarla, abrir al sol divino la corola de la divinidad logrando el florecimiento de la delicada planta humana por el apropiado ambiente y cuidado. Remedio único para todos

los males sociales cuya causa reside en la regeneración del individuo.

El alma del nuevo Instituto se hallaba ya consolidada. Plotino y sus discípulos predilectos enlazados estrechamente por el vínculo iniciático, por el amor que ennoblece y por la mira constante del ideal encarnado, se revestían de una aureola de indiscutible autoridad frente a la pervertida sociedad romana.

Consciente de ello, dictó Plotino reglas de ética estricta, reglamentó la educación física, moral, intelectual y espiritual. A través de numerosos experimentos, construyó o reconstruyó con el tiempo el carácter de los que le rodeaban, logrando su dádiva máxima de acuerdo siempre con su tónica individual y evolutiva.

La Institución creada por Plotino alzóse como una verdadera autoridad en la capital del mundo y alcanzó su más popular apogeo desde el reinado del voluble emperador Galiano, al comienzo de la segunda mitad del siglo III.

"El visitante que penetraba por vez primera en la mansión de Plotino, debía hallarse extrañamente impresionado. Aturdido por el bullicio de la gran urbe, a un paso de las grandes vías donde se ostentaba, en la decoración

suntuosa de los monumentos, el fausto de una vida de placeres apenas imaginable para nosotros, descubría un apacible ambiente de ascetas que, apartados del mundo, meditaban sobre la filosofía y practicaban una elevada renuncia" (29)

No era, sin embargo, la renuncia estrecha y dolorosa de los que prescindían de algo a sus sentidos grato, sino la alegre seguridad del que vivía de acuerdo con las amplias y eternas leyes de la vida superior y no sujetos a las restrictivas del vicio esclavizante.

Parecía paradoja que la pompa y riqueza exterior fueran fruto de esclavitud y la limpia sencillez de nuestro Instituto una ofrenda a la dichosa y verdadera riqueza de las almas.

Muchos de sus allegados discípulos, conocidas personalidades de Roma, no vivían por entero en el Instituto sino que compartían sus labores con sus deberes públicos o privados. Sin embargo, su vida íntima, sus horas de estudio, meditación o explaye, las reglas a que sujetaban los neoplatónicos el plan completo de su vida, regía en todo lugar y tiempo para sus iniciados. Nunca faltaban, sin embargo, al atardecer, en las pláticas públicas, fragua donde se forjaba, con los puros metales de la sa-

---

(29) *Vie de Porphire*. Bidez, pág. 39.

biduría antigua, la ideología de los siglos futuros.

Como Pitágoras, Plotino vivía en el Instituto una vida ejemplar al lado de sus discípulos sujetos al orden general, que no mermaba empero para nada las iniciativas individuales, sino que al contrario, el desenvolvimiento integral las estimulaba.

A estos discípulos íntimos, nucleolo de su Escuela, daba sus lecciones avanzadas y secretas. En el misterio de las noches de luna llena tenían visiones parecidas a las que Pitágoras plasmara con su verbo, siglos atrás, desde las criptas de su Templo, bajo el testimonio augusto de las estrellas y el arrullo de las ondas del Mar Jónico.

Entre estas sesiones ignoradas cuyos ritos sacros atraían la bendición de las supremas Potestades y las públicas sesiones diarias de su conventículo famoso, mediaba la vida de cada hora, el apacible deslizar de los días en el hogar de la patriarcal morada de Gémina.

Pitágoras, en su persecución del ideal de la vida íntegra, fue a Creta a estudiar las leyes de Minos y a Esparta a conocer las de Licurgo.

Por ello dio tanta importancia al desenvolvimiento físico regulado y suavizado por la armonía y el número que rigen por igual el

movimiento de los astros y los órganos del cuerpo humano.

Plotino resurgió el cultivo ático del cuerpo, casi olvidado por la muelle laxitud del vicio que se enseñoreaba de Roma. Enseñaba a sus pupilos las ciencias y las artes. Renació, como Numa, las danzas iniciáticas, y como Pitágoras, la primitiva rítmica doria. Simplificó el vestuario dándole la sencilla elegancia helena. No permitía el prolongado estudio de los temas metafísicos y cuidó especialmente del recreo constructivo y del explaye amistoso. Obligó como un requisito indispensable a la introspección al finalizar el día en la que el discípulo se postraba, cerrado en el santuario de su conciencia, ante su dios mentor [30].

Hemos dicho cómo desde sus comienzos instituyó los silencios. Bajo la columnata del peristilo observábase a todas horas el rítmico paso de los silenciosos, algunos muy jóvenes, cuyos rostros ostentaban en aquellos momentos un encanto y una dignidad indefinibles.

Seguíase en el Instituto rigurosamente el régimen vegetariano aunque completo en propiedades nutritivas. Extrañaba mucho en Roma, en aquella época de excesos gastronómicos, la frugalidad de los neoplatónicos.

---

(30) "Consagra a tus pensamientos las horas de la noche y a tus acciones las del día". Pitágoras.

Plotino prohibía por razones fundamentales el alimento cárneo. Aparte su aspecto sentimental y ético, opinaba que la carne ingerida bestializaba la materia humana. "Un cuerpo comunica sus propiedades a otro cuerpo" (31).

"El verdadero filósofo, el que trabaja para desprender su alma de los lazos de la materia, debe imponerse la abstención de la carne. Si no, embruteciendo su cuerpo, estimulando sus apetitos, perjudicará a la emancipación de su alma y a su salvación" (32).

Las comidas eran sanas y de fácil condimentación obedeciendo el sabio precepto pitagórico: "No gastes más tiempo en preparar tus alimentos que en consumirlos".

Imperceptiblemente, en medio de los silencios, del estudio, de la juvenil algazara y del amable reposo de los de edad madura, se moldeaban los cuerpos y las almas que respondían mágicamente, por virtud de una ley sapientísima, a un módulo de perfeccionamiento integral que elevaba la dignidad humana a su más alta cumbre.

---

(31) *¿Qué es el animal?* Encada 1, pág. 41, tomo 1. Plotino-Brehier.

(32) *De abstinentia.* Porfirio.

Roma adormecida se dio cuenta de este despertar que era como una invitación a su resurgimiento, a una gloria que, ultra la lograda por la pasajera y cansada institución de las armas, evocaba en la realidad aquella era feliz, aquella entrevista Edad de Oro relegada a la leyenda.

XIII

EL CONVENTÍCULO

PERO donde culminaba la labor ejemplar e irradiativa de los neoplatónicos, era en las pláticas públicas de su conventículo celebradas diariamente, al finalizar el día.

Después de los trabajos diurnos, los anhelosos de verdad corrían en busca del refrigerante alimento del espíritu.

Una curiosa selección autoelectiva de ciudadanos y ciudadanas procedentes de los más opuestos confines de Roma, convergían en las amplias alas del atrio de la antigua casa de Gémina, que abría sus puertas al atardecer.

Durante buen número de años, los audientes eran numerosísimos.

Esta selecta multitud llamaba poderosamente la atención al psicólogo y a la masa por dos miras opuestas. Al primero porque, a través de la diferencia de vestuario, condición,

sexo, edad y aspecto, adivinábase una misma e igualitaria llama de inteligencia y de amor en las miradas. A la segunda porque, a diferencia de todos los espectáculos públicos y reuniones privadas, concurría a las pláticas de Plotino con igual derecho y dignidad, la aristocracia y la plebe.

Sentados entre la gran masa de patricios y de libertos, observábase indistintamente, entre los oyentes, el manto escarlata de los senadores y el anillo de hierro de los esclavos.

A una mira única invitaba el abierto portal del Instituto: el reconocimiento del dios interno. Ante esta visión exaltada y vitalizada perpetuamente durante las públicas sesiones, la condición pasajera y arbitraria de las clases desaparecía para dejar paso únicamente a la noble dignidad del hermano.

Porfirio, en sus notas biográficas del maestro, primitivistas e ingenuas como consejas de niño y que tan bien traslucen, sin descripciones ni ambiente, toda su vívida realidad, nos da de las pláticas del conventículo prolijas descripciones.

Llegada la hora vesperal dejaba Plotino sus tareas y hacía su aparición en la sala repleta, acompañado de sus discípulos. Los orientales ocupaban, generalmente, los puestos inmediatos al maestro.

Plotino era profundamente intuitivo. No seguía un previo plan mental en sus conversaciones, sino que se atenía más bien a las necesidades y ambiente del auditorio.

Aborrecía la tribuna que distanciaba el orador del público, que ponía la valla de la superioridad entre el auditorio mudo y el orador que no podía vitalizar su mente con la pausa meditativa que significa para las ideas lo que la aspiración al aliento.

Siguiendo el sistema de Platón, daba Plotino la doctrina en la democrática forma de diálogos. La lectura o las preguntas directas o derivadas daban el tema vital que se prolongaba a menudo, según su interés, durante varias sesiones.

Generalmente principiaban éstas por lecturas de los poemas maestros o de las obras de Platón y de sus comentaristas Severo, Cronio, Numenio, Gayo, Atio o de los peripatéticos Aspasio, Alejandro, Adrasto.

Súbitamente, Plotino se levantaba, la mirada vaga y profunda, llena de la visión interior. El rayo fúlgido de la lectura había prendido lumbre en su mente.

Y hablaba...

Su verbo cálido, ferviente, exaltado por la inspiración, tenía entonces modulaciones mu-

sicales. La frase eufónica, regida por las reglas de un ritmo supremo, tenía las puras cadencias de la flauta eglógica y el alud sonoro del tambor y del címbalo.

No era a menudo perfecta su dicción verbal [33]. Pero entonces, por lo general, planeaba más alta el ave regia de su pensamiento. Tenía tal facilidad de expresión que hablaba como si leyera [34].

"Cuando hablaba, su espíritu se reflejaba al exterior iluminando su faz con las luces internas. Entonces estaba verdaderamente hermoso. Un sudor ligero brotaba de su semblante como un rocío. Tan pronto una dulce simpatía reverberaba en sus rasgos, tan pronto demostraba una atención benévola para las preguntas que se le exponían y demostraba su poder maravilloso para resolverlas" [35].

Se expresaba, a veces, por medio de parábolas [36].

---

(33) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, pág. 32.
(34) *Vie de Plotin. L'infinité Divine.* Guyot, pág. 157.
(35) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, 22.
(36) He aquí una muestra que trata de simbolizar el alma y sus medios de externa manifestación: "Un hombre penetra en una casa ricamente ornada y mira y admira todas sus riquezas antes de advertir al dueño que la habita. Pero tan pronto divisa y ama este dueño, que no es jamás una estatua fría, abandona el resto para contemplarle únicamente". Enead VI. 9.

Conocedor de toda la filosofía clásica, desde Tales a Numenio, eran atraídas a las pláticas del conventículo las principales autoridades intelectuales de Roma y alcanzaban entonces altos vuelos filosóficos y metafísicos. Porfirio y Amelio tomaban principal parte en estas pláticas.

"Por su amor por la conversación filosófica, por la interrogación franca y confiada, por la búsqueda de la inspiración, persiguiendo un medio de prolongados y profundos pasatiempos, este pensador supeditaba el libre examen al servicio del misticismo y fue el último de los grandes dialécticos" (37).

"Ocurría a veces que, siguiendo el curso de su elevada inspiración, sus ideas no eran asequibles a la mentalidad del auditorio y divergían del tema inicial. Entonces los oyentes cuidaban de encauzar, benévolamente, al maestro por el curso de las ideas tratadas" (38).

En el largo decurso de estas pláticas públicas hubo, como es natural, encarnizadas polémicas promovidas principalmente por la hostil intervención de los filósofos sistematizantes que se escandalizaban de su sistema y de los gnósticos principalmente que adquirieron inusitado auge en la Roma de mediados del siglo III.

---

(37) *Vie de Porphire*. Bidez, pág. 43.
(38) *La Philosophie de Plotin*. Brehier, pág. 16.

"El enemigo penetraba hasta entre sus audientes y se sentaba en los bancos para combatir a Plotino" (39).

"Al reino de las puras ideas de Platón, ellos, (los gnósticos) oponían un panteón resplandeciente de emanaciones luminosas y ante la prodigiosa antigüedad de sus tradiciones los siete siglos del pensamiento griego parecía no contar más que el primer año de una filosofía todavía incipiente. Lo poseían todo, según ellos. Hablaban del alma con todas las voces. Desplegaban ante ella una fastuosa ostentación de teología y de imaginaciones".

"Aprovechándose de la publicidad de los cursos, irrumpieron en la morada de Plotino. Argumentaron contra él. Por su acento persuasivo, conmovían el convencimiento de los asistentes. Plotino sintió la necesidad de romper el cerco con que le oprimían" (40).

"Había en esta época muchos cristianos, algunos heréticos, salidos de la antigua filosofía y también de otras. Los heréticos sectarios de Adelfino y de Acylino propagaban muchos libros de Alejandro el libio, de Filocome, de Demóstrates el libio. Mostraban en público

---

(39) *Vie de Porphire.* Bidez, pág. 44.
(40) *Vie de Porphire.* Bidez, pág. 45.

ciertas revelaciones de Zoroastro, de Zostro, de Nicoteo, de Alógenes, de Meso y otros parecidos con los cuales desorientaban a muchos de sus audientes (de Plotino) como se engañaban ellos mismos afirmando que Platón no había jamás penetrado las profundidades de la esencia inteligible. Por lo cual muchas veces Plotino en sus lecciones les dirigió numerosas refutaciones y escribió contra ellos un libro que nosotros hemos intitulado: "Contra los Gnósticos". Amelio escribió cuarenta libros contra el de Zostrio y yo, Porfirio, he demostrado con multitud de argumentos que el libro que atribuían a Zoroastro era apócrifo y recientemente compuesto por ellos para apoyo de su herejía haciendo creer que sus invenciones eran del antiguo Zoroastro" [41].

Sin embargo Plotino, respetuoso con las ideas ajenas como todo ecléctico, tenía amistad y rendía admiración a los cristianos de amplio espíritu que profesaban la naciente fe.

Porfirio nos cuenta la siguiente anécdota de su maestro con Orígenes [42] que patenti-

(41) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 26.

(42) Hubo dos Orígenes contemporáneos: uno, el más conocido, cristiano-neoplatonizante, y otro, neoplatónico-pagano, ambos discípulos de Amonio. A pesar de la carencia de datos, parece ser se refiere aquí al cristiano y nos sugiere esta creencia el mismo Porfirio, indirectamente, y lo confirma Corlander en su *Historia de la Filosofía*, pág. 217, t. I.

za su humildad y reconocimiento de la grandeza en quienquiera se manifestara:

"Llegado Orígenes un día durante la lección, enrojeció súbitamente Plotino e interrumpió la plática. Como Orígenes le rogara continuar su discurso, dijo: "No ha lugar a continuar cuando el que habla se percata de que lo hace ante quien sabe cuanto va a decir" (43).

Por medio de su libre cátedra, Plotino dio por vez primera públicamente durante varios siglos, velada sólo por su ley esotérica, la verdad que antes fuera sólo confiada a los filósofos esotéricos.

"Los griegos ignoraron las ciencias herméticas hasta la época de los neoplatónicos con la sola y natural excepción de los iniciados" (44).

"Plotino puso a contribución de sus delanteros y contemporáneos todas las filosofías y todas las religiones" (45).

---

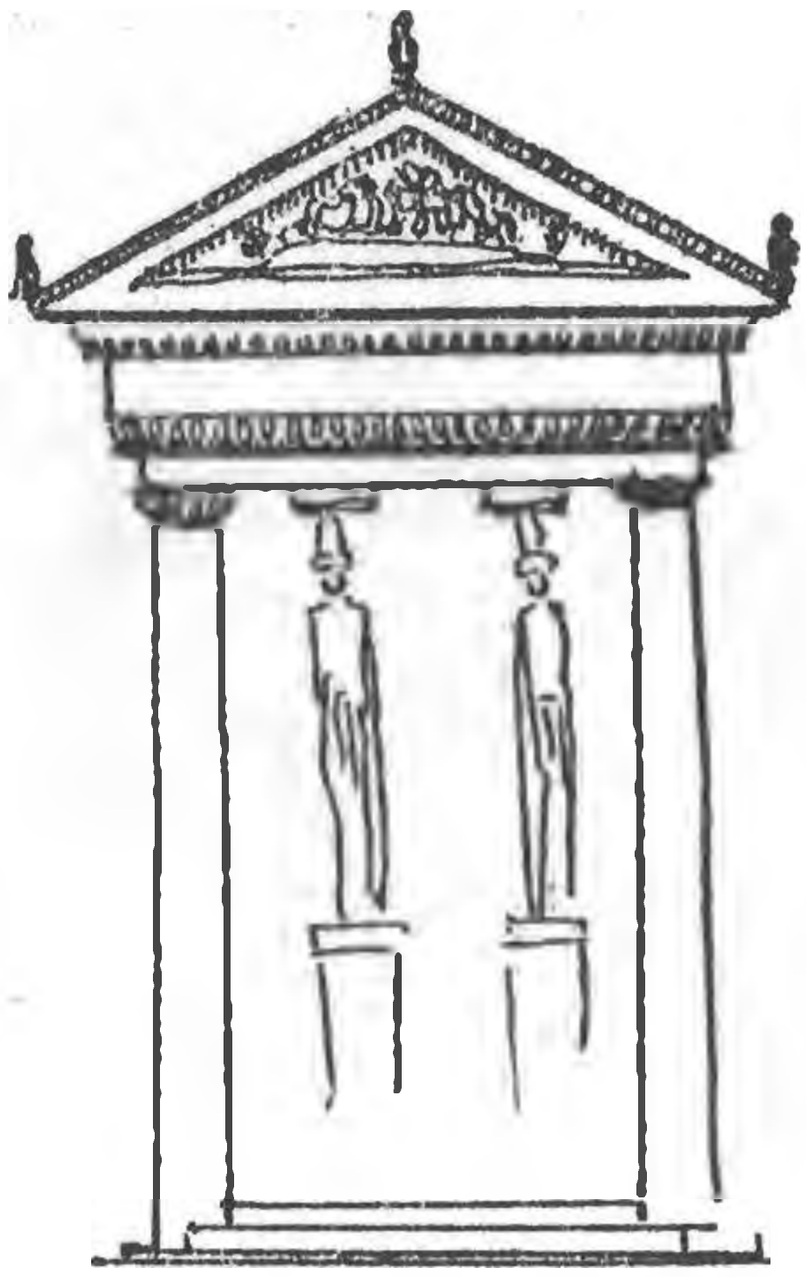
(43) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, pág. 23.

(44) H. P. Blavatsky. Revista *Sophia*, de septiembre de 1912.

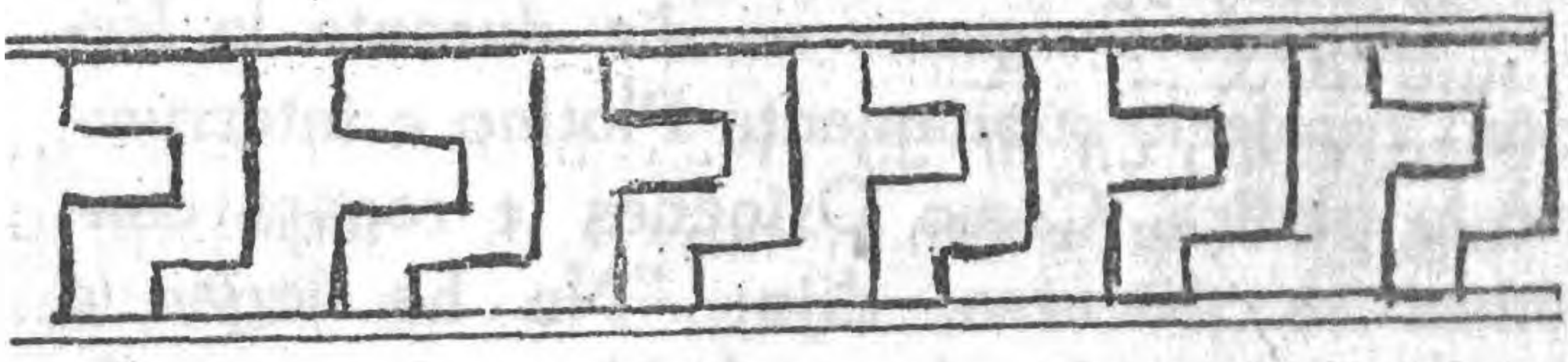
(45) H. Guyot. *L'Infinité Divine*, pág. 199.

El confesaba desde su sapiente cátedra, la antigüedad de las verdades enunciadas:

"Nuestras teorías no son nuevas. Han sido proclamadas hace mucho tiempo, mas sin estar desenvueltas, y nosotros no somos más que los exégetas de estas viejas doctrinas" [46].



(46) Encada V. 1. 9.



XIV

PLOTINO, JEFE DE ESCUELA

La derivada popularidad del Conventículo de los neoplatónicos y la expansión de sus ideas, convirtieron paulatinamente la persona de Plotino en centro inevitable de la pública idolatría.

Con la reposada sazón de los años, que llenaron de color y de mieles el fruto beneficioso de aquel carácter selecto, sus facultades todas se ampliaron, sus conocimientos se afirmaron por el don sabio que sólo puede dar la vida y que consiste en la facultad de leer en ella el más sublime y silencioso código de moral, abierto sólo a los videntes. Dentro de la Escuela y fuera de ella, rodearon de un halo simbólico la noble figura.

La presencia majestuosa de Plotino, la expresión de su rostro que revelaba en todo momento el misterio inefable de la grandeza, su palabra vibrante y sugestiva, llena de dulce

autoridad, su mirada cándida y sagaz que llegaba como un dardo divino al fondo recóndito de las almas, su sabiduría, la ejemplaridad de su conducta, su significación en el Instituto, su creciente autoridad cerca de los primeros personajes del Imperio, atrajeron sobre él el culto vehemente de la multitud.

La masa necesita ídolos. Su astral gusta del alimento de la adoración en una forma visible más que en una idea abstracta. Comprende más el fondo de las verdades cuando las palpa y mira y oye y encarna, en fin, en la concreción de un ídolo humano.

La gente devota de su persona necesitaba conocer los pormenores de su procedencia, de su vida pasada, de sus condiciones presentes. Querían la pauta escueta de la realidad para vestirla luego con la pompa de su fantasía.

Plotino, superior en todo momento al proceso de las masas y de los individuos, a prueba de halagos y vanidades aun de los engañadores y sutiles de orden espiritual que tantas veces ciegan o desorientan a las almas selectas, supo siempre ladear su personalidad del éxito de su idea y rendir los triunfos conseguidos a la fuente impersonal do bebiera la linfa transparente de la verdad.

Y selló el pabulo idolátrico de su persona y de su historia con el más impenetrable silencio.

"No contaba su origen ni cuáles eran su país ni sus padres" (47).

"Jamás dijo a persona alguna el día ni el mes de su nacimiento porque no juzgó conveniente que se celebrara su aniversario con sacrificios y banquetes" (48).

"Era enemigo del fausto y del orgullo sofístico. Era absolutamente el mismo en las conferencias públicas que en los pasatiempos familiares" (49).

En extremo amable y complaciente, le caracterizaba una paciencia y un espíritu de sacrificio inagotables:

"Cuando yo, Porfirio, le interrogué durante tres días consecutivos sobre las mejores condiciones favorables a la unión del alma con el cuerpo, continuó durante todo este tiempo su demostración" (50).

"No interrumpía jamás su tensión de espíritu sino cuando dormía a pesar de que muchas veces resistía al sueño. Y se privaba del

---

(47) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta. pág. 5.
(48) Id., Id., pág. 7.
(49) Id., id., pág. 28.
(50) Id., id., pág. 22.

alimento material, incluso del pan cuando se entregaba al pensamiento asiduo" [51].

"Su aire dulce y acogedor, su bondad grave y austera, su desdén de la retórica a la moda y de los acontecimientos vulgares, la elevación de sus ideas y el rigor con que practicaba sus principios filosóficos, su conocimiento de los hombres y una penetración de espíritu que le hacía tomar alguna vez la actitud de "lector de los pensamientos", el poderío y el fuego de su palabra, su sincero entusiasmo y su desinterés, le prestaron un carácter especial, muy distinto del de los filósofos vividores, especie de capellanes domésticos de quienes se vanagloriaban dueños y servidores en las grandes mansiones. Transformó y dignificó el papel del filósofo. Le rindió una aureola y se rodeó de prestigio a los ojos de los romanos. Fue uno de estos genios de voluntad fuerte que producen una suerte de fascinación que ejerce todavía ahora. A todos los que entran en contacto con él los subyuga" [52].

Poseía una mentalidad profunda al par que vasta. Concebía y concretaba con rapidez pasmosa el plan de sus estudios [53]. Seguía el hilo de varios pensamientos a la vez.

---

(51) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 16.
(52) *Vie de Porphire*. Bidez, pág. 39.
(53) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 16.

"A menudo, conversando con alguno de sus amigos o bien ordenando las cosas de la vida cotidiana, no interrumpía a pesar de ello sus tareas intelectuales. Prestaba la conveniente atención a su interlocutor sin abandonar las ideas que desenvolvía en sus escritos. Y cuando se iba aquél, jamás necesitaba releer lo escrito para proseguir" (54).

Poseía, sobre todas sus cualidades, una intuición diáfana que fue tanto en su actuación como filósofo y como hombre la pupila de su inteligencia. Preveía por el don de esta facultad iniciática el justo papel que debía desempeñar en todo lugar y tiempo. Por ella sabía, porque veía. Las cosas, los acontecimientos y las almas le mostraban su interior como si sus aspectos y pensamientos fueran de cristal.

Así anduvo sobre la vida no por la tortuosa y corriente ruta del ensayo, sino por la vía recta y segura del acierto.

He aquí una anécdota de sugestivo ambiente doméstico que nos pone de manifiesto el ejercicio de esta facultad, que nos legó su biógrafo:

"Era muy sagaz para adivinar la conducta de las gentes. Así a una mujer viuda llamada

---

(54) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 26.

Chion que vivía castamente con sus hijos junto a Plotino, le habían substraído un collar. Llamó Plotino a su presencia a todos los esclavos y domésticos. Les miró atentamente unos después de otros. Luego, atrayendo aparte a uno de ellos: "Es éste —dijo— el que ha robado el collar" (55).

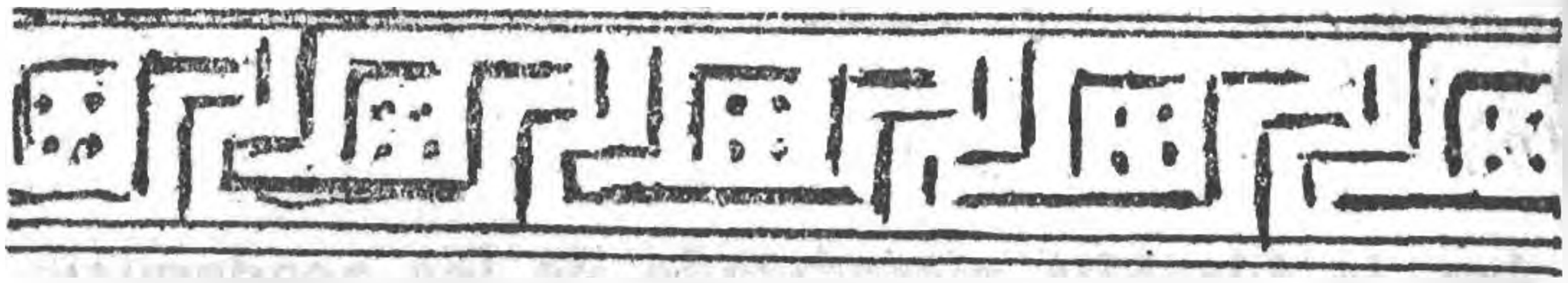
A cada momento le consultaban para resolver asuntos difíciles y encauzar la conducta de los que reservadamente se le confiaban. Era un incansable confesor laico que erigió en el más elevado lugar el confesonario racional de la autoridad conquistada, libre de prescripciones y de formularios. La felicidad de muchas familias, el enderezo de muchas almas, se debía, conocido o ignoto, al consejo, siempre oportuno y benévolo, de nuestro filósofo.

A pesar de su delicada misión, su tacto no le granjeó en toda la sociedad romana más que amigos.

"Era en extremo afable y acogía a todos los que iban a él con un motivo cualquiera. Aunque durante los veintiséis años que permaneció en Roma intervino como árbitro en asuntos diferentes, no se concitó un solo enemigo" (56).

---

(55) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 20.
(56) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta. pág. 18.



XV

LAS PLATÓNIDAS

DESDE inmemoriales tiempos, los fastos populares y familiares se han solemnizado por medio de banquetes que en las decadencias han tomado los más absurdos y pomposos aspectos de libertinaje y sensualidad.

Las más costosas galas y bellezas eran incitantes del vicio en sus dos aspectos de gula y de lujuria. En ellos, la dignidad y el entendimiento humanos desaparecían en la ola de creciente y continua intemperancia.

Platón, que en su vida mundana había conocido los refinamientos y los excesos más inconcebibles de los banquetes orientales al par que la apariencia ritualística y tétrica de los egipcios frente a la imagen de una momia, no desdeñó este medio eficaz y tradicional y le prestó un nuevo aspecto. La ciencia hierática de los magos, la virtud de los gimnóso-

fos, la filosofía metodizada de los academicistas de Atenas, renacía en un aspecto más jovial y sugestivo, más luminoso, espontáneo y amable a través de su célebre *symposium* y de la nueva forma dialogada. La autoridad, en su dialéctica, la confiere la excelencia del razonamiento. El *symposiarca* no representaba más que una dignidad simbólica, formal y representativa.

Los banquetes de Platón y sus amigos filósofos no se celebraban a base de excesos y comilonas. Las bebidas colectivas tomaban más bien un símbolo sacro y puro, trasunto de otras más trascendentales ceremonias iniciáticas.

Poco amigo de leyes represivas, como las instituídas por los lacedemonios que prohibieron los banquetes en bien de la pureza de las costumbres, Platón los dignificó y popularizó su aspecto espiritual y positivo, rico en multitud de alicientes. La libación conjunta en lugar y momento apropiados estimulaban, al par que el esteticismo ático, de innato gusto a la belleza de la forma, la virtud y el comedimiento puestos a prueba, la jovialidad y el humanismo, el conocimiento e ingenio de los comensales y sobre todo, la hermandad que de tales sencillas y familiares reuniones derivaba.

Ejemplo de ello nos ha legado Platón su diálogo *El Banquete*. Rodeados de un ambiente do lucía la más pura belleza plástica, la poesía, la música, el canto, las representaciones dramáticas, la simbología coreográfica, la inspiración brotaba en los asistentes por el mutuo estímulo. La apología del amor visto según el criterio de los distintos comensales, es un regalo sabrosísimo del intelecto ofrecido a las generaciones en exceso emuladoras de las disipaciones lujuriosas al final de los convites. En él, Alcibíades representa el instinto vulgar y sensual y a través de las tónicas poética, científica, juvenil y razonable, representadas por los distintos personajes que intervienen en el diálogo, hasta la sublime de Sócrates aleccionado por Diotima, la sacerdotisa de Mantinea, *El Banquete* condensa el más elevado ideal amoroso de la filosofía platónica.

Pronto el ejemplo cundió. El humanismo socrático, enlazado con el idealismo platónico, trascendía a la sociedad saneando la pervertida libación conjunta tan en boga. Cundió sobre todo en los círculos intelectuales. A tales reuniones se llamó "el banquete de los sabios" y pronto fue el medio más común de relación entre los filósofos, instituyendo la amable cátedra de la vida.

Fueron célebres también en la misma época, los banquetes de Jenofonte, condiscípulo de Platón. Los íntimos de la Academia, aparte de sus libaciones frecuentes al estilo del divino dialecta, organizaron, muerto Platón, los célebres *symposium* de aniversario que revestían especial solemnidad y en los que se componían valiosos discursos a su memoria y comentarios a su doctrina. Ateneo y Plutarco en el siglo II de nuestra era, escribieron sobre estos solemnes *symposium* renovando la verdad fundamental del padre de los filósofos.

Sin embargo, al deslizar de los años y al natural decaer de las instituciones, el espíritu platónico se ahogaba en el pomposo didactismo de sus comentaristas. La escuela platónica devenía una árida reunión de intelectualistas, y el verbo espontáneo y vibrante de los viejos filósofos, anemiábase por el análisis excesivo de la letra que lo revestía. Cuando en Atenas se comentaban "Los Symposíacos" de Plutarco, la primitiva escuela platónica era una institución fenecida.

Paralelamente a las áridas dialécticas de los *symposium* conmemorativos que tomaron, desde la muerte de Platón, el nombre de "Platónidas" y cuyo origen conmovió en tiempos del maestro la raíz de la sociedad y del orbe. la decadencia romana adoptaba todos los re-

finamientos de las perversiones orientales. Las orgías de los siglos I y II de C. se llegaron a parear con las fabulosas de la antigua Asiria. Petronio nos da una idea de lo que fueran estos dorados antros de disipación. Trimalción dio uno de los que han pasado a la Historia como un alarde de excesos inconcebibles. Todos los elementarios brotados de una mente enloquecida y enferma por el alcohol, tenían realidad en torno de las mesas de los cortesanos.

Todas las artes de divino origen, la danza sacra, la lira órfica, la flauta bucólica, el perfume de las ceremonias, las galas simbólicas, las ricas vestiduras que fueran dignidad de los grandes, los dones todos de los dioses para grandeza del hombre, se relegaban, prostituídos, al servicio exclusivo de la más grosera y sensual perversidad.

Y después de estos banquetes interminables, el alba santa no se cansaba de renovar su bendición sobre los hombres sumidos en la hastiante modorra de los brutos...

En medio de aquella misma Roma pervertida, Plotino trató de injertar, en las libaciones de aniversario que celebraban los que se atribuían el directo discipulado platónico, el primitivo y olvidado espíritu de su fundador. Nuestro filósofo, secundado por sus discípu-

los, asistía anualmente a las *Platónidas* de los filósofos de oficio y trataba en ellas de renacer el perdido ambiente que irradiaran en sus orígenes. Los academicistas habían creado un ceremonial en torno de la simple idea conmemorativa del maestro, y su común vibración fraternal decaía ante la emuladora exaltación de una filosofía relegada al intelecto y divorciada de la vida superior.

Cuenta Porfirio, que en una de tales reuniones, un comensal, Diófanes, leyó un discurso conmemorativo haciendo la apo'logía de las teorías de Alcibíades que en "El Banquete" de Platón representa el amor en sus más bajos aspectos. Porfirio le refutó con razones aladas resaltando la teoría sublime del amor platónico. Cuenta que, cuando hubo terminado, Plotino gritó ante toda la asamblea: "Continúa así. Tú serás una lumbrera entre los hombres" (57).

Compuso también Porfirio para tal aniversario, un discurso sobre el "Matrimonio Sacro" que le mereció el epíteto de loco entre algún sectario de Platón "porque expliqué multitud de pasajes en sentido místico lleno de inspiración divina. Plotino, entonces ante todo el auditorio me dijo: Tú has representado con-

---

(57) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 25.

venientemente al poeta, al filósofo y al sacerdote" (58).

En el Instituto plotiniano, las *Platónidas* revestían extraordinaria solemnidad. El maestro era evocado en espíritu y su presencia llenaba el ambiente con su excelsitud y unificaba búdicamente a los circunstantes.

"En las fiestas de Platón el fervor se manifestaba en alto grado. Como Longino, Plotino se sujetaba a la antigua costumbre. Conmemoraba el nacimiento del fundador de la escuela y por su misticismo, supo renovar y reanimar la más noble de las supervivencias del culto heroico. En su mansión, en aquellos días especialmente, Platón se hallaba presente velando sobre los que se reunían en su nombre. La piedad desbordaba. Eros embriagaba los espíritus" (59).

Plotino hablaba en tales solemnidades, todo lleno de espíritu profético. "Con sus ojos veía cosas más bellas que un profesor de filosofía difícilmente percibiría. Ya que una contemplación humana puede, evidentemente, ser superior a otra contemplación humana. Pero comparado al divino conocimiento, ella no puede, a pesar de su excelencia, alcanzar las profundidades que penetran los dioses".(60).

---

(58) *Vie de Plotin.* Porphire Alta, pág. 21.
(59) *Vie de Porphire.* Bidez, pág. 17.
(60) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, pág. 10.

XVI

PLATONÓPOLIS
O
EL ESTADO IDEAL

La popularidad del Instituto que fundara Plotino aumentó con los años y afianzó el papel representativo de éste como consejero cerca de los primeros personajes de Roma. Galieno, el emperador, aunque de temperamento falaz e indefinido, no desdeñó, a estilo de sus regios antecesores, el consejo y las lecciones del filósofo. Salonina, la emperatriz, conocedora de sus doctrinas por algunos virtuosos senadores y principales patricias, tomólo también por áulico consejero.

Sin embargo, en aquel caótico conmover de principios en la política desprestigiada del Imperio que bordeaba el abismo de la definitiva decadencia, no quiso Plotino, vidente de los patrios destinos, tomar parte activa en la política del Estado. No se inmiscuyó jamás

ni hizo prevalecer su autoridad en asuntos de índole gubernamental y concreta. Su influencia se limitaba a los fundamentos morales y al oportuno e intuitivo encauzamiento de los problemas del carácter de los hombres representativos, por la sugestión eductiva de su espiritual influencia.

Cuanto más crecía su autoridad moral, más difícil le era substraerse a los problemas políticos durante los conatos de invasiones bárbaras. Por ello, consciente de su misión, fue siempre un consejero de paz. Frente a las polémicas ambiciosas y exaltadas de los cortesanos, se alzaba, templada por inatacable y altísima modulación, su palabra diáfana como lumbre de aurora. Aun en lo concreto, la firme visión arquetípica de sus principios filosóficos lo lanzaba por la segura ruta de la utopía.

Fundamentado en las leyes iniciáticas que inspiraron a Numa, a Licurgo, a Solón, a Pitágoras y a su maestro Platón a dictar leyes comunales orgánicas, puras, basadas en el bienestar campestre de los hombres y que lanzaron a poetas y soñadores a las glosas doradas de las visiones arcádicas que rimaron Bion y Mosco, Longo y Teócrito, concretábase cada vez más, delineado por un anhelo secreto, su Estado Ideal, su comunidad perfec-

ta, su política de paz basada en la equidad y el amor.

La porción más selecta de los ciudadanos romanos le alentaron. La concreción exaltada de su verbo sublime, se les aparecía como una realización apetecible y cercana iluminando las negruras de la roída organización presente con sus claridades apoteósicas, con sus fulgores de gloriosa epifanía.

El mutuo amor entre los condiscípulos, el éxito creciente de su Instituto, su fama y predicamento junto a la persona del emperador, el creciente malestar social, moviéronle por fin a concretar, impulsado por sus numerosos secuaces, su petición al emperador Galieno y a su esposa Salonina de un pedazo de tierra y la necesaria protección para realizar su ensayo de comunidad.

En Campania, provincia que se extendía al sur de Roma orillando el litoral tirreno a la que conducían, desde la Ciudad Eterna, las amplias vías Apia y Latina y en cuyas arideces volcánicas florecía el caudal del Lirio, se asentaba una de las pequeñas ciudades arruinadas años ha por las erupciones del Vesubio y la que intuyó Plotino dévicamente protegida y favorablemente dispuesta a las más elevadas realizaciones. En aquel inhabitado lugar de quietud, soñó Plotino levantar su libre Es-

tado constituido bajo las reglas morales de los antiguos sabios. Aleccionado profusamente por "La República" de Platón, evocó Plotino durante largas temporadas en las pláticas de su Conventículo, en los diálogos familiares con sus discípulos, en su relación con senadores e influyentes, perfeccionándolo y dándole forma cada vez más definida y concreta, el esquema del Estado platónico al que darían el nombre de su inspirador, *Platonópolis*".

Sobre la aridez ruinosa del suelo campánico, veía Plotino verdecer las cosechas abundosas del trabajo común y gozoso entre cuyos campos se alzarían, diseminadas como blancas palomas posadas, las moradas sencillas llenas de lumbre externa e interna de los colaboradores. En esta vasta labor de construcción y embellecimiento, sin apartarse jamás de la estricta sobriedad filosófica, se definiría, en las diversas necesidades, la organización general por la aptitud y el desenvolvimiento material y espiritual de sus voluntarios contribuyentes, ya que el ideal de Platón era que la política estuviera siempre supeditada a la moral. "El atributo propio de la justicia es dar a cada uno lo que se le debe" (61).

(61) Simónides, citado por Platón. *La República*. Lib. I.

Basábase la esquematización primera del Estado platónico en las mutuas necesidades materiales que desde los principios del mundo han obligado a los hombres a colaborar entre sí constituyendo el principio de la sociedad. Las sanas leyes equitativas, la ordenada distribución del trabajo, del estudio y del recreo, la igualdad de derechos, el general respeto y sobre todo, el fundamento de la educación platónica. la vida al aire libre, la práctica de la gimnasia y de la música, conducirían al mejoramiento paulatino del individuo, a la consecución de una humanidad nueva, radiante de felicidad, que haría a los hombres semejantes a los dioses.

Para formar a los jóvenes educandos independientes y valerosos, confiados en sí mismos, los principios religiosos sustentados en la mitología griega deberían darse, despojando las historias de los dioses del cúmulo de defectos humanos que los poetas acumularon, entre rimas de oro, en sus poemas inmortales [62].

---

(62) Platón basaba este ascrto en Pitágoras cuando relataba éste que bajó a los infiernos y vio el alma de Hesiodo quc rechinaba atada a una columna de bronce y a Homero colgado de un árbol y cercado de culebras por lo que dijeran de los dioses. Consúltese *Vidas de Filósofos* ilustres. PITÁGORAS. Diógenes Laercio.

"Es preciso que los poetas nos representen por todas partes a Dios tal cual es, sea en la epopeya, sea en la oda, sea en la tragedia" (63).

"No consentiremos tampoco tales discursos en boca de los maestros encargados de la educación de los jóvenes a quienes queremos inspirar el respeto a los dioses hasta hacerlos semejantes a ellos en cuanto lo consiente la debilidad humana" (64).

Sin embargo quería Platón a su humanidad creyente en que los dioses y ángeles mediadores intervienen en los nobles trabajos de los hombres (65).

La templanza y el propio dominio, la represión del instinto y su transmutación para encauzarlo en toda su divina fortaleza en bien de la raza, los discursos edificantes, la institución de las pruebas a semejanza de los pitagóricos, el descentramiento del interés personal en el colectivo como principio de toda posible comunidad ideal, constituían las bases para la formación del carácter de los ciudadanos de *Platonópolis*.

El esteticismo platónico legó en Plotino toda la trascendental importancia de la educa-

---

(63) *La República*. Platón, Libro II.
(64) Id., íd.
(65) *Vidas de Filósofos ilustres*. Diógenes Laercio, página 218.

ción artística benéfica para el cuerpo y para el alma.

"Nuestros jóvenes, educados en los principios de esta sencilla música que hace nacer en el alma la templanza, obrarán de manera que no tendrán necesidad de jueces" (66).

"En los ejercicios del cuerpo se propondrán sobre todo aumentar la fuerza moral más bien que aumentar el vigor físico" (67).

Para Platón, la gimnasia y la música tenían sobre todo una efectividad de índole búdica por la magia de las vibraciones rítmicas sobre los cuerpos del ego.

"El que ha llegado a encontrar el debido acuerdo entre estas dos artes (la gimnasia y la música) y las aplica como conviene a su alma, merece mucho más el nombre de músico y posee mejor la ciencia de las armonías que aquel que se limita a templar las cuerdas de un instrumento" (68).

La felicidad del Estado entero dependería de la formación armónica y equilibrada de sus individuos. Entonces, entre gobernantes y gobernados, se establecería la unidad perfecta del cuerpo colectivo que crecería en salud y en hermosura.

---

(66) *La República*. Platón, Libro III.
(67) Id., íd.
(68) *La República*. Platón. Libro III.

Plancóse, consciente y sabiamente, el esquema de Platonópolis en lo atañente a la organización externa e interna del nuevo Estado.

Pero el Hado había bajado su dedo de gracia y limitado, sobre la magna realización de su Instituto en Roma, la labor colectiva de Plotino, a las puertas mismas de su gloriosa senectud.

Porfirio nos cuenta de qué manera fracasó su realización. Sin embargo, las vigorosas formas mentales de él y sus discípulos permanecen en el plano de las concreciones arquetípicas, dispuestas a plasmarse en su vida eterna a través de los ensayos de los utopistas y soñadores de todos los siglos.

"El filósofo hubiera fácilmente obtenido lo que pedía si ciertos familiares del emperador no se hubieran opuesto encarnizadamente por celos, por despecho o por algún otro motivo también injusto" (69).

---

(69) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 21.

XVII

EL FILÓSOFO DEL ÉXTASIS

No puede pasar inadvertida al biógrafo o comentador de Plotino, por somero que se muestre adentrando en su vida y en su filosofía, la mención de sus éxtasis, porque ellos precisamente dan las cuatro divinas gotas, la tintura madre que colora el transparente y recio recipiente de su doctrina.

Nosotros, según esta nuestra tesis, le concedemos un capítulo. Aquí sin embargo, más que en parte alguna, lamentamos nuestra ceguera o nuestro pobre vislumbre de la visión infinita cuyo esplendor gozara aquí en la tierra durante la inmoble beatitud de sus cuatro éxtasis, el más alto representante del Neoplatonismo. Esos momentos santificaron la filosofía plotiniana con el bautismo místico. Perduró aquélla y permanece viva en los ocultos anales de la Historia, porque fue, más que un admirable dechado de teorías, una religión pa-

ra el espíritu. Religión sin ídolos, sin reglas dogmáticas. Religión fuente que en lugar de distintivos y de símbolos muestra, humana y consoladora, la encarnación perfectible de la humanidad en su gloriosa condición innata.

Algunos místicos verdaderos, sacerdotes, artistas o filósofos, han gozado en fugaces momentos inefables de la belleza de la visión infinita. Es la patente, fugaz en la medida del tiempo, indeleble para el alma en su realidad perpetua, de la dicha en que viven los dioses. Los que los han vivido, perciben directamente, sin textos ni intermediarios, la ciencia sintética, la sabiduría originaria, la "Doctrina del Corazón" ante la cual la "Doctrina del Ojo" es como el leve reflejo de las estrellas lejanas en la noche obscura frente a la plena luz del mediodía.

En toda escuela iniciática, en todo sistema trascendente, en la vida de todos los grandes iluminados, desde el primitivo Krishna hasta los místicos cristianos como Teresa de Avila y Juan de la Cruz, en cuyas santas beatitudes se levitaban sus cuerpos extáticos por la ley misteriosa de los supremos ritmos, se ha realizado el misterio inefable del estado divino.

En la visión de la belleza infinita se remonta el alma por la áurea escala de su propio Yo a la conciencia del alma universal. El

éxtasis determina la fusión con esta grande alma, la sumersión en su luz y señala la etapa final.

¿Por qué medio alcanzar esta pura belleza inaccesible para los profanos y que se yergue como una diosa en el santísimo refugio del templo interior?

Hay que aquietar toda la naturaleza visible y sensible, templar los cuerpos con la lejana modulación de la nota presentida y dejar que la divinidad maestra, con su batuta mágica, los haga vibrar en sonoras armonías. Entonces el alma "Canta sin ayuda de instrumento" (70).

"Dios se halla en el fondo de nuestro poder infinito. Entremos en nosotros y le alcanzaremos a El" (71).

Determina Plotino en tres fases los estados que conducen al éxtasis. El primero, que puede durar vidas de constante prueba, es el de *purificación*. Las sujeciones de Plotino al riguroso entrenamiento de las escuelas iniciáticas, sobre todo de los mentalistas terapeutas, sus ardorosas obediencias a los principios aprendidos, sus virtudes discipulares, su apostolado, lograron esta permanente realización en Plotino.

---

(70) Eneada I, Cap. IV, Est. 16. Plotino.

(71) *L'Extase. L'Infinité Divine.* Guyot, pág. 235.

Para entrar en la segunda fase o de *contemplación* hay que aislarse primero de todo lo exterior, olvidar, en un momento dado, merced al dominio adquirido, lo que hemos sido, lo que somos. Nuestros ojos deben cerrarse a los objetos que nos rodean y nuestros oídos a todo sonido. Hay que dejar por fin fuera del recinto solitario el cortejo de las humanas virtudes como se dejan, en busca del Dios único, las imágenes de todos los dioses.

El pensamiento se fija, raudo como un dardo poderoso, en el foco de la infinita luz. "Contemplad sin proyectar vuestro pensamiento fuera" (72).

"Durante la meditación, ha de contemplar el yogui que "Soy el universo entero" y de esta manera con los ojos de su conocimiento verá aquel Paramátmá, la morada de suprema Bienaventuranza" (73).

El logro de la contemplación señala el vestíbulo del *éxtasis*, la consecución definitiva. El alma humana, remontada por la contemplación, se funde en lo mismo que contempla. Contemplador y contemplado constituyen una unidad indisoluble. "Entonces el alma deja de obrar. No busca nada. Se siente colmada. Su

---

(72) Plotino, citado por Guyot. *L'Infinité Divine*, página 235.

(73) *Uttara Gitâ.*

contemplación permanece en sí misma y se halla segura de poseerla. Cuanto más clara es esta seguridad, más tranquila es la contemplación y más unidad introduce en el alma". (74).

El éxtasis es el goce de la definitiva posesión infinita, la sumersión amorosa del Yo en la Unidad. Es la gota de rocío que se funde en el océano liberador. El alma se identifica con su propio Principio. Es el desposorio místico, el símbolo de la unificación sublime que ha hecho vibrar, en arrobos de inspiración, toda lira bien templada. El alma logra entonces, en estado de *samádhi,* o beatitud suprema, sumirse en la conciencia divina. La manifestación aparece, contemplada desde su altitud, como un raudal del divino amor que todo lo alumbra y compenetra. El éxtasis es un estado de deificación en el que se vislumbra la inmortalidad en toda su gloria. La divinidad entrefunde al ser humano y lo envuelve en su magna vibración. Si abre la boca, habla en su nombre. Si mira, es el ojo de Dios que escruta y bendice. Todo acto, en aquellos momentos inefables, son un regalo de la Divinidad presente.

No es éste estado de aniquilamiento como han comprendido algunos, sino de omniabarcante plenitud.

---

(74) Encada III, Cap. VIII, Est. 6. Plotino.

Es el máximo goce del *ser*. Percibe el extático la vibración de todo lo creado. Es el deliquio supremo, el misterio de los misterios. Es el beso místico del universo que se rinde dulcemente como la prometida celeste, como la amada eterna.

"El alma vive entonces otra vida. Se adelanta hacia Dios, lo alcanza, lo posee y en tal estado, reconoce el principio de la verdadera vida". (75).

Plotino exclamaba, rememorando los instantes de plenitud vividos: "Todo es luminoso allá arriba". (76).

De este estado inefable que viene por su vía natural, como una coronación de los esfuerzos de la vida superior, como una centuplicada recompensa de los dolores del caminante, algunos vislumbres han descendido sobre los mortales por distintos medios.

"Chaitanya Deva poseía la demencia del éxtasis. No tenía hambre, ni sed, ni sueño, ni conciencia de su forma física". (77).

"Solía (Chaitanya Deva) tener tres estados de conciencia en el éxtasis. Primero, conciencia del cuerpo denso y sutil. Durante este

---

(75) Plotino, citado por Guyot. *L'Infinité Divine*, página 241.

(76) Eneada V, Cap. I. Plotino.

(77) *El Evangelio de Ramakrishna*, pág. 31.

estado, repetía el nombre del Señor y cantaba sus alabanzas en el Sankirtan. Segundo, conciencia del cuerpo causal tan sólo. En este estado, se ponía embriagado en un éxtasis de dicha y retenía una parcial conciencia de lo externo bailando en compañía de otros *bhaktas*. Tercero, conciencia del Absoluto. En este estado entraba en el más alto reino de *samádhi* y elevándose por cima de toda sensación consciente, su cuerpo quedaba aparentemente falto de vida". (78).

La pitonisa Teoclea, sacerdotisa en Delfos, entraba en estado de éxtasis cuando se exponía a los rayos del sol naciente y oía coros invisibles. (79).

"Jacobo Boehme tuvo por vez primera la visión clara de sus ideas fundamentales durante una situación psíquica anómala, en la que la contemplación de un plato de metal brillante le sumía en éxtasis". (80)

Porfirio mismo nos cuenta cómo gozó una vez no más de este excelso privilegio. Por eso, el apostolado intelectual de su doctrina de erudito, trocóse en el apostolado sublime de los que encienden la lámpara de su ideal frente

---

(78) *El Evangelio de Ramakrishna*, pág. 325.
(79) *Pitágoras*. Schuré.
(80) Edmundo González Blanco. Véase la revista *El Loto Blanco*, marzo de 1929, pág. 108.

a sí mismos y alumbran el sendero para todos quedando en la sombra.

"Yo, Porfirio, acerquéme una vez a este interno y radiante Dios y comulgué con él cuando finalizaba los sesenta y ocho años de mi edad". (81).

Y nos relata así los cuatro éxtasis de su maestro venerado:

"Cuatro veces, mientras estuve cerca de él, alcanzó el fin, no en poder solamente, sino por un acto inefable". (82).

"El vio brillar este Dios que ninguna forma ni ninguna idea contiene, pero que subsiste en sí mismo por cima de toda comprensión y de todo inteligible". (83).

(81) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, pág. 40.
(82) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, pág. 40.
(83) Id., íd., pág. 39.

XVIII

MUERTE DE PLOTINO

DURANTE la tregua que siguió a las grandes batallas que dieron los emperadores ilirios, de recio abolengo guerrero, de las que resultaron la expulsión de los bárbaros invasores de los dominios imperiales restableciendo el orden en el Estado romano, la peste, hórrido fantasma, tendió sobre él sus alas pútridas y en raudo vuelo contaminó, desde el monte al llano, dominios solitarios y populosas urbes.

En el año 70 del tercer siglo, el alud pestífero asoló implacable desde las mansiones señoriales a las humildes viviendas plebeyas, vidas caducas y vidas florecientes. En la misma persona del emperador Claudio zarpó la peste y el que fue terror de los godos fugitivos. rindióse a la presencia de la invisible traidora.

Cercano a los sesenta y cinco años declinó ostensiblemente la salud de Plotino. ya men-

guada por la edad y el excesivo esfuerzo. Sufría cólicos frecuentes. Enemigo de remedios y antídotos, rehusó la *triaca* [84] que le recomendaron.

No iba a los baños, pero se hacía friccionar diariamente en su propio domicilio. Cuando la peste le arrebató los hombres encargados de la fricción, "desdeñó en absoluto este tratamiento y, poco a poco, fue víctima de una angina" .[85].

Sin embargo, su ánimo optimista y ardoroso le permitía continuar sus tareas frente a su Instituto en Roma.

Pasó así un tiempo y de golpe, su salud declinó de manera alarmante. Entonces su voz tan clara, tan armoniosa, tan seductora, perdió toda su fuerza y no proferia más que un ronco sonido. Por fin sus ojos se inflamaron, se ulceraron sus manos y sus pies..." [86].

En este momento de su física decrepitud, impotente ya, abandonó la Ciudad Eterna y partió para Campania, haciéndose instalar, muy enfermo, en la propiedad de su antiguo amigo Zetos, ya fenecido. Los herederos de

---

(84) *Triaca*. Antigua confección farmacéutica compuesta principalmente de opio. (Encic. de Viada y Vilaseca).

(85) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 6.

(86) Id., íd., págs. 6 y 7.

éste, en gala a la antigua amistad que profesara al maestro su tutor, le proporcionaron gozosamente todo lo necesario. Desde su cercana propiedad, Castricio, su discípulo amado, le procuraba también los productos que le daban sus tierras.

Durante las melancólicas soledades de su campestre retiro, Plotino, inmovilizado por la enfermedad, paseaba la mirada cansina sobre la vasta llanura campánica en la que soñó alzar un día, como un conjuro de su idealismo frente a la materialidad reinante, su "Platonópolis" irrealizada. En sus delirios febriles, veía la eugenésica generación, fuerte y hermosa de cuerpo y de espíritu, levantar, como un monumento frente al futuro hasta el límite máximo que abarcaban sus pupilas trémulas, la ciudad nueva, engrandecida por el amor y la sabiduría y cuyas moradas rientes de luz, entre la verdura de los campos y vergeles cultivados, cobijaban hombres y mujeres e infantes felices por el don que él supo transmitir a las almas, suprema compensación y anhelo de su vida.

En aquellos sus últimos tiempos de enfermo, a declinar su poderosa mentalidad, sumíase a menudo en sueños venturosos en los que vertía toda la ternura de su corazón. Aislábase por su gran poder mental del yugo de

sus físicos dolores y en algunos momentos, exaltado por las visiones que evocaba, lloraba de felicidad. Sus lágrimas calladas, ardientes de piedad infinita, tenían sobre todas las almas, aun ignorándolas, el beneficio del rocío vespertino sobre las inconscientes briznas sedientas.

Cuando en aquellos largos crepúsculos de estío el sol muriente doraba las lomas leves de la campiña antes de ocultarse tras la lejana faja del tirreno mar, Plotino pronunciaba su despedida al fenecido curso del día y la naturaleza, en calma perfecta, se asociaba en silencio a su despedir solemne.

Aquellos días de lenta y solitaria agonía fueron una comunión perpetua del filósofo con el espíritu de la Madre Tierra. En quietud, lejos del bullicio, contemplaba los procesos mágicos de la noche y del día. Cada cambio, cada transformación, se le aparecía como un apoteósico regalo de los dioses, como un símbolo sublime que trascendía a su conciencia sutil y comprensiva.

Y en aquella paz beatífica se iba extinguiendo dulcemente la vida del que no sabía expresar ya el dolor más que por medio de sonrisas. En sus últimos días, no quedaba ya del hombre más que la contraparte angélica. Morían en postrero sacrificio todas las hojas

y el tallo de la vida heroica enviaba a lo alto su savia postrera para morir en una última sublime floración.

La agonía de Plotino tuvo todo el misterioso encanto de un renacimiento. Fue como el esclate de una flor. Flor humana, tan rara en el enjuto vergel del mundo...

Abrióse a la Vida por fin como una suprema ofrenda olorosa, como un consciente sacrificio a la Naturaleza al tiempo que se agotaba la vida de su cuerpo exhausto.

Fue tan leve, tan dulce su despedida, que pasó casi hasta el último momento, inadvertida para los que le rodeaban.

Plotino estaba solo. A su alrededor no había ninguno de los seres que tanto le debieran y amaran.

Avisados inmediatamente a última hora sus discípulos, no llegó a su vera más que Eustoquio, el médico, que se hallaba a la sazón en Puzoles, al tiempo que expiraba. En aquellos momentos, "yo, Porfirio, me hallaba en Lilybea, Amelio en Apamea de Siria, Castricio en Roma. Eustoquio solo estuvo presente" [87].

Las últimas palabras clarividentes del maestro pronunciadas en los umbrales del más allá, han permanecido indeleblemente grabadas

(87) *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, pág. 7.

en la Historia con la excelencia pétrea de las estelas gloriosas.

Al ver a Eustoquio aún llamearon de amor sus ojos en una postrera radiación de vida.

Balbuciente, dijo:

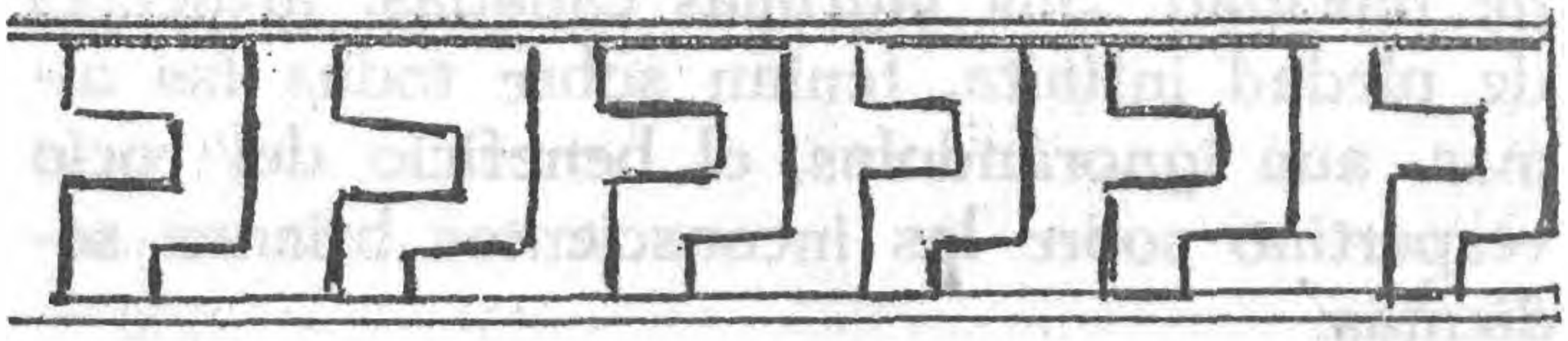
"Te esperaba. Y ahora voy a rendir la Divinidad que se halla en mí al viviente Dios del Universo" (88).

Y expiró plácidamente.

Sobre el mundo se extendió un cálido aliento de bendición...

---

(88) "Quien al desprenderse de su cuerpo piensa únicamente en Mí en la hora postrera, entra en Mi ser". *Bhagavad-Gîtâ*. Capítulo 8. Est. 5.



XIX

EL ORACULO O SU GLORIOSA RESURRECCION

CUANDO, desde la cubierta de la trirreme siríaca divisó Amelio a lo lejos los pétreos lomos de las Cíclades, suspiró profundamente y saludó en silencio, con toda la devoción de su alma dolorida, a Apolo hiperbóreo, velante sobre el ya cercano Santuario do la inspirada interpretaba su divina palabra.

Las islas diminutas, esparcidas como polvo de estrellas entre el azul profundísimo de las ondas egeas, le hablaban ya del suelo venerado y le prometían el sacro aroma conocido del laurel, del ciprés y del mirto.

Dos días después, Amelio, abandonadas sus galas por el duelo, ataviado de peregrino, pisaba el roqueño suelo de la Fócida.

Cercano a Delfos, rememoró la bienamada figura del maestro desaparecido mientras concretaba mentalmente su ruego al luminoso dios

de los inmortales. Quería que Apolo le dijera el destino de Plotino al penetrar en la ignota mansión del Hades.

En aquel momento, la forma familiar y querida de Plotino apareció en su mente, vívida y radiosa como una visión benévola. El alma del maestro le seguía y al pensarlo, le invadió una ternura casi infantil. Amelio, el discípulo bueno, fatigado por la marcha prolongada, caminaba y lloraba. . .

A lo lejos, erguido sobre el ondeo de cimas y valles profundos, se alzaba el Parnaso, padre secular de divinas leyendas. Replegado a su falda, sobre las montañas Fedríadas, divisábase, impoluto en su marmórea albura, el Santuario délfico, consagrado a Apolo, presidiendo la pequeña ciudad tendida a sus pies.

La visión venerada dio a Amelio renovados brios y recorriendo, pleno de fe, los senderos pedregosos que al Templo conducían, llegó exhausto a sus puertas y rindiólo el cansancio al pie de una columna votiva.

Después de las purificaciones de rigor, brindó en sacrificio al dios pítico su labrada copa de oro en la que bebiera tantas veces, exaltado por el verbo áureo de Plotino en las platónicas libaciones conmemorativas. ¿Qué objeto podría brindar mejor en sacrificio al dios,

cuando la voluntad del maestro prohibiera a sus discípulos su anual conmemoración después de su muerte? (89).

Fue un día memorable en los anales délficos. Entre sacerdotes y devotos, hablábase sin cesar del misterioso oráculo, panegírico de un hombre-dios. El espíritu apolíneo conmovió de tal manera a la *Pitia* que su lenguaje profético, pronunciado durante sus éxtasis convulsivos, asombraron a sus propios intérpretes.

Amelio, radiante de fervor y de alegría, una vez conseguida la interpretación escrita del oráculo, partió para Roma.

Cuando los discípulos allegados de Plotino agrupados en la Ciudad Eterna para reorganizar las labores del Instituto Neoplatónico conocieron el dictado divino, brindaron a la memoria de su amado mentor, ardorosamente, todo el sacro fuego de su gratitud. De su vera había desaparecido un hombre. En su corazón nacía un nuevo dios al que no brindarían en adelante otro culto que su propio ejemplo.

---

(89) "Jamás dijo a persona alguna el día ni el mes de su nacimiento porque no juzgó conveniente que se celebrara este día con banquetes y sacrificios". *Vie de Plotin.* Porphire-Alta, pág. 7.

Suave y silenciosamente, como asciende el humo perfumado de los incensarios, se elevó la común promesa que consagró una Obra y abrió a lo largo de los siglos un cauce profundo que llenaron las aguas de Vida.

El Oráculo

"Yo preludio un himno inmortal en honor de mi amigo bienamado acompañado de la suave música de mi lira melodiosa, vibrante bajo el plectro de oro.

"Llamo a las Musas para que unan sus voces en un canto apasionado y armónico como lo entonaron glosando a los hijos de Eaco, coro cuyos divinos transportes se unieron a los cantos de Homero.

"¡Cantad, sagrado coro de las Musas! Que nuestras voces se unifiquen entonando una canción que supere a todas las canciones. Yo estaré con vosotras, yo, Febo, el de luenga cabellera.

"Genio que fue hombre y que comparte ahora la gloria de los genios divinos, una vez librado de los lazos de la necesidad (Karma) que encadenan a los hombres, tú has hallado en tu corazón la fuerza para escapar a la fu-

riosa tempestad de las pasiones corporales y alcanzar a nado, lejos de la muchedumbre criminosa, la enjuta orilla en donde encontrar la recta senda que conducirá a tu alma purificada por adelanto seguro.

"Alli brilla el esplendor divino. En aquella mansión pura reinan las justas leyes, alejadas de la falsedad y del crimen.

"Cuando un tiempo te agitabas para escapar de las amargas ondas de esta vida ávida de sangre que conduce al frenesí y al vértigo. apareció ante ti, en medio de la tempestad y del tumulto desencadenado, entre el reposo de los Bienaventurados, la visión del fin cercano.

"A menudo, tu espiritual mirada, torcida por oblicuos senderos, fue enaltecida por los Inmortales hasta las esferas de curso inmutable y eterno. Y te permitieron contemplar a veces la radiación de su Luz desde el seno de la obscuridad y de las tinieblas.

"Jamás cerró por completo tus párpados el sueño invencible. Abriéndolos, entreabrias el denso velo de la obscuridad, que es nuestro azote y en medio de la vida tormentosa, supiste contemplar las visiones de belleza, apenas percibidas por los ansiosos de sabiduría.

"Ahora, liberado de tu envoltura, has abandonado la tumba y tu alma ha penetrado en

la asamblea de los genios de la que se exhalan aromas deliciosos.

"Allí se encuentra la amistad, el deseo gracioso lleno de dicha pura, siempre rociado por la ambrosía de los dioses. Allí donde el amor persuade y un dulce céfiro sopla y el éter brilla sin nubes. Allí habitan, salidos de la raza de oro del gran Zeus, Minos y su hermano Radamante y Eaco el justo. Allí se halla Platón, el de alma santa, el hermoso Pitágoras y cuantos corean a Eros eterno. Todos los que han compartido su parentesco con los genios felices y han llenado sus corazones las perpetuas delicias.

"¡Oh, bienaventurado! ¡Cuántas luchas has sostenido persiquiendo los castos genios sin otra arma que el aliento irresistible de la vida!

"¡Cese nuestro canto, Musas gozosas! ¡Detened los pasos de vuestras danzas graciosas en honor de Plotino!

"¡He aquí el himno que, a los sones de mi arpa de oro, brindo a esta alma para siempre dichosa!" (90).

---

(90) *Vie de Plotin*. Porphire-Brchier, págs. 25 y 26.

SEGUNDA PARTE

"La Filosofía Neoplatónica"

I

DE CÓMO ESCRIBIÓ PLOTINO LAS ENEADAS

A TRAVÉS de sus frecuentes desorientaciones cronológicas, Porfirio nos precisa, dentro de su escueto esquema biográfico, la forma y la época en que se escribieron las obras de Plotino que luego el discípulo ordenó y compiló en forma de seis Eneadas.

Raramente han sido escritas las verdades confiadas a los altos iniciados, reveladas en forma oral. Por tal medio el verbo, vívido y magnético, ha iluminado en los Santuarios a los mantenedores del fuego sagrado en el transcurso de los siglos, sucediéndose de esta manera la revelación de la sabiduría que se ha ido infiltrando en los conocimientos permitidos al vulgo en forma simbólica o velada.

Amonio, el verdadero iniciador del Neoplatonismo, comunicó a sus tres discípulos predilectos, Plotino, Erenio y Orígenes, en el mo-

mento y lugar oportunos, esta herencia espiritual bajo promesa de que no fuera revelada en forma escrita.

"Plotino observó tal promesa porque, aún recibiendo familiarmente a los audientes que iban a él, guardó enteramente secretas las enseñanzas de Amonio" [91].

Erenio, sin embargo, faltó el primero al pacto jurado. Orígenes siguió después su ejemplo, sin escribir empero más que un libro sobre los *daimones* y otro sobre el soberano poder creador del rey [92].

"Plotino resistió mucho tiempo todavía la tentación de escribir. Solamente introducía en sus pláticas lo que había aprendido en su trato con Amonio. Así perseveró durante diez años admitiendo en sus conversaciones numerosos discípulos, pero sin escribir nada" [93].

Amelio fue el primero que, aventajando en comprensión a los demás discípulos de Plotino, escribió unos comentarios a sus lecciones retenidas de memoria y que dio a un cierto Justiniano de Apamea, su hijo adoptivo. [94].

---

(91) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 9.

(92) Brehier, traductor y comentador de Plotino, atribuye al incierto título de esta obra una modalidad paradójica, frecuente entre los antiguos estoicos que daban a veces el nombre de rey al sabio.

(93) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 9.

(94) Id., íd., pág. 10.

Hasta allá por el año 253 [95] en que contaba Plotino cuarenta y nueve años, no dio principio escrito a su obra, merced a la cual la historia filosófica ha podido señalar con mojón dorado toda la importancia de la sabiduría y escuela Neoplatónicas.

Sin embargo en aquellos primeros tiempos en que era difícil la reproducción, muy sujeta a errores y cara la mano de los copistas, los textos plotinianos tuvieron muy relativa circulación. Además, "él (Plotino) no quería darlas más que a los lectores en quienes había apreciado de antemano madurez de juicio". [96].

"Dotado ya de poca vista, no releía ni corregía Plotino sus escritos. No prestaba tampoco con frecuencia la necesaria atención a la ortografía, absorto en el sentido de lo que escribía". [97].

La claridad de su visión mental le permitía, luego de concebido el plan, seguir admirablemente su ilación. Escribía con la misma facilidad que si leyera.

---

(95) "Hasta el año primero del gobierno de Galiano no se decidió Plotino a escribir las lecciones que daba a medida que desenvolvía sus temas. Había escrito ya veintiuno cuando yo, Porfirio, le conocí en el décimo año del mismo emperador". *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 10.

(96) *Vie de Plotin*. Porphire-Alta, pág. 10.

(97) Id., íd., pág. 16.

"Una vez concebido el tema y dispuesta la planeación desde el comienzo al fin, escribía todo cuanto había ideado en su mente como si copiara un libro abierto ante él". (98).

Ninguna interrupción era bastante a desviarle del hilo de sus ideas y a menudo, librado de consultas y ajenas tareas, reanudaba como si nada hubiera ocurrido, sin ni siquiera releer lo escrito, el orden del truncado pensamiento. (99).

Porfirio, durante la vida y después de la manumisión de su maestro, poseedor de los escritos todos de Plotino, los corrigió amorosamente, como el fruto amado de su ofrenda al que le mostrara la Verdad y realzara su vida con esplendores de renacimiento.

"El (Plotino) me encomendó la ordenación y revisión de sus libros. Como se lo prometí en vida y he prometido a los demás, no he juzgado conveniente dejar estos libros sin orden, según la época de su composición.

"Y como el ateniense Apolodoro ha agrupado en diez volúmenes las comedias de Epicarmo, como el peripatético Andrónico ha distribuído en tratados los libros de Aristóteles y de Teofrasto, reuniendo conjuntamente los que tenían un mismo objeto, del mismo modo

---

(98) *Vie de Plotin*. Pág. 16.
(99) Id., Id., Pág. 16.

yo he repartido cincuenta y cuatro libros en seis Eneadas para observar el honor que debemos a los números perfectos seis y nueve.

"Atribuyendo a cada Eneada un objeto especial, he reunido en cada una los libros correspondientes empezando siempre por los más importantes, a los que siguen los de menos interés". (100).

Y así las ofreció a la posteridad en forma de seis Eneadas compuestas por nueve libros cada una y en los cuales se condensa, velada a veces por la dialéctica abstrusa y simbólica el principal acopio que de la floreciente Escuela Neoplatónica admiramos en nuestros días.

---

(100) *Vie de Plotin*, Porphire-Alta, pág. 41.

II

LAS SEIS ENEADAS Y SUS CINCUENTA Y CUATRO LIBROS

Eneada I

1.—¿Qué es el Alma? ¿Qué es el Hombre?
2.—De las Virtudes.
3.—De la Dialéctica.
4.—De la Felicidad.
5.—¿Se acrecienta la dicha con el tiempo?
6.—De la Belleza.
7.—Del sumo Bien y de los demás bienes.
8.—¿De dónde provienen los males?
9.—Del suicidio justificado.

Eneada II

1.—Del Mundo.
2.—Del movimiento circular.
3.—¿Actúan los Astros?
4.—Las dos Materias.

5.—¿Qué significan los términos potencia y acto?
6.—De la cualidad y de la forma.
7.—De la mezcla total.
8.—Por qué los objetos distantes parecen pequeños.
9.—A los que piensan que el creador del mundo es malvado y que es malo el mundo. (101)

Eneada III

1.—Del Destino.
2.—Primer tratado de la Providencia.
3.—Segundo tratado de la Providencia.
4.—Del *Daimon* que nos corresponde en suerte.
5.—Del Amor.
6.—De la impasibilidad de los incorpóreos.
7.—De la Eternidad y del Tiempo.
8.—De la Naturaleza, de la Contemplación y del Unico.
9.—Consideraciones diversas.

Eneada IV

1.—Primer libro sobre la esencia del Alma.
2.—Segundo libro sobre la esencia del Alma.

---

(101) En la antología plotiniana de Taylor-Mead. el título de este libro es *Contra los Gnósticos*, como se lo diera Porfirio.

3.—Primer libro sobre las dificultades relativas al Alma..
4.—Segundo libro sobre las dificultades relativas al Alma.
5.—Tercer libro sobre las dificultades relativas al Alma; de la Visión.
6.—De la Sensación y de la Memoria.
7.—De la Inmortalidad del Alma.
8.—Del descenso del Alma en el cuerpo.
9.—¿Constituyen todas las almas una sola Alma?

Eneada V

1.—De las tres hipóstasis principales.
2.—De la generación y del orden de las manifestaciones posteriores al Principio.
3.—De las hipóstasis conscientes y de Aquello que las trasciende.
4.—De cómo lo posterior al Principio, procede de El; del Unico.
5.—Que los inteligibles no existen fuera de la Inteligencia; del Bien.
6.—De cómo lo superior al ser, no piensa: ¿cuál es el pensante de primera categoría y cuál el de segunda?
7.—De cómo existe la multiplicidad de ideas.
8.—De la Belleza inteligible.
9.—Del Intelecto, de las Ideas y del Ser.

Eneada VI

1.—Primer libro sobre los géneros del ser.
2.—Segundo libro sobre los géneros del ser.
3.—Tercer libro sobre los géneros del ser.
4.—Primer libro que trata de la existencia de un Todo único.
5.—Segundo libro que trata de la existencia de un Todo único.
6.—De los Números.
7.—De cómo surge a la existencia la multiplicidad de ideas; del Bien.
8.—De lo voluntario y de la voluntad del Unico.
9.—Del Bien y del Unico.

III

LA ABSOLUTIDAD Y SUS EMANACIONES

El Único

Velada por su misma indefinible inmensidad abstracta, aparece en las Eneadas la teoría plotiniana del Absoluto como inmanencia inefable, como suprema esencia, constituyendo la génesis iniciática de las doctrinas de Platón que engendró más tarde su hija legítima, la Neoplatónica, representada por Plotino.

Integrando la difícil metafísica del diálogo el "Timeo", de Platón, la magna idea del Unico increado da la pauta soberana de la existencia absoluta, cuya definición, por lo inconcebible, no puede lograrla el verbo humano. Los altos vuelos del alma extática, pueden sólo aspirar a ciegas, de manera fugaz, su aliento supremo.

El Único sin principio, el Todo inmanifestado que genera la Unidad, imagen suya, en la que se plasma la multiplicidad, compenetra todas las cosas y se halla en todo, y sin embargo, no se halla en parte alguna.

"¿Por qué no solamente decimos que se halla doquiera sino también que en ninguna parte reside? Porque el Único es antes que todas las cosas. El compenetra y produce todo, pero no es jamás lo que produce".(102).

"El Único es todas las cosas y ninguna de ellas". (103).

Es la misteriosa inmanencia sin causa, el Supremo Espíritu absoluto, omniabarcante, que se extiende sobre toda concreción, anterior a todo principio, que precedió a toda presencia y que permanece impasible ultra las eternidades, y de cuyos principios emanados surgieron a la existencia los soles, los mundos, los seres y las cosas.

"Es el poder que todo lo compenetra. Si no fuera, nada existiría, ni los seres, ni la inteligencia ni la vida primordial ni ninguna otra. El se halla por encima de la vida y es causa de la vida". (104).

---

(102) III, 9, 4.
(103) V, 2, 1.
(104) III, 8, 10.

"Es el centro eterno de la circunferencia sin límites cuyos rayos son sus principios" (105) y (106).

La Unidad

"Al emanar de si mismo la primera manifestación, el Unico se condiciona en la Unidad vital de aquella misma manifestación.

"Esta naturaleza eterna, tan bella, permanece cerca del Unico. Proviene de El y va hacia El". (107).

La Unidad es, pues, la primordial expresión de la Absolutidad. El espacio es su cuerpo infinito, el tiempo, imagen del número perfecto, la condición de su propia eternidad. Esta Unidad constituye el Espíritu del Universo.

En el cambio que determina el trascurso del tiempo, "la voluntad divina se conserva idéntica, no en la unidad numérica, sino en la unidad específica del Universo". (108).

Esta Unidad crea, pues, la esencia de los arquetipos de todas las cosas manifestadas

---

(105) I, 7, 1.

(106) Más que en ningún otro filósofo griego, se refleja en Plotino la idea de la absolutidad brahmánica, herencia directa de los esenios que recibieron por su largo contacto con los yoguis errantes en el Asia Menor. Así influyó en Plotino la sabiduría índica.

(107) III, 8, 10.

(108) II, 1, 1.

que luego se plasman en el mundo de la gran mente abstracta, o mundo inteligible.

"En el cambio incesante, Dios solamente tiene el poder de imponer un mismo tipo específico". (109).

De esta Unidad deriva el origen esencial de todo posible perfeccionamiento y encierra la verdad de la evolución de los mundos, de los seres y de los elementos.

"Una vida presente toda entera a la vez, llena e indivisible en todos sentidos. Esta vida es la Eternidad que buscamos". (110).

La Unidad constituye la primera y sutil plasmación del Absoluto en la que se envuelve. Cada ser tiene tendencia a remontarse a esta Unidad creadora que es la síntesis del perfeccionamiento, la meta de la evolución, el seno materno que gesta el infinito universo.

La esencia de esta Unidad condicionada en cada vida es "lo más poderoso y lo más precioso que contiene". (111).

La Unidad es, en suma "una fuente sin origen. Ella da su caudal a todas las fuentes y jamás se agota. Permanece inalterable en su mismo nivel. Los manantiales de ella brotados,

---

(109) II, 1, 1.

(110) III, 7, 3.

(111) III, 7, 6.

confunden al principio sus aguas antes que cada cual emprenda su curso peculiar. Ya cada cual sabe donde su curso le conducirá".[112].

En el mundo concreto, gracias a su soberana existencia, "esta Unidad hace de cada parte un todo".[113].

El Bien

Al definir los principios de la Unidad plotiniana, es difícil ordenarlos y clasificarlos porque en sí mismos se compenetran: el Bien, la Inteligencia y el Alma constituyen estos principios que actúan compenetrados y conjuntamente en el universo y en los hombres.

Sin embargo Plotino coloca el Bien por encima de todos.

El Bien es el principio inconmovible al cual todo tiende y aspira. En él la Unidad se recubre de la primera sutilísima veste. Es el plano del puro Amor, primer reflejo de la Unidad espiritual y germen de todo lo creado, es el nexo entre la existencia esencial incondicionada y la manifestación.

Es "la realidad suprema a la cual todo aspira".[114].

---

(112) III, 8. 10.
(113) III, 2, 1.
(114) I, 7, 1.

El bien se halla más allá de la inteligencia o el principio espiritual pensante. Por ello es la aspiración máxima de toda vida, y resume los planos todos. Es el acorde perfecto en la armonía humana y divina. En su línea ascendente, la Inteligencia conduce al Bien final. Todo "actúa por el bien y a causa del Bien".(115).

"Pero el Bien de nada necesita. Porque nada posee en sí más que a sí mismo".(116).

El Bien es el principio perfecto, el fin dichoso, la tónica eterna de todos los ritmos creados, el cielo de nuestro Universo en el cual mora la vida infinita.

La Inteligencia

"El Bien ha dado a la inteligencia que ve una imagen de sí mismo".(117).

"La Inteligencia necesita del Bien y el Bien no necesita de la Inteligencia". (118).

El Bien corona la inteligencia. Su forma suprema "deriva del Bien y la vuelve semejante al Bien. Tal es la imagen del Bien perceptible en la Inteligencia". (119).

---

(115) III, 8, 11.
(116) III, 8, 11.
(117) III, 8, 11.
(118) III, 8, 11.
(119) III, 8, 11.

"La noción del Bien verdadero se percibe más allá de la imagen del Bien impresa en el principio Inteligible". (120).

Por el Bien "subsiste un deseo en la Inteligencia", "un deseo de su propia forma". (121).

En la gran mente Inteligible se delinean, bajo las normas establecidas por el Bien supremo, los arquetipos condicionados de todas las cosas sensibles. Es la morada serena de los seres puros, el asiento del alma, el hogar do chispean, rútilas e inmortales como astros nacientes, las forman mentales que sustentan el universo y las almas. "La naturaleza inteligible es sin sueño. Allí se encuentran los más bellos actos. Es el lugar de la vida". (122).

"En el mundo inteligible todo es substancia". (123).

"La Inteligencia no es el pensamiento de una sola cosa. Siendo universal es el pensamiento de todas las cosas". (124).

"La vida del pensamiento abstracto es la vida real". (125).

---

(120) III, 8, 11.
(121) II, 8, 11.
(122) II, 5, 3.
(123) II, 6, 1.
(124) III, 8, 8.
(125) III, 8, 8.

Es el plano de todas las causas y el mentor del mundo sensible. "La Inteligencia es anterior al universo manifestado: es su causa y el modelo de su imagen". (126).

"En el mundo Inteligible todo es lumbre". (127).

Alli moran los dioses y las almas felices. Alli, en la maleable materia plástica de la mente divina se construyen y crean los bellos ideales que luego las almas soñadoras remembran en la tierra.

Alli toda grandeza permanece. Es la morada del eterno ensueño, el palacio encantado de mil leyendas, la mansión esplendorosa donde toda noble ansia se traduce en acto perpetuo. La divinidad se goza en sí misma contemplando su reflejo en lo inteligible. Después, este goce se transfiere a lo objetivo transformándose, como un eco infinito.

"En la lumbre pura, en el esclate sin sombra donde permanece, la Inteligencia desenvuelve todos los seres. Nuestro mundo sensible, tan hermoso, no es más que su sombra". (128).

---

(126) III, 2, 2.
(127) IV, 9, 5.
(128) III, 8, 11.

"En su esplendor no se conciben allí ni las tinieblas ni la desproporción. Es la vida bienaventurada". (129).

El Alma (130)

El Alma universal constituye el mundo vital por excelencia. Allí toda realidad toma una forma senciente. Es el lugar de la multiplicidad unitiva. Allí la expresión superior de la vida se condiciona, desde lo magno a lo ínfimo. En su seno se desenvuelven los mundos y los átomos. Todo se realiza, sin embargo, dentro de la Unidad de que es emanación directa.

Esta grande Alma cobija la infinitud de las cosas.

"El Alma universal es una unidad doquiera presente aunque con funciones distintas". (131).

"Esta grande Alma, en su manifestación inferior parécese a un árbol inmenso que, infatigable y silencioso, gobierna la vida" (132).

---

(129) III, 8, 11.

(130) El lector familiarizado con las enseñanzas teosóficas hallará la identidad de la doctrina de los planos cósmicos, Búdico, Manásico y Astral representados fielmente en los tres principios del Bien, la Inteligencia y el Alma. A medida que ahondemos en las verdades neoplatónicas descubriremos nuevas y curiosísimas similitudes. La verdad es una aunque se revele bajo nombres distintos.

(131) IV, 3, 3.

(132) IV, 3, 4.

Esta vida, esta savia silente vivifica los múltiples troncos y las infinitas hojas.

En el seno del Alma se desarrolla el principio personal, la conciencia individualizada. El dolor y el placer nacen de estas múltiples fracciones centralizadas en sí mismas pero participantes de la vida del Alma única que las integra todas.

El Alma enlaza el caos aparente de la manifestación con el Bien y lo Inteligible. Es la mediadora entre Dios y el hombre, la divinidad y la humanidad enlazadas en el seno misterioso de la vida.

Por su mediación "Dios está presente en todas las cosas aunque ellas lo ignoren" [133]. En toda alma, por ínfima que sea, permanecen los principios divinos. Porque todo se halla integrado y cobijado por el Todo que comprende desde lo supremo y sutilísimo hasta la más diminuta e insignificante porción de la vida. [134].

"El Alma presta su don a todo el que pueda recibir de ella. Permaneciendo inmóvil sin

---

(133) V, 6, 7.

(134) Para más perfecta y apropiada exposición del Alma universal recomendamos al interesado el magnífico Ensayo sobre la "Super-Alma", de Emerson, el filósofo que más sintoniza, en sus magnos vuelos, con la doctrina de Plotino.

tener necesidad de actuar, de reflejar ni de corregir, ella gobierna y ordena las partes" (135).

En su magnificencia "ella permanece siempre iluminada. Poseedora de la luz la prodiga continuamente en las cosas inferiores" (136). Estas, mantenidas siempre por ella y bañadas en sus rayos, gozan en toda su posibilidad de la vida por el vinculo divino del Alma universal que las compenetra.

(135) II, 3, 2.
(136) II, 3, 3.

IV

COSMOGÉNESIS

Zeus, el Demiurgo

El principio ordenador es doble. En un sentido es el Demiurgo, en otro el Alma del Universo. El nombre de Zeus designa lo mismo el Demiurgo que el Alma que guía el mundo". (137).

No nos ocuparemos aquí otra vez del poder impersonal y abstracto que todo lo compenetra conocido por Alma Universal, sino de la Entidad consciente y suprema de nuestro mundo.

"La tierra es una divinidad. Ella tiene un alma eternamente benéfica". (138).

Esta grande Presencia evoluciona dentro de una esfera de grandes límites que le sirve

---

(137) IV, 4, 10.
(138) IV, 4, 26.

de morada. En ella nosotros integramos su cuerpo inmenso como células diminutas.

"El universo sensible tiene también su porvenir hacia el cual se dirige. Y corre hacia este devenir, sin pararse, atraído por su propia existencia". (139).

El Jefe del mundo tiene su conciencia propia, su edad, su destino, sus afinidades electivas dentro del misterioso amor de las estrellas que convierte el orden frío del universo en una plenitud de ansias y de goces inmensos. Su lenguaje amoroso crea la armonía de las esferas cuyo eco es el ensalmo inefable de los visionarios y clariaudientes. La ley de la aversión y de la simpatía se manifiesta en la ruta de los soles y en el ígneo parpadeo de los astros como en la dirección de la partícula de polvo y en el balanceo de la ignorada florecilla. Hermes sentó con su famoso axioma la más profunda sentencia analógica, la clave de toda la filosofía.

Esta soberana Entidad cósmica es nuestro dios, el Demiurgo. Constituímos una parte de El. Por El somos y en su Ser nos desenvolvemos.

"El alma humana recibe su papel del Poeta del universo". (140).

---

(139) III, 7, 4.
(140) III, 2, 17.

"El Maestro universal teje su trama con el concurso de los seres". (141).

"El Demiurgo crea las almas de la misma substancia de que proviene el Alma del universo". (142).

"Dios es el Rey de reyes y el Padre de los dioses". (143).

Así se comprende, por esa paternidad inefable, el amor entre los hombres y la afinidad entre las cosas. El mundo y el hombre, en su unidad, integran una sola vida: la vida del Dios cósmico.

"Las almas son simpáticas entre sí porque derivan de una misma Alma". (144).

Esta inmensa conciencia cósmica actualiza, dirige y regula los acontecimientos del mundo y vela así sobre lo grande como sobre lo ínfimo porque por todo se interesa, todo constituye una parte de su ser. No se estremece sobre la tierra una brizna de hierba que no repercuta como por efecto de una pulsación mágica de graduadas correspondencias, en la conciencia de la suprema Regencia cósmica.

---

(141) III, 3, 2.
(142) Platón citado por Plotino, Eneada IV, 3, 7.
(143) V, 5, 3.
(144) IV, 3, 8.

"Zeus ordena el mundo, lo guía y dispone. El posee una regia alma eterna y una inteligencia regia. Prevé los acontecimientos y los domina al realizarse. Todo lo organiza ordenadamente".(145).

La Jerarquía

Bajo el cetro divino del Demiurgo una sabia gradación de seres, por orden de facultad y valimiento, administra el complicado plan del Cosmos del cual Aquél es Señor y Guía supremo.

Estos representantes se hallan complicadamente organizados desde su más elevada excelencia hasta su cargo más humilde administrando la ley de acción o reacción que Plotino llama ley de armonía formando parte integrante de ella como ejecutores y representantes suyos y conduciendo todo cuanto alienta hacia su meta evolutiva.

Este gobierno se halla planeado como el de un estado perfecto.

Por esta razón se hallan tan identificados entre sí y con la conciencia cósmica que son ella misma, integrándola y constituyéndola.

---

(145) IV, 4, 9.

"Este Dios es uno y múltiple. Aparece en todos los dioses que son en El de los cuales cada uno contiene a la totalidad".(146).

Los dioses y semidioses dirigen los destinos de los hombres, escuchan sus plegarias que son como positivos lazos que los unen a ellos estrechamente, la creencia en los dioses representantes de las fuerzas naturales son a manera de vínculos poderosísimos que los mantienen unidos y facilitan la realización del plan divino porque la fe unifica al adorante con el adorado y sirve a la ley de unidad.

Más cerca del hombre, los genios tutelares se unen a las almas de los muertos que ayudan a la jerarquía ordenadora. Los espíritus de los elementos, en todas sus especies y categorías diversísimas coadyuvan también al plan y son sensibles a las órdenes de los dioses y a los deseos de los hombres.

Así, desde los superiores cargos de los dioses cercanos a Zeus hasta los más humildes ejecutores de sus designios inapelables, el mundo, los hombres y las cosas se hallan sabiamente dirigidos porque la Jerarquía es instrumento fiel de la Ley de amor que es el Bien final.

"Es conveniente pensar en la existencia de hombres perfectos, de seres buenos, de *dai-*

---

(146) VI, 8, 9.

mones y más aún de los dioses que contemplan lo inteligible y, por cima de ellos, el Jefe del universo, el Alma bienaventurada".(147).

Nada ocurrente debiera inquietarnos. La seguridad de esta ordenación sapientísima debiera llenarnos de confianza. Porque:

"En el Universo donde existe un Jefe supremo al que todo se halla subordinado, ¿qué podría existir fuera de su plan y ordenación?".(148)

De la Materia, del Universo y de la Naturaleza

"El mundo sensible es una imitación del mundo inteligible".(149)

"Lo inteligible produce eternamente la materia y constituye su principio y le infiltra la ley del movimiento primordial".(150).

"El espacio infinito es el gran receptáculo de la materia".(151).

"El infinito es la materia misma" (152) la pura substancia primordial, la condensación perpetua que llena los moldes de lo inteligible.

---

(147) II, 9, 9.
(148) III, 3, 2.
(149) II, 4, 4.
(150) II, 4, 5.
(151) II, 4, 5.
(152) II, 4, 15.

Es eternamente inmaculada, virginal reflejo del poder supremo, antes, en medio de las huellas que le imprime la conveniencia evolutiva de los seres y después que la gran oleada de vida deja en su receptáculo eterno la semilla del universo.

"Revestida de múltiples formas no llega jamás a perdurar su reflejo. Continúa siendo lo que fue, siempre en potencia de otras formas que vendrán".(153).

"Incapaz de transformarse, ella (la materia) permanece en su propia primordial existencia. Es el no-ser".(154).

Es el gran elemento pasivo, dúctil, siempre pronto a responder al menor soplo de la vida que se le imprima. Es la arcilla en manos del gran Alfarero, el noble modelador en la plasmación de las divinas formas y arcilla también moldeable en las torpes manos de nuestro humano espíritu y en la incipiente vida de los reinos inferiores. En ella, en su perfección o deficiencia, la espiritual potencia se revela a sí misma por su medio.

"La materia no ofrece resistencia alguna puesto que no posee actividad propia. Es som-

---

(153) II, 5, 5.
(154) II, 5, 5.

bra. Ella espera, pronta a sufrir el designio de la causa activa".(155).

Es la veneranda de las mil formas, la divinidad una y proteica, la señora impasible, la reina de la manifestación, la madre del mundo.

"Su nombre más propio es receptáculo y nodriza. El de madre le es dado por analogía".(156)

El Universo entero en su manifestación debe su forma a la soberana materia, la que no obedece más, al transformarse, que a los impulsos del mundo inteligible como una pálida concreción de su esplendente realidad.

"Lo inteligible da al sol sensible sus propios límites".(157).

"Lo inteligible plasma las cosas sensibles como el arte del estatuario da forma al mármol".(158).

"Contemplando su propia existencia los astros viven felices por su tendencia a la unidad y la irradiación de ellos emana por el cielo entero. Son a manera de liras cuyas cuerdas, vibrando por simpatía, entonan un himno naturalmente armonioso".(159).

---

(155) III, 6, 18.
(156) III, 6, 19.
(157) IV. 3, 11.
(158) V. 9. 5.
(159) IV, 4, 8.

Por medio de esta forma poética Plotino nos capacita de este orden seguro que genera el principio de la mecánica universal y que se corresponde con toda naturaleza así divina como humana como también con la más rudimentaria forma de conciencia.

"La Naturaleza, como una madre, trata de que todo se remonte hacia ella".(160).

"La naturaleza pone en contacto directo con la divinidad todo cuanto engendra".(161).

Ella justifica a los ojos humanos su excelencia. Su variedad, obedeciendo a un plan de correspondencias perfectas, justifica la unidad en el universo, la esencialidad única de la vida que la penetra con su dardo ígneo y la fecunda para crear en su seno las formas recias de los mundos y las insignificantes vidas de los átomos y los insectos.

"Dios está presente en todas las cosas aunque ellas lo ignoren".(162).

---

(160) IV, 4, 20.
(161) IV, 3, 11.
(162) V, 6, 7.

V

ANTROPOGÉNESIS

El Alma humana y sus vehículos

Nacidos a la existencia en el seno del universo recibimos nuestra alma de este mismo universo que nos envuelve".(163).

"Dios me ha formado. Procedente de El, soy perfecto. Yo atesoro la vida de todos los seres. Me basto a mi mismo. De nadie necesito puesto que contengo en mi la vida de las plantas, de los animales y de todo cuanto ha de nacer. Muchos dioses están en mi y en mi existen multitud de *daimones*, de almas buenas, de hombres a quienes la virtud ha hecho felices".(164).

"Nuestra alma es de la misma especie que el alma de los dioses".(165).

---

(163) IV, 3, 1.
(164) III, 2, 3.
(165) V, 1, 2.

"El hombre contiene en sí multitud de seres".[166].

Tal es el hombre, según Plotino. ¿Cabe, en menos palabras, mayor excelencia? Al hablar del hombre, el neoplatónico lo compara a Dios en miniatura con todo su esplendor latente. El hombre es un misterio tan grande, en su infima manifestación, como la realidad inefable de los astros diminutos, magnos soles de universos.

El alma del hombre es compleja por su misma infinita posibilidad.

"Todo ser posee un poder eficaz puesto que ha sido elaborado y formado en el universo. Así contiene una parte del alma proveniente del universo".[167].

"En potencia, a pesar de su fragmentación, conserva el alma su universalidad".[168].

La integran y constituyen la misma substancia que informa los planos cósmicos que sirven de morada a su individualidad y revisten su principio divino de vehículos necesarios a su manifestación.

"El alma gobierna y ordena sus partes" [169]

---

(166) V, 3, 13.
(167) VI, 7, 11.
(168) VI, 4, 16.
(169) II, 9, 2.

"Un poder maravilloso circula en él".(170).

"Nuestra alma posee una parte permanente en lo inteligible, otra en contacto con lo sensible y otra entre ambas. Naturaleza única con poderes múltiples, tan pronto se identifica por entero con su parte perfecta unida a los más elevados seres, tan pronto su inferior la atrae o su parte intermedia".(171).

"En el mundo inteligible se halla el verdadero ser humano. Su parte mejor es la inteligencia ya que de allí proceden todas las almas".(172).

"La inteligencia es a la vez una parte de nosotros mismos y una existencia superior hacia la que nos remontamos".(173).

Llega un momento en la evolución del hombre en que "el alma contempla a la inteligencia y al penetrarla hasta su más profunda intimidad ve por medio de ella al Dios supremo".(174)

Para lograr tal propósito el Bien ha dado a la inteligencia clarividente una imagen de sí mismo. Por eso hay un deseo superior a la inteligencia.

---

(170) II, 9, 8.
(171) II, 9, 2.
(172) IV, 1, 1.
(173) I, 1, 13.
(174) I, 8, 2.

Así llega el hombre a sumergirse en el corazón de la divinidad.

De ahí la unidad humana. Todas las almas constituyen una unidad perfecta, un todo amoroso e indivisible por su mismo excelso origen.

"Todos en cada uno y cada uno en todos. Unidos difieren en potencias, pero constituyen un ser único con poderes múltiples".(175).

"En los planos sutiles cada ser constituye una parte del todo y es a la vez individual y universal".(176).

El alma es ella en sus partes, es ella en su integridad individual y es ella en el gran conjunto de las almas humanas. ¡Trinidad misteriosa de la egoencia!

"El que ve conoce la grandeza y el poder del alma. Sabe qué maravillosa y divina cosa es. Su naturaleza posee la supremacía sobre todas las cosas".(177).

"Las almas iluminan el cielo".(178).

A semejanza de los rútiles astros en la noche serena, la parte superior de los hombres brilla en su región propia como lucero inextinguible.

---

(175) VI, 8, 9.
(176) VI. 8, 4.
(177) IV, 2, 1.
(178) IV, 3, 17.

Por la ley de las correspondencias los hombres se hallan unidos con sus astros afines, con sus dioses, con sus elementos, con las almas amadas, con todos los seres simpáticos, en fin.

Porque la manifestación dimana de un centro único que tiende a actualizarse en la periferia por ley de menor a mayor densidad. El hombre es un rayo en esta circunferencia. Dimanado de Dios se proyecta en el mundo denso luego de pasar y ser en todos los planos intermedios. En cada uno de estos planos la vibración que le es propia se corresponde con la vibración afín. Así se comprende la ley de la armonía que rige las leyes de la mecánica universal, matemática suprema y el canon de la divina estética y el principio de la moral porque todo gira en derredor de un centro de atracción amoroso.

El alma liberada es soberana.

El Daimon

Ajeno e íntimo a la vez, cada hombre tiene su *daimon* propio representado por todas las religiones y filosofías como su guía y genio tutelar. Los filósofos griegos, sobre todo los socrático-platónicos y más tarde los neoplatónicos prestaron especialísima atención a esta

curiosísima índole de entidades que tan directamente influyen y son influenciados por el hombre.

El *daimon* en la imagen reflejada del Yo divino, es la sombra de la luz y su categoría justifica el grado de evolución de cada individuo.

"El *daimon* deviene nuestra mejor parte a la que nosotros mismos prestamos el poder".(179).

Es el que impulsa al hombre a la ejecución de los mandatos silentes del Ego vigilante (180).

La voluntad humana que es el principal aspecto dinámico y divino que manifiesta, impulsa su evolución y plasma según su grado la categoría del *daimon*.

"¿Dirige el *daimon* completamente al hombre? No, ya que el alma se halla constituída de tal manera que, según las circunstancias, ella posee tal vida y tal voluntad".(181).

El daimon se revela siempre de una categoría próxima superior a nuestro grado presente de evolución. Representa el próximo pel-

---

(179) III, 4, 3.
(180) "El *dainon* cumple lo que elegimos". Platón, *La República*.
(181) III, 4, 6.

daño, nuestro inmediato perfectible, un estímulo apropiado para hacernos adelantar un paso en el largo sendero de la perfección. Al alcanzar este estado evolutivo inmediato "tomamos por guía otro *daimon* todavía más elevado y así sucesivamente".[182].

No es que varíe la entidad en sí, sino la cantidad manifestada por su medio del poder protector que se va revelando.

"El *daimon* preside nuestra vida sin obrar por sí mismo. Es la facultad inferior la que obra. Por ejemplo, si nuestra cualidad activa es la sensibilidad, nuestro *daimon* será de principio racional: si vivimos de acuerdo con la razón, nuestro *daimon* será de un principio superior a la razón" [183] y [184].

---

(182) III, 4, 3.

(183) III, 4, 3.

(184) Se infiere de este pasaje que el *daimon* no es visible más que raras veces por el hombre porque se recubre de la substancia superior y más sutil al plano en que preferentemente actúa el individuo. Si en el físico, el *daimon* será de materia astral, si en el astral, será de materia manásica, si en el mental aquél se revelará en la superior forma búdica, etc.

"El *daimon* es la barca en que bogamos sobre las aguas del mundo".[185].

El *daimon* es, en suma, el poder benéfico que siempre nos acompaña. Confiarnos activamente a su guía segura es abrir nuestra alma, según la propia posibilidad, al poder divino que actúa por vía directa en el interior del hombre.

(185) III, 4, 6.

VI

LA LEY ETERNA

Reencarnación

La reencarnación conocida por los griegos como *ananké*, "ley de necesidad", o ley de sucesivos renacimientos, cuerpos que habita una alma en su senda ascendente, ha sido una de las más sólidas creencias de los sabios de la antigüedad.

Fuera dificilísimo, por su prolijidad, citar todas las alusiones a la doctrina reencarnacionista, tanto menudean en la doctrina plotiniana.

En el "Fedro" de Platón, Adrastea representa la regente de las vidas sucesivas, que regula su ordenación perfecta y equivale a "la verdadera Justicia, la admirable sabiduría" [186].

---

(186) III, 2, 13.

"Tú eres lo que eres por tu conducta en una vida anterior". (187).

"La muerte consiste en cambiar de cuerpo como el actor muerto en escena cambia de traje y reaparece en un nuevo papel".(188).

"La muerte nada tiene de terrible. Morir en la guerra o en el combate, es avanzar un poco el término de la vejez. Es partir antes para volver más pronto".(189).

Sólo habla de esta manera el que considera la reencarnación tan real como la luz del día y quien posee reminiscencias de su pasado como ocurre a todos los verdaderos sabios que han venido a renovar la antigua palabra de verdad y a recordarla a los hombres.

"Cuando el alma desciende, posee nociones definidas, aún sin tener conocimiento de ello, sobre todo, al sumergirse en el cuerpo. Al actualizar esta conciencia, los antiguos aplicaron a tal estado los nombres de *memoria* o *reminiscencia*".(190).

"Al salir del cuerpo, el alma guarda ciertos recuerdos" (191) "pero entre la muerte de un cuerpo y el sucesivo renacimiento, al remon-

---

(187) III, 3, 4.
(188) III, 2, 15.
(189) III, 2, 15.
(190) IV, 3, 25.
(191) IV, 3, 31.

tarse, siguiendo el ciclo ascendente hasta la morada inteligible [192] mansión soberana del alma liberada, olvida las cosas de aquí abajo, a menos de que haya llenado toda su vida terrena de todas las posibles excelencias espirituales. Porque es hermoso aquí abajo substraerse de los cuidados de los hombres. Consecuentemente es necesario substraerse de los recuerdos de estos cuidados".[193].

"Pocos recuerdos terrenos acompañan al alma en el mundo inteligible. Hércules o Heracles, en el Hades, puede todavía hablar de su braveza pero la estima en bien poca cosa al pasar a una más sacra región y cuando alcanza el mundo inteligible".[194].

Así, al abandonar el cuerpo, el alma experimenta otras sucesivas muertes de sus cuerpor sutiles, por ley de orden de densidad. Mueren sus deseos pasionales primero, luego sus sensibilidades, luego sus vulgares y viciosas o concretas formas mentales, hasta llegar a lo

---

(192) Teosóficamente, se define idéntico proceso *post-mortem*. El plano devacánico es el mundo causal o mental superior que corresponde al mundo inteligible de Plotino. Allí, en la verdadera morada del Yo, vislumbra el desencarnado su pasado y su porvenir y traza los elevados planes de su futuro que luego se insinúan como anhelos y tendencias en la vida próxima.

(193) IV, 9, 3 y 32.

(194) IV, 3, 32.

inteligible, el mundo feliz de la mente abstracta. Allí "el alma posee la conciencia de sí misma, puesto que no constituye más que una unidad con lo inteligible, fundida en él" (195) "allí donde no reina más que un día único, sin noche" (196) y "donde ella reconoce bien a las almas conocidas anteriormente".(197).

Transcurrido el dichoso período de esta sumersión del alma en lo inteligible, en que contempla su ser entero en todo su esplendor, vidente de su excelso fin, "deja el mundo inteligible, llevando en sí sus recuerdos" (198) y "ve de nuevo lo que vio antes de sumergirse en él".(199).

Y enriquecida por su vuelo, el alma impregnada de beatitud, se sume otra vez revestida de las envolturas de los sucesivos planos, para renacer de nuevo y seguir el plan trazado por la sabia mano de la Ley.

En las iniciaciones, se ha representado siempre, bajo diversos ritos, la verdad de la reencarnación o vidas sucesivas de las almas porque ha constituido siempre esta verdad uno de los grandes tesoros iniciáticos.

---

(195) IV, 4, 2.
(196) IV, 4, 7.
(197) IV, 4, 5.
(198) IV, 4, 4.
(199) IV, 4, 5.

"Todo acontecimiento tiene una causa".[201].

"Nuestras tendencias y nuestras disposiciones, dependen de la acción de sus principios".[202].

"Una causa compenetra todas las cosas, causa no solamente motriz, sino productora de los seres. Por ello, el principio es el destino y la causa soberana. Ella rige los acontecimientos y los pensamientos".[203].

Formamos parte de esta red tejida desde el principio de la manifestación y actuamos de acuerdo con el dibujo que traza la trama comenzada. Una solidaridad perfecta enlaza unos hilos con otros. No hay acto, por insignificante que sea, que no se corresponda con otros pasados y que no genere efectos futuros. Sin embargo, todo tiende a un fin de armonía, todo sirve a un ulterior plan y la ley es la conductora, la maestra que preveé, por cima de su valor fragmentado que a nosotros aparece, toda su positiva y última realidad. Esta

---

(200) "Ley de armonía" llamó Plotino a nuestra naturaleza cósmica, alcanzada por el *ananke* o *Karma*.

(201) III, 1, 1.

(202) III, 1, 2.

(203) III, 1, 2.

ley cósmica es la servidora del plan de Dios, y por ello, el acicate de la evolución. Su intervención termina cuando el fin, que es armonía perfecta, se realiza.

Esta Ley preside todas las leyes y actos del universo y lo mismo traza las órbitas de los planetas que, al parecer, la errabunda trayectoria de los pájaros. En los hombres es causa de los renacimientos de cada alma hasta que alcanza el anhelado fin de su propio perfeccionamiento. Cada vida es consecuencia de los actos de una vida o vidas precedentes y cada lección aprendida conduce al conocimiento y el conocimiento a la compenetración con la realidad suprema que es armonía.

"La Ley divina no puede ser evitada. Ella posee el poder de hacer cumplir lo establecido. Sin saberlo, el culpable es transportado a los lugares donde ha de sufrir su pena. Arrastrado por un movimiento incierto, flotando errabundo, acaba por fin deteniéndose en el lugar conveniente. Tiene sin embargo el hombre el poder de abandonar el lugar de sufrimiento gracias a la armonía que gobierna todas las cosas".(204).

"Los castigos de las almas son como remedios para sus males. Así el universo conserva su salud, modificando sus fragmentos".(205).

---

(204) IV, 3, 24.
(205) IV, 4, 45.

"Los castigos pertenecen al orden que regula todas las cosas según su conveniencia".(206).

"La pobreza y la enfermedad sirven al que las sufre".(207).

"Los acontecimientos aflictivos que nos sobrevienen nos mueven al bien y al justo reconocimiento de lo bueno. El mal es la ausencia del bien".(208).

Al vislumbrar las causas remotas que generaron nuestras condiciones presentes, podemos intuir las del porvenir. Así se establece la justicia distributiva.

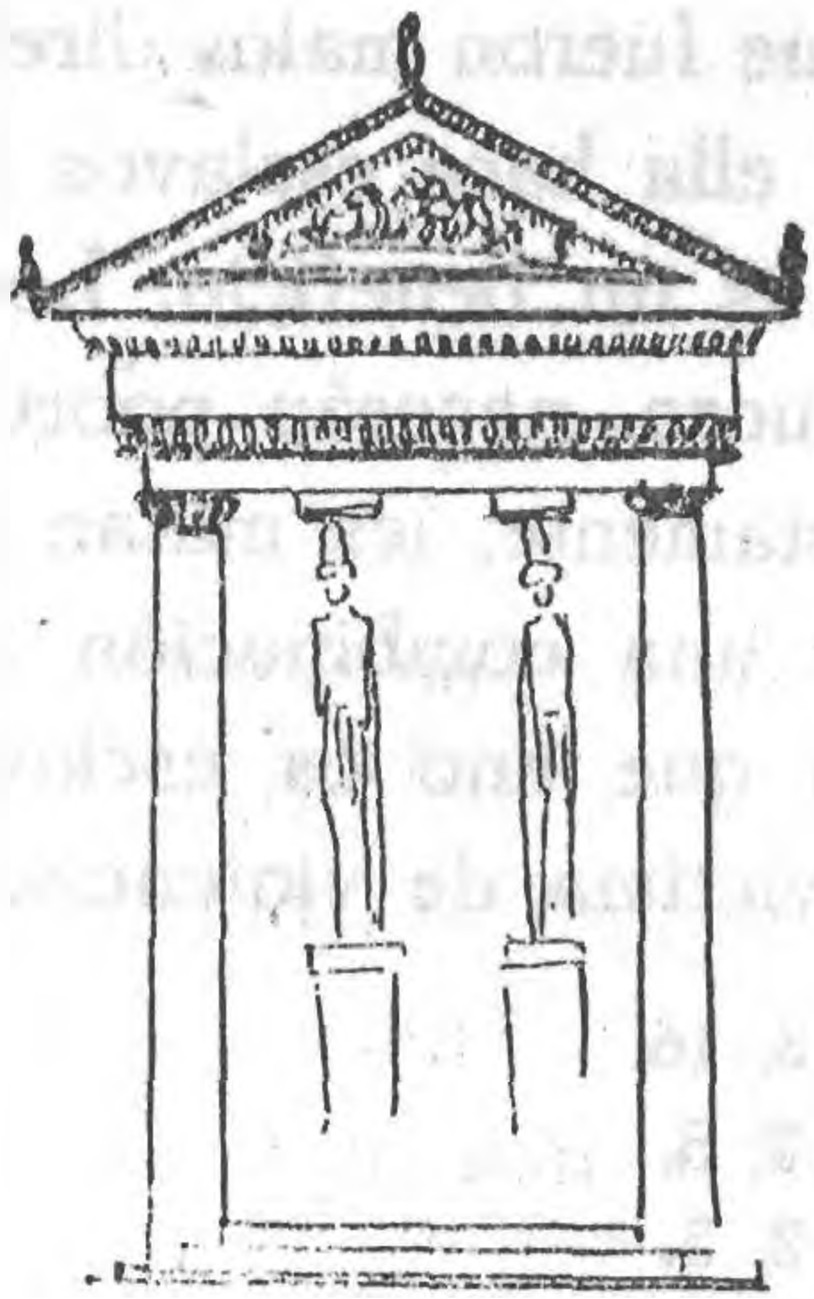
"De los que fueron malos directores en una vida anterior, ella hace esclavos y en tal caso la esclavitud es un beneficio. Los que usaron mal de la riqueza, nacerán pobres. A los que mataron injustamente, les matan a su vez. No es jamás por una combinación accidental de circunstancias que uno es esclavo, prisionero de guerra o víctima de violencias. Es que al-

---

(206) IV, 3, 16.
(207) III, 2, 5.
(208) III, 2, 5.

guna otra vez cometió los actos de que al presente es víctima".[209].

Nadie escapa a sí mismo. Es la gran enseñanza. Lo exterior es fruto de nuestra disposición interna. Las lecciones aprendidas, por dolorosas que nos sean, son las únicas capaces de enriquecer nuestra alma y hacernos vislumbrar la sabiduría que preside la transformación de los acontecimientos.



(209) III, 2, 13.

VII

DE LA BELLEZA

PLOTINO ha sido, entre todos los filósofos, el que más clarividentemente ha hablado de la Belleza, erigida en la más recia columna de su templo filosófico. El develó como nadie la ética trascendental, la esencia espiritual que se condensó en la civilización griega cuyos cánones perfectísimos no se dieron más que a los incomparables magos del arte, allá en lo secreto de los Santuarios.

El Filósofo del Éxtasis tuvo la audacia de encender la sacra llama de los templos frente a la vía pública. Y como Sócrates, exaltado en el Fedro por su *daimon*, así Plotino, iluminado por su genio divino, vibró su verbo delirante, semejante a los temblores ígneos que tan pronto oscilaban, cálidos e íntimos cual lámparas votivas, como su lengua de fuego semejaba un luminar de incendio. Culminada su vehemencia oratoria, como dice Porfirio, al

hablar de la Belleza. El la divinizó como lo supremo perfectible en todos los planos y porciones del universo. Por ella, por su estetismo, su filosofía está llena de una sugestión indefinible que penetra en las almas aun después de tantos siglos en que no vibra su eco vital, como una inefable melodía. Coronó a la Belleza diosa de los cielos abstractos y la erigió en señora de los actos volitivos del hombre esquematizando su moral altísima según sus armónicas leyes. La magia de este ritmo divino compenetra todo después, desde la perfecta forma que envuelve el alma del hombre aquí en la tierra como la infinitud proteica de las cosas en el mundo evolucionante.

"La Belleza visible la constituye la armonía de unas partes con otras y su correspondencia con el conjunto. La armonía es la ley de su propia medida".(210).

El canon de perfección, es la fuente maravillosa de las vidas, siempre pródiga, siempre fresca, que alimenta el lago tranquilo, la manifestación, espejo de lo sidéreo. Esta es la imagen más fiel de la culminante filosofía de los arquetipos. El modelo esencial y perfecto, vela para plasmarse en la substancia de cada plano en la que ansía con toda plenitud revelarse.

---

(210) I, 6, 1.

La Belleza es la misma divinidad patentizada. Por esto son bellos los dioses. En las cumbres evolutivas, brilla la beldad como única soberana de cielos y tierra.

Para contemplarla precisa "dejar de mirar; y cerrando los ojos, trocar una visión por otra y desenvolver esta facultad que todo el mundo posee pero que bien pocos emplean".(211).

"En cuanto a la Belleza pura, no le es dado a la sensación percibirla. Es necesario remontarse más para contemplarla".(212).

Porque:

"Dios es Belleza esencial".(213).

Sin embargo ella envía su reflejo pálido aquí en la tierra y alumbra a los hombres.

"La Belleza del cuerpo se corresponde con una razón venida de los dioses".(214).

Si somos capaces de comprender esta "Belleza corporal, podremos quizá servirnos de ella como de peldaño para contemplar la superior Belleza".(215).

Los arquetipos de todas las cosas pertenecen al mundo inteligible, el lugar permanente, asiento del Yo, la morada de los dioses. Por eso toda belleza manifestada dimana del pla-

---

(211) I, 6, 8.
(212) I, 6, 4.
(213) VI, 7, 33.
(214) I, 6, 2.
(215) I, 6, 1.

no de la mente abstracta compenetrado por el pensamiento del Demiurgo que allí moldea permanentemente la última perfección de su mundo y de los seres que lo constituyen.

"La Belleza arquetípica es la causa del amor por las cosas de la tierra".(216).

"La eternidad patentiza la Belleza. La naturaleza eterna es la primordial Belleza".(217).

Todo goza aquí de esta Belleza única que se contempla fragmentada en mil formas de belleza distinta.

"Todo concurre a una unidad armoniosa. La flauta de Pan no emite un sonido único. Ella modula notas suaves y delicadas que contribuyen a la belleza del conjunto. Ya que la armonía se comparte en fragmentos desiguales. Pero el sonido perfecto, el canto único, lo constituyen todos los otros".(218).

De aquí deriva Plotino su ética admirable. Basado en esta magna visión de la Belleza brota la verdad del hombre amplia, espontánea, magnífica, florecida como un Elíseo de las ideas, recia como el Templo secular de todos los hombres. La Belleza pura gózase encarnándose en el verbo plotiniano subyugada por el sapiente estatuario de almas.

---

(216) III, 5, 1.
(217) III, 5, 1.
(218) III, 2, 17.

"En el alma también hay armonía si cada parte cumple su función propia".(210).

"La visión de lo Bello no se da más que a las almas desveladas". (220).

"¿Qué otro fuego que el nuestro podría ser más fiel imagen del fuego inteligible?".(221).

Y con estas palabras Plotino levanta el más grande monumento a las posibilidades del hombre. El primer paso para él es la percepción y reconocimiento de la belleza ambiente. Así exclama el maestro contemplando el cielo estrellado: "¡Cuánta belleza! ¿De qué otra Belleza proviene?".(222).

Para que descubra el hombre su propia belleza interior Plotino delimita la senda en esta sabia forma interrogada, genuina de su didáctica perfecta:

"¿Has tenido contigo mismo un comercio puro sin obstáculo alguno para tu propia unificación, sin que nada ajeno se haya entremezclado en tu interior? ¿Te has convertido en una luz verdadera no de dimensión o forma mensurable, titilante e insegura, sino una luz sin medida porque supera toda posible condición? ¿Te hallas tú en tal estado? Tú has de-

---

(219) III, 6, 2.
(220). V, 5, 12.
(221) II, 9, 1.
(222) II, 9, 16.

venido entonces una visión celeste. Ten confianza en ti. Aún permaneciendo aquí te hallas remontado. No tienes ya necesidad de guía. Fija tu mirada y contempla. Has abierto los ojos a la gran Belleza".(223).

Y este paralelo sublime del filósofo-artista en que compara la personalidad a una estatua y el Yo a su artífice, es la más admirable concreción de su filosofía. Fragmento sin par sólo comparable a los frisos fidiacos, la más grande y noble excelencia de la doctrina plotiniana.

"Retírate en ti mismo y contempla. Y si no te hallas todavía hermoso, imita al escultor de una estatua que la esculpe para que sea bella. Aquí despoja, allí pule. Suaviza una línea, complementa aquella otra hasta evocar del mármol la perfecta imagen.

"Como él, despréndete de lo supérfluo, endereza lo torcido, ilumina lo sombrío y no ceses de cincelar tu propia estatua hasta que sobre ti reverbere el divino esplendor de la virtud, hasta que contemples a la Deidad sentada sobre el sacro trono".(224).

Así perfeccionada la estatua de la personalidad por el omnímodo poder del conquis-

---

(223) I, 6, 9.
(224) I, 6, 9.

tado Yo el alma se sumergerá en la Belleza infinita y no antes.

Porque "jamás ojo alguno contemplará el sol sin devenir semejante al sol ni alma alguna verá la Belleza sin ser bella. Que todo ser se vuelva divino y bello si quiere contemplar a Dios y a la Belleza. Remontándose hasta lo Inteligible contemplará la perfección de toda idea. Y dirá que allí realmente reside la Belleza".(225)

(225) I, 6, 9.

VIII

DEL AMOR

La ley de la atracción mantiene el universo. Las rutas de los astros obedecen al misterio de la mutua simpatía. La afinidad entre los cuerpos, las substancias fusionables o complementarias obedecen todos al axioma hermético. Lo inferior es reflejo de lo superior. La ley soberana no entiende de relatividades objetivas.

Así también los hombres se hallan sujetos a esta ley de universal simpatía. La causa es el misterio de los misterios y permanece en el arcano de los principios. En la raíz de nuestra propia alma existe el poder remoto de las afinidades electivas del que deriva todo el curso de la larga existencia del alma. Afinidad de las células productoras de la forma y el funcionamiento de los organismos, de las neuronas que traducen por sintonización los mandatos de lo inteligible, afinidad de emociones y

de voliciones. La batuta del ritmo sabio las conduce al Bien final que es la morada del absoluto amor.

"El Amor proviene del Bien. El Bien en sí es Amor" (226) y (227).

"El amor allí no tiene medida porque el amado es sin límites".(228).

"Remontémonos al Bien. Devengamos esta lumbre única y dejemos lo demás. Nos hemos convertido en la vida verdadera".(229).

Cuando nos entregamos al grande emor, esta fuerza universal, nace en el hombre la sabiduría porque el rayo que desciende del Bien alumbra primero lo inteligible. Por eso dijo Plotino, simbólicamente, que "Eros vela a la puerta del amado".(230).

Entonces, cuando el amado despierta, Eros sapientísimo, aquel que según Platón concede las alas, se remonta bajo su guía a la mansión de los dioses donde imperan todas las dichas. Este momento llegará para todas las almas. Plotino lo enuncia:

---

(226) VI, 8, 15, 18.

(227) En este pasaje confirma también Plotino la similitud de sus teorías con las antiguas de la India. Correspondiendo la primera manifestación del Bien al plano Búdico, su tónica es la unidad amorosa.

(228) VI, 7, 32.

(229) VI, 8, 15.

(230) VI, 5, 10.

"Un tiempo vendrá en que el alma goce ininterrumpidamente de la excelsa visión divina".(231).

Por los infinitos ámbitos de la mansión celeste resonará el hosanna que celebra los místicos esponsales: la unión del hombre con su dios en Dios. "Cuando el alma deviene semejante a El ella Lo ve de golpe aparecer en ella".(232).

El amor es la raíz infinita del mundo que enlaza los hilos de las vidas.

"Las almas son simpáticas entre sí porque todas derivan de una misma Alma".(233).

Cuando consideramos toda manifestación exterior bajo la suprema ley de esta verdad amorosa, todo aparece transfigurado y sublimado. La existencia vulgar deviene entonces un símbolo de esta realidad sublime.

"Dios permanece en el interior de cada hombre por su amor infinito".(234).

El amor terreno, cualquiera que sea su manifestación, es una chispa luminosa de esta grande llama perenne.

---

(231) VI, 9, 10.
(232) VI, 7, 34.
(233) IV, 3, 8.
(234) VI, 9, 9.

"Esta unión suprema la imitan aquí abajo los que aman y son amados intentando fundirse en uno solo".(235).

Este amor exclusivo de los amantes estimula el interés de los hombres entre sí y desenvuelve sus posibilidades afectivas que alcanzarán un día la universalidad.

"Cuando uno ama a alguien ama asimismo a los que se hallan emparentados con el objeto de su amor".(236).

Así la finalidad más alta de la existencia es la realización de la Unidad de la que dimanamos. Sólo por el Amor, la gran fuerza cohesiva de esta unidad en todos los planos la alcanzaremos un día porque señala la meta de nuestra ruta evolutiva.

---

(235) VI, 7, 34.
(236) II, 9, 16.

IX

DE LA FELICIDAD

La felicidad es el premio de la virtud. Es inmanente en todos los planos y en todos los estados. Es el resultado de la armonía entre todos los factores individuales. La felicidad no reside aquí o allí sino en la disposición interna del individuo. El objeto de la filosofía es develar en el hombre este estado primordial. El éxtasis es el conductor, en el plano físico, de este acorde perfecto entre todos los vehículos humanos y su sintonización correspondiente con los planos del universo, que se llama felicidad.

No se adquiere solamente por el impulso. Sólo la hace permanente la conciencia desplegada, los supersentidos desarrollados.

"Si las almas pueden ser felices aún en su propio estado, no debemos acusar de su malestar al lugar en que viven sino a su falta de

poder para combatir en este excelente combate donde valoramos el precio de la virtud".(237).

Porque "el papel de la virtud consiste en conducir los instintos comunes a una forma mejor y más bella de la vulgar".(238).

Sin embargo, "aquí se impone al alma la más grande y suprema lucha que requiere todo su esfuerzo, a fin de que no deje de percibir la mejor de las visiones. No puede ser feliz sin esta visión de felicidad".(239).

En esta lucha consigo mismo y con las fuerzas externas mide el hombre todo el alto precio de la virtud final. Para ello es preciso que se integren y desenvuelvan, por un esfuerzo inaudito de la voluntad, todas las potencias humanas, manifestadas o latentes. En esta lucha se estimula, como en ninguna, el crecimiento integral. El esfuerzo, que al desenvolverse se traduce en dolor, es la moneda áurea con que se adquiere la felicidad.

"Los hombres pueden ser felices cuando actúan de acuerdo con su propia naturaleza".(240).

Porque en el interior del hombre existe todo, desde los profundos abismos de negrura

---

(237) III, 2, 5.
(238) I, 4, 8.
(239) I, 6, 7.
(240) I, 4, 1.

del Hades, hasta la luz deslumbradora de los cimales eliseos. Lo exterior se ajusta siempre a su estado interno. Esta es una de las más patentes verdades que ayudan a comprender la vida.

"El que comprende este principio vital conduce su propia vida, se basta a sí mismo. El sabio de nada necesita para ser feliz".(241).

"En la adversidad no disminuye su dicha. Como la vida que posee, ella es permanente e inmutable".(242).

Así la felicidad es el premio de la vida cuando por la rectitud y el conocimiento subyugamos los poderes inferiores de la personalidad. eterno símbolo de las leyendas iniciáticas. Entonces, el dios dormido, radiante de felicidad, aparece con su reino.

---

(241) I, 4, 4.
(242) I, 4, 4.

X

LA MORAL DEL FILOSOFO NEOPLATONICO

ENTRE el dialectismo plotiniano, entre su cosmogonía, su simbolismo y su abstracta metafísica, enaltecida por su incomparable didactismo, campea la ética soberana del gran místico, la visión de la bondad final, el himno dulcísimo de todos los grandes iniciados, el meollo de toda filosofía: el perfeccionamiento de la conducta del hombre para el desenvolvimiento de sus poderes latentes.

Un solo tratado y bien nutrido por cierto requerirían todas las citas y comentarios atañentes al tema.

Como nuestro propósito es tan sólo compendiar los principales aspectos de su doctrina, terminaremos con este, con el oro puro en que acuñó indeleblemente, para ejemplo de los siglos, su verdad triunfadora.

¡Cuán altísimo se estipula en las Eneadas el precio de la virtud de los neoplatónicos!

En el siguiente párrafo nos sintetiza toda su moral:

"El papel de la virtud consiste en conducir los instintos vulgares a una forma de expresión más noble y bella. Conviene no ceder a nuestros instintos. Precisa conocer el arte de esta lucha como un hábil atleta".(243).

Hércules y Prometeo son sus símbolos. Atletas completos, grandes audaces y grandes vencedores.

"Tengamos audacia".(244).

Ante todo, "debe el individuo transformar sus propias imágenes fundamentando en sí mismo la seguridad de que es superior a todo mal" (245) "debe despertar de los sueños fantasmagóricos y absurdos, desprenderse, cesar de inclinarse hacia las cosas inferiores imaginándolas".(246).

"Bríndese a sí mismo lo que se debe" (247) mas en el aspecto del noble don. Nunca en la estéril satisfacción de los placeres. Porque su

---

(243) I, 4, 8.
(244) III, 2, 16.
(245) I, 4, 15.
(246) III, 6, 5.
(247) I, 4, 15.

repetición conduce al vicio. Y el vicio "enflaquece el alma".(248).

Los placeres del sabio deben hallarse unidos a la presencia del bien. "Jamás hallarse sujetos al goce pasajero, sino al permanente goce. El placer estable es la serenidad. El sabio se halla siempre sereno. Goza de una calma y de una satisfacción que funde los pretendidos males. Por eso es sabio".(249).

El experimenta todavía el sufrimiento pero en una forma distinta que el hombre vulgar. Su sufrimiento es, podríamos decir, un aspecto de la desenvuelta conciencia, el sello de una compasión inefable.

"El sabio no valora sus impresiones de la misma manera que los demás".(250).

"En el sabio la parte sufriente es distinta de su propio ser que permanece en sí mismo".(251).

"La llama que se ha encendido en él brilla entre los torbellinos del huracán y el furor de la tempestad".(252).

"El que posee el principio vivificante conduce una vida suficiente a sí misma".(253).

---

(248) I, 8, 14.
(249) I, 4, 12.
(250) I, 4, 8.
(251) I, 4, 13.
(252) I, 4, 8.
(253) I, 4, 5.

"Lo que el alma recibe de su recogimiento en sí misma es vecino de la verdad más real" (254).

Porque en el interior de cada alma se halla Dios. La filosofía no tiene otro objeto que evocarlo en el hombre. Esta verdad es patentísima en toda la filosofía neoplatónica.

"Entremos en nosotros y hallaremos a Dios. Por una parte de nosotros le alcanzaremos".(255).

"Buscad a Dios con seguridad. Es suficiente tomar del alma que es divina la parte más divina".(256).

"La percepción del supremo Dios no se efectúa por medio de la ciencia ni del conocimiento sino por la percepción de su propia presencia que es la sabiduría máxima".(257).

El camino es largo y escarpado, pero seguro.

Ante todo debe el aspirante romper el cerco de su limitación personal. Proyectar su Yo sobre todas las cosas. Sentirse en todo.

"Para el alma, no existe el punto en que pueda fijar su límite diciendo: "Hasta aquí soy yo".(258).

---

(254) V, 9, 3.
(255) VI, 9, 9.
(256) V, 1, 3.
(257) V, 6, 4.
(268) VI, 5, 7.

"A la vez iluminante e iluminada, el alma se ve en todo a sí misma" [250]. "Se convierte en la contempladora de sí misma".[260].

"En su esfuerzo por comprender se remonta el hombre hasta lo inteligible donde recibe la iluminación".[261].

"El alma participa más del Unico según va acercándose a El" [262]. "Para lograrlo debe buscar su propia unidad despojándose de su multiplicidad".[263].

A ello contribuye la elevada filosofía. Aquí subyace todo el valor del entrenamiento iniciático y la ayuda de los seres superiores.

Sin embargo, este entrenamiento debe ser prudente y progresivo para ser eficaz.

"De la prudencia proviene la belleza del alma".[264].

"No debemos escalar alturas a las que nuestra naturaleza no pueda remontarse".[265].

Ante todo debe el hombre estimular su criterio que es la florescencia del razonamiento en maridaje con la intuición, el rayo divino,

---

(259) V, 3, 8.
(260) VI, 7, 35.
(261) V, 3, 2.
(262) V, 6, 1.
(263) V, 6, 3.
(264) V, 9, 2.
(265) II, 9, 9.

omnisciente del alto Yo, lo que concede la super-hombría. Cuanto más se acerca el hombre a su Dios menos razona y más sabe.

El razonamiento no debe ser algo comparable al malabarismo de las ideas, a la sofística de algunos filósofos, sino la sencilla búsqueda del fiel de la justicia, la medida equivalente, la justa valoración de todas las cosas, el camino para la intuición.

"Razonar es tratar de buscar lo que el verdadero sabio ya posee".(266).

No desdeñó Plotino en absoluto la práctica de las ciencias ocultas permitidas al iniciado, más relegándolas a su verdadero lugar.

"En las artes mágicas cada operación se halla destinada a establecer contactos con los objetos activos por las influencias emanadas de los astros por su correspondencia y simpatía".(267).

Sin embargo, "la verdadera ciencia aparece en el interior del alma".(268).

Como, a fuer de verdadero filósofo conocía Plotino la práctica que conduce a la consecución de esta verdadera ciencia, tenía por lema altísimo, como sus sabios predecesores, el conocimiento del hombre por sí mismo. "De-

---

(266) IV, 4, 12.
(267) IV, 4, 26.
(268) IV, 7, 10.

bemos obedecer la invitación de Dios que nos prescribe conocernos a nosotros mismos".(269).

Para llegar a la unión mística, corona de la evolución, la fusión del hombre con su Dios o Yo superior, enuncia Plotino la senda única de la purificación. La plegaria o comunión por la fe con lo divino, facilita el recorrido de esta gloriosa senda.

"El que solicita la divina influencia por medio de la plegaria no es extraño al universo" (270)

"La plegaria produce sus efectos puesto que una parte del universo se halla en simpática relación con la otra".(271).

"La dulzura debe ser el único báculo del filósofo en su marcha por el mundo. Es preciso aceptar dulcemente la índole de todos los seres" (272)

El filósofo debe callar sus propios sufrimientos. "Debe superar todo dolor y no siendo esto posible, lo soportará sin causticidad y los aminorará no comunicándolos".(273).

"Sojuzgará los impulsos violentos".(274).

---

(269) IV. 3, 1.
(270) IV. 4, 42.
(271) IV, 4, 41.
(272) II, 9, 13.
(273) I, 2, 5.
(274) I, 2, 5.

"Desconocerá el miedo pero reconocerá el peligro".(275).

"Será, en todo lo que atañe a sus necesidades, sobrio".(276).

"El sólo desea obtener de la naturaleza la fuerza necesaria para subyugarla".(277).

"Purificará sus instintos".(278).

Debe el hombre tratar de adivinar la significación de las cosas externas porque éstas son la voz de la Providencia, la palabra sapientísima de la vida.

"El mal existe sólo cuando somos incapaces de enlazar la sucesión de los actos según la voluntad de la Providencia".(279).

La purificación se obtiene apartando lo que es ajeno a nuestra íntima naturaleza "aislando el alma de su mezcolanza con las otras cosas". "Alejándose de lo inferior para ascender a lo superior".(280).

Una vez lograda la purificación, el alma, limpia y clara como un lago tranquilo, refleja la sidérea maravilla de su divinidad.

---

(275) I, 2, 5.
(276) I, 2, 5.
(277) I, 2, 5.
(278) I, 2, 5.
(279) III, 3, 5.
(280) III, 6, 5.

Entonces "el alma ordena sabiamente sus fragmentos". "Es bella y poderosa" [281]. "Todas las cosas, bañadas en sus rayos, gozan de la vida".[282].

Todas las supremas realidades aparecen para rendir su tributo al desposorio eterno, a la unión de la amada con el amado. Desde lo grande a lo ínfimo todo brinda entonces su ofrenda al alma dignificada.

Y ella, "la poseedora de la perpetua luz, no anhela otra cosa que proyectarla, alumbrando al mundo".[283].

FIN

---

(281) II, 9, 2.
(282) II, 9, 3.
(283) II, 9, 3.

INDICE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO		Pág.
I	Alejandría	11
II	Preplotiniana	17
III	Plotino	23
IV	El Hombre	31
V	A Oriente	37
VI	La Ciudad Eterna	45
VII	Albor de Escuela	51
VIII	El Daimon de Plotino	57
IX	La Morada	63
X	De la Iniciación	69
XI	Los Discípulos	81
XII	De la Vida Diaria	93
XIII	El Conventículo	101
XIV	Plotino, Jefe de Escuela	111
XV	Las Platónidas	117
XVI	Platonópolis o el Estado Ideal	125
XVII	El Filósofo del Extasis	133
XVIII	Muerte de Plotino	141
XIX	El Oráculo o su Gloriosa Resurrección	147
	El Oráculo	150

SEGUNDA PARTE
"LA FILOSOFÍA NEOPLATÓNICA"

CAPÍTULO		Pág.
I	De Cómo Escribió Plotino las Eneadas ...	155
II	Las Seis Encadas y sus Cincuenta y Cuatro Libros	161
	Eneada I	161
	Eneada II	161
	Eneada III	162
	Eneada IV	162
	Encada V	163
	Eneada VI	164
III	La Absolutidad y sus Emanaciones	165
	El Unico	165
	La Unidad	167
	El Bien	169
	La Inteligencia	170
	El Alma	173
IV	Cosmogénesis	177
	Zeus, el Demiurgo	177
	La Jerarquía	180
	De la Materia, del Universo y de la Naturaleza	182
V	Antropogénesis	187
	El Alma humana y sus vehiculos ...	187
	El Daimon	191
VI	La Ley Eterna	195
	Reencanación	195
	Armonía	199
VII	De la Belleza	203
VIII	Del Amor	211
IX	De la Felicidad	215
X	La Moral del Filósofo Neoplatónico	219

Este libro se terminó de imprimer el día 12 de diciembre de 1969, en los Talleres Gráficos de Editora Cuzamil, S. A. Laguna de Mayrán 208. México 17, D. F., por cuenta y orden de *Editorial Orion*. Con un tiro de 2,000 ejemplares.